



EL MURO

MARISTELLA SVAMPA

EL MURO



Svampa, Maristella

El muro. - 1a ed. - Buenos Aires: Edhasa, 2013.  
296 p. ; 22,5x14 cm.

ISBN 978-987-628-269-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.  
CDD A863

*Para Carlos J.*

*A la memoria de Viviana Svampa*

Diseño de la cubierta: Eduardo Ruiz

Primera edición en Argentina: agosto de 2013

© Maristella Svampa, 2013

© Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-269-7

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por: Arcángel Maggio-División libros

Impreso en Argentina

*No hay muro que no haya, alguna vez, resumido el mundo.*

Marcel Cohen, *Murs (Anamnèses)*, 1979

*He tenido delante de los ojos algo que salta a la vista, y*

*todavía no lo veo.*

J. M. Coetzee, *Esperando a los bárbaros*

*No quieras parecerte al cóndor que la cordillera es alta.*

Refrán mapuche

El lado oeste

El hecho ocurrió hacia el final de la tarde, un 5 de abril. Dos días después, la población de Villa Quimey se despertaría con una nueva preocupación. Luego de varios años de aparente tranquilidad, dos jóvenes habían vulnerado el muro y asaltado a un hombre de unos setenta años, residente en el kilómetro dos del lado oeste.

En el instante en que apoya la mano sobre la manija de la puerta, mientras está pensando si su hija se habrá acordado de comprar alimento para el gato, Orestes Maggioranza percibe que algo o alguien desplaza su cuerpo con violencia hacia un costado. Antes de que pueda voltearse y preguntar qué diablos está ocurriendo, escucha la orden y simultáneamente advierte la punta de un caño frío que le presiona el cuello.

—Abrió la puerta o te quemó.

Orestes Maggioranza piensa en decir algo, pero apenas si llega a soltar un gemido lastimero, mientras gira la manija rápidamente y empuja la puerta de entrada de su casa, todavía con el caño presionando su cuello.

—Dale, entrá de una vez, viejo —dice otra voz nerviosa, mientras es llevado a los empujones hacia el interior de la casa.

La acción es como la de un tornado. Algo que lo sobrepasa, una fuerza desmesurada de la naturaleza, un remolino de aire frío que irrumpe a gran velocidad, se infiltra por las habitaciones y comienza a destruir todo lo que encuentra a su paso, sin dejar a salvo ningún rincón.

—Eran dos los asaltantes —declarará más tarde Maggioranza frente al policía de chaleco anaranjado—, muy jóvenes, casi adolescentes, de mediana estatura, que vestían unos buzos aun más oscuros que el rostro que buscaban ocultar a medias dentro de una capucha.

Escucha que uno de ellos se precipita hacia el dormitorio del fondo, no sabe si el de la izquierda o el de la derecha, pero supone que se trata del dormitorio principal, y comienza a revisar armarios, a golpear cajones y arrojar objetos de modo contundente, mientras el otro lo toma del hombro, siempre encañonándole el cuello y, en un solo movimiento, lo obliga a sentarse en una silla de la cocina.

La voz es un torbellino que escupe sólo tonos agudos sobre su rostro, diciendo que no lo mire, gritando una y otra vez que no lo mire, ordenando que lleve los brazos hacia atrás, hacia la espalda, rápido, apartando por un momento el revólver de su cuello, mientras se coloca detrás de él y de un modo diestro, eficiente, le ata las manos con

una soga, uno, dos, tres nudos, y tira para comprobar que las ligaduras estén firmes, fuertes, seguras.

Son dos chicos con la voz todavía aflautada e inmadura, y quizá por eso, más allá de que lo envuelva un remolino de aire frío que le golpea el pecho y le atropella las emociones, se anima a hablarles. Aunque en realidad no sabe si se está animando a hablarles o si simplemente las palabras empiezan a brotar a borbotones, expulsadas de la boca reseca. Comienza diciendo que él no tiene dinero, que es un laburante como ellos, un pobre viejo que vive de este lado del muro, que lo mantiene la hija, que con la jubilación que cobra no llega a fin de mes.

—Un laburante como nosotros, ¡con esta casa! —sostiene con sorna el joven que acaba de atarle las manos, a punto de soltar una carcajada, sacudiendo el revólver a un lado y otro, como un pistolero de película—. Dale, largá, viejo, decinos dónde están los dólares...

Ahí, entonces, en el momento justo en que la carcajada, casi convertida en burla, comienza a andar suelta como un demonio peligroso por la casa, con los dormitorios ya patas para arriba a causa del tornado —algo que él no puede ver directamente pero sí palpar desde la cocina paralizada—, advierte que sus palabras continúan saliendo sin pedirle permiso, desordenadas y rápidas.

—Muchachos —dice Maggioranza—, llévense lo que quieran, no los voy a denunciar pero les pido que no me destrocen la casa, no me rompan nada, no tengo



nada de valor, ni dólares ni joyas, yo soy como ustedes, uno más de ustedes, un laburante más, un viudo, un jubilado sin plata.

Los minutos transcurren y sólo escucha los ruidos del revoltijo. Los imagina con las manos en la masa, allá en el dormitorio, más objetos arrojados sobre el parquet, contra la ventana. Al cabo de un rato percibe un momento de pausa, aguza el oído, ausculta el silencio con cuidado, cree oír unos murmullos lejanos, como si los intrusos hubieran hecho un alto y ahora estuvieran hablando entre ellos.

De pronto siente que la acción se traslada una vez más a la cocina. El joven que le ató las manos y hace sólo un momento estaba en el dormitorio principal vuelve a plantarse frente a él de modo imperativo.

—No te hagas el boludo, viejo de mierda. Sabemos que tenés dólares. Decinos dónde están o sos boleta...

Maggioranza repite una y otra vez que no es así, que tienen mala información, que ojalá hubiera sido el caso, que en realidad lo único que percibe es una mugrienta pensión con la cual apenas si llega a fin de mes y eso, cuando llega, que nunca se sabe bien del todo. Sólo la generosidad de su única hija, agrega, hace que él esté de este lado del muro y no del otro, como ellos.

El joven parece dudar un instante y luego, a grandes pasos, siempre blandiendo el arma, regresa a una de las habitaciones, donde lo aguarda el otro asaltante. Continúan revolviendo, dando vuelta cajones y col-

chones en el segundo de los dormitorios, el que tiene las dos pequeñas camas, ahí donde a veces duermen sus nietos, mientras él repite muchachos, una y otra vez, escuchen, muchachos, y agrega que no crean que él es un insensible o un mezquino, que puede imaginar sus necesidades, que puede ponerse en su lugar, hasta pensarse con un arma entre las manos en una casa ajena, siendo joven y sin recursos, pero que tienen que entender que él es un viudo sin plata, sin ningún dólar, que vive de la caridad de su hija, un viejo al que echaron del trabajo hace mucho tiempo y que desde entonces anda con una mano atrás y otra adelante, no como tantos habitantes de Villa Quimey que se han enriquecido a costilla de otros.

Muchachos, siente que quiere seguir diciendo, cuando se da cuenta de que uno de los jóvenes regresa de modo intempestivo a la cocina.

—Callate, viejo de mierda —suelta el joven recién ingresado, mientras se pone a buscar desordenadamente algo entre los cajones de la cocina, y desparra a su paso tenedores, un sacacorchos y varios cuchillos Tramontina. Finalmente parece que encuentra lo que busca, en el tercer cajón, el de los repasadores, una franela blanca y larga. La mira, la evalúa, la estira con sus brazos, prueba su consistencia, mientras deja por un instante el revólver sobre la mesada. Él ve que es uno de esos trapos viejos que la empleada utiliza para la limpieza y no puede evitar una mueca de asco.

Muchachos, sigue diciendo Maggioranza casi sin darse cuenta, no me rompan la casa, llévense lo que quieran, pero en realidad no alcanza a terminar la frase cuando escucha unos maullidos feroces que provienen de la habitación principal. Se acuerda del gato y dice entonces, buscando el tono adecuado, al mismo tiempo firme y conciliador, no me toquen al gato, es un gato bueno, tranquilo, me hace compañía, no ataca a nadie, nunca le hizo un rasguño a nadie, seguro está asustado, pobre animal...

El joven se acerca de modo decidido con la franela en una de las manos y el revólver en la otra. Por única vez, lo mira directo a los ojos y sus miradas se cruzan un instante.

—A ver si te callás de una vez, que no te aguanto más...

De modo involuntario, según reza la detallada deposición de Maggioranza, él mueve el cuerpo, que le responde como un bloque único, macizo, tratando de esquivar esa franela que le produce tanto asco, y logra echar la espalda hacia atrás unos centímetros, sin darse cuenta de que en realidad está buscando el modo de sustraerse al embate de aquel cuerpo joven y semicapuchado que continúa acercándose peligrosamente con el revólver en una de las manos.

Por lo que puede reconstruir, el otro se tropieza con algo en el camino, no sabe con qué, si con una de las patas de la silla o si su estado de nerviosismo y aceleración es tal que hace que pierda fácilmente el control, pero apenas da unos pasos hacia adelan-

te, termina por abalanzarse sobre él, produciendo su caída. Mientras siente que golpea su cuerpo contra el piso frío, alcanza a escuchar el fogonazo, un relámpago blanco, un corpúsculo luminoso que sale de la boca delgada del revólver, se desliza en diagonal, roza su rostro, antes de impactar y dejar una hendidura sobre el piso de cerámica.

El joven parece no preocuparse por lo que acaba de suceder y él tampoco, porque a decir verdad todo esto, que sucede de modo tan vertiginoso, como si fuera un tornado que avanza a gran velocidad y arranca viviendas desde sus cimientos, podrá reconstruirlo más tarde, una vez que esté por fin solo, mucho después de escuchar partir a los jóvenes cargados de bolsos, él con las manos todavía atadas, la franela oprimiendo su boca, entre los dientes resecos, y con el sudor recorriendo su cuerpo humedecido por el miedo.

Después de que los ladrones emprenden la huida, transcurren los minutos, quizá un par de horas en las cuales Orestes sólo piensa en sus brazos acalambrados y cada tanto trata de buscar con la mirada al gato, para ver si aparece cerca de él. Le resulta imposible saber cuánto tiempo permanece atado, con las manos en la espalda y el cuerpo cada vez más entumecido, donde hace un rato nomás golpeó una bala que ha dejado esa pequeña muesca, apenas una hendidura visible, en el piso de la cocina. Es entrada la madrugada cuando por fin, después de mucho esfuerzo, logra deshacer el último nudo de la sogá que aprieta sus muñecas.

Maggioranza observa sus manos libres, las marcas de soga que contrastan con su piel transparente, apenas manchadas por algunas pecas sueltas, las sacude para recobrar la circulación y el movimiento, levanta la vista mientras se dirige hacia la ventana del living y sus pies chocan con alguno de los tantos objetos que los ladrones arrojaron al piso. Lo único que ve es la cortina blanca con volados que cubre el amplio ventanal y oculta la oscuridad de la noche. Trata de mirar a su alrededor, sin advertir del todo el desorden demencial que reina en la casa, porque lo único que sigue sintiendo es su propio vértigo, la realidad frente a él como si fuera un primer plano corto, como si estuviera sentado en la primera fila del cine, y no fuera él quien en verdad mira y contempla sino las propias imágenes que avanzan y amenazan con abalanzarse sobre su figura, cada vez más hundida en la butaca.

Esculca nuevamente sus muñecas marcadas y la ventana que sigue demasiado cerca, con la cortina de ridículos volados blancos, como si el tiempo y la imagen se hubieran congelado, y ni siquiera percibe la presencia del gato gris que se desliza sigiloso, detrás de él, todavía asustado, y que en vano busca ampararse entre sus piernas.

Clava la vista en la ventana y, como nunca antes, ni siquiera cuando estaba atado de manos y de cara al piso, ni siquiera cuando sintió el fogonazo cerca y vio pasar la bala acariciándole los pómulos e impactando

sobre el piso frío de la cocina, lo invade un temblor desconocido en todo el cuerpo.

Erguido sobre las escalinatas de la comisaría, observa el amanecer intenso sobre el lago. Más cerca del arte que de la realidad, como en una composición, el cielo aparece atravesado de pinceladas violentas, tonos rojos y violetas que se reflejan en el espejo de las aguas profundas del lago. Sólo los cerros separan esos dos elementos, agua y cielo, esos cerros que aunque todavía aparecen oscurecidos ya comienzan a ser coloreados por una franja de terciopelo violeta, que pronto irá variando hacia al azul y el celeste, cada vez más diáfanos. Más acá, ve la Catedral, de la cual se destaca la torre cuya punta aparece envuelta en un reflejo dorado que le otorga una luminosidad mágica, casi gótica, que se irá perdiendo a medida que avance y se instale la luz blanca de la mañana.

Orestes Maggioranza vuelve a recordar el fogonazo y siente de nuevo el cuerpo del pibe chorro, toda su fuerza joven, impetuosa como una inundación, empujándolo bruscamente hacia el piso. No puede evitar el llanto.

Lo entrevistan telefónicamente desde uno de los programas más escuchados de la mañana, en la radio local. No sabe cómo se enteraron, si él sólo habló con la familia y acaba de hacer su denuncia en la comisaría. Igual les cuenta el episodio en detalle, tal como consta en su declaración.

El periodista pregunta y repregunta con visible interés y perplejidad. ¿Cómo es posible que hayan entrado si el muro está bien custodiado? ¿Qué dijeron en la comisaría? ¿Cómo reaccionaron los vigilantes? ¿Cómo serán las cosas a partir de ahora —arriesga sin pronosticar del todo— si no se conoce a fondo el error o la falla que pueda haber provocado el hecho delictivo del cual él fue víctima?

Él no tiene las respuestas, sólo su testimonio nervioso, hecho casi temblor, que le resuena todo el tiempo como si en lugar de una cabeza tuviera una calabaza.

Son varios los periodistas que llaman por teléfono y desean entrevistarle, incluso un móvil de la televisión aparece frente a su casa. Pero él decide que tiene que descansar. Será en otro momento, les dice con un gesto firme a los periodistas, prolijamente identificados con chaleco blanco. Tienen que entender que necesita privacidad, concluye cerrándoles la puerta en la cara. Para rematar la decisión, mantiene apagado el celular durante todo el día.

Desde el episodio del tornado, como lo llamará Santiago, su nieto adolescente, entre bromas que, mal que le pese, buscan desdramatizar lo ocurrido, Orestes Maggioranza tiene la impresión de que la memoria le estalló en mil pedazos. Sólo parecen quedarle entre las manos fragmentos dispersos, objetos mutilados, difíciles de reordenar.

Con indisimulado pavor, vuelve a relatar el episodio una y otra vez frente a su familia. No sabe muy bien por

qué, pero siente que algo ha cambiado. No es sólo la bala que rozó con claridad su mejilla antes de impactar directamente sobre el piso frío de la cocina. Tampoco el diálogo que él, Maggioranza, mantuvo con los pibes chorros y que pudo haberle costado la vida, en medio de un ataque insólito de verborragia, mientras estaba atado a una silla, encerrado en la cocina, escuchando cómo unas manos ajenas iban vaciando los placares y arrojaban de modo salvaje los objetos al piso.

El episodio parece haberle removido algo en las profundidades. Recordar es como estar frente a los restos de un naufragio luego del paso de la tormenta.

Dos noches después, cuando por fin puede volver a acostarse en su cama y conciliar el sueño, Orestes Maggioranza sueña que se encuentra frente al muro y que en el centro hay una puerta de la cual proviene una voz, al comienzo un susurro apenas audible que por momentos se eleva hasta tornarse ensordecedor. Rumor lejano o grito devastador, para el caso es lo mismo, ya que la imagen del sueño, o de su delirio, va cambiando rápidamente para mostrar una vez más un muro, alto e infranqueable.

Maggioranza se despierta sudando y siente que necesita hablar, contar por lo que ha pasado, ahora que los temblores nocturnos se acentuaron y las imágenes del tornado vuelven, mezclándose con la puerta, la voz, el rumor, el grito...

Por la mañana temprano recibe la visita imprevista de Sandra, su hija. ¿Qué hace que no contesta el teléfono

fijo ni el celular? ¿Cómo puede desconectar o apagar todos los teléfonos luego de lo que ha ocurrido? ¿Cómo puede ser tan desalmado o indiferente a su preocupación? ¿O no puede imaginarse que, frente a la falta de respuesta, ella pensará que lo que le pasó una vez podría haberle ocurrido una vez más, los ladrones saltando nuevamente el muro y violando la intimidad de la casa? Desde la comisaría quinta volvieron a llamar, dice su hija, la misma comisaría que está junto a una de las puertas del muro y donde él ya hizo la denuncia. Tienen que ir ahora mismo, añade de modo casi imperativo, mientras le indica que suba con ella a la camioneta.

Maggioranza vuelve a ascender por las escalinatas de la comisaría, contempla el cielo despejado, los cerros claros y la torre lejana de la Catedral en ese mediodía tajantemente frío, luego de haber contestado casi con monosílabos a su hija, quien durante el corto viaje le dice que, viviendo solo, lo que él necesita es un par de perros guardianes. Él no responde. Prefiere encerrarse en un silencio obstinado mientras piensa que no le gusta nada el tono seco y expeditivo que su hija está empleando esa mañana.

Los atiende un policía de rasgos aindiados y cara de recién reclutado, el típico chaleco anaranjado fosforescente, que desgrana una pregunta tras otra con una voz cordial, casi cantarina.

¿Le robaron o no le robaron plata? ¿Eran pesos o dólares? ¿Qué otras cosas se llevaron? ¿Por qué habló con los periodistas?

En medio del estado de aturdimiento en el cual todavía se encuentra, responde con dificultad. Habló con un solo periodista, no ve cuál es el problema. Pero el vigilante no le responde y las preguntas siguen sucediéndose. Dos máquinas fotográficas, una filmadora, un grabador, un DVD. ¿No se acuerda de qué marca eran? ¿Un aparato de diapositivas? ¿Para qué sirve eso?, pregunta con ingenuo interés el otro, esforzándose en ser amable. Orestes Maggioranza siente que esa pregunta está fuera de lugar.

—Para pasar diapositivas, no va a ser para esquilar ovejas —se encuentra respondiéndole en voz alta, con acritud, decidido a cortar por lo sano y poner su enojo en un primer plano.

Su hija, que hasta ese momento permaneció ajena, casi distraída, cubriéndose con suavidad los labios, sin poder evitar el bostezo, ella que siempre anda a las corridas, quizá pensando la hora que es y ellos allí, todavía en la comisaría, voltea la cabeza, le desliza una mirada reprobatoria y se dispone a intervenir en su auxilio.

Tiene que entender que su padre está cansado, y también irritado, se disculpa ella, no es que busca poner a prueba su paciencia, acaba de pasar por una situación difícil, qué dice, un momento horrible, ellos que pensaban que viviendo de este lado del muro estaban a salvo de cualquier peligro, pero no es el caso, figúrese que, pese a todo eso, su padre acababa de ser asaltado por dos pibes chorros que saltaron el muro,

eludiendo la vigilancia perimetral, recorrieron varios kilómetros bordeando el lago, no se sabe si a pie o en automóvil, entraron a la casa, se llevaron de todo y hasta tuvieron el tupé de robar las alianzas matrimoniales de sus padres.

El otro mueve con incomodidad su chaleco naranja fosforescente y comienza a hablar con lentitud, en un tono firme, seguro, sin ocultar su contrariedad.

—Dígale a su padre que haga un listado completo de los objetos que le faltan —le dice a ella, sólo mirándola a ella, ignorándolo por completo a él, como si se lo hubiera tragado la tierra—. Dígale que trate de recordar si alguno de los delincuentes tenía algún rasgo o marca específica.

—¿Cómo qué? —interrumpe él, entrecerrando los ojos y obligando al policía a cambiar de interlocutor.

—Una cicatriz, un tatuaje, alguna vestimenta especial, algún acento, de otra provincia, de otro país, chileno, boliviano, argentino nativo, que anote todo lo que le parezca importante y traiga esa lista lo antes posible para completar la declaración —concluye el otro todavía sin mirarlo.

Sandra agradece con una sonrisa, mientras Maggioranza no hace ningún esfuerzo por ocultar ni la tirria que ahora le cae directo sobre los párpados cansados ni el dolor que le vuelve a acalambrear los brazos y, antes de que su hija se despidiera del policía, él abandona la seccional para sumergirse de lleno en la mañana helada.

Su hija ya está a su lado y mientras se detienen un instante sobre las escalinatas comenta por lo bajo, como si el policía todavía pudiera escucharla, menos mal que ya salimos, parece que quería estrenar el manual del buen interrogatorio policial con él, haciendo todas las preguntas, repasándolo de cabo a rabo, vaya a saber si no era uno de esos que habían traído de la meseta, donde no necesitan tanta vigilancia, a menos que los pusieran a custodiar las ovejas.

Maggioranza la mira sin comprender, como si sus pensamientos todavía siguieran allá, demorados en la casa, en la cocina, junto a los dos pibes chorros que siguen hundiendo las manos y los revólveres entre sus objetos desparramados.

Una semana después del episodio, Orestes Maggioranza se encuentra yendo hacia el basurero que hay más allá del muro.

Luego de pasar varios días poniendo en orden las habitaciones y el living, en soledad, pues había rechazado el ofrecimiento de su hija, Orestes decide continuar por el garaje y el galpón que hay detrás de la casa, en donde guarda las herramientas, el baúl con la colección completa de revistas deportivas y algunos trastos y muebles viejos. Siente que debe poner algo de orden entre esos objetos que andan a la deriva desde tiempos remotos, para perderse y no pensar más en lo ocurrido.

Finalmente termina reuniendo un par de sillas que, aunque están en buenas condiciones, hacía años que nadie usaba, una antigua estufa a querosén, dos calentadores casi prehistóricos, el baúl de las revistas y una caja completa con frascos de vidrio que Leticia, su esposa, solía acumular, vaya a saber por qué absurda e incomunicable razón y que él siempre había respetado, aun a tantos años de su muerte. Amontona todos esos objetos y los coloca en la parte trasera de la camioneta. De inmediato sube al vehículo con la idea de dirigirse hacia el sector norte del lago, pero apenas enciende el motor de la camioneta cambia de opinión y pone rumbo hacia el casco urbano de la ciudad. Una vez que llega al centro, sube por la Avenida Olascoaga, donde está uno de los puestos de control del muro, muy cerca de la comisaría en la cual había radicado la denuncia del asalto.

Dos vigilantes con chaqueta amarilla fosforescente le preguntan hacia dónde se dirige y él hace señas hacia la chata de la camioneta, mientras dice que tiene que entregar unas bolsas de alimentos del otro lado del muro. No podría explicar por qué no les dice la verdad, pero tampoco se siente mortificado por ello, no anda con ganas de largos circunloquios o explicaciones.

Uno de los vigilantes levanta la valla y lo saluda con una suerte de venia que él corresponde brevemente.

Hace mucho tiempo que no transita por la zona del Alto, la otra ciudad, donde se desparraman los barrios pobres de Villa Quimey y de donde con certeza

proviene los pibes chorros que entraron a su casa días atrás. A decir verdad, a veces pueden pasar años sin que él atraviese el muro. No hay necesidad tampoco. Por momentos, siente que el muro está allí desde siempre, pero bien sabe que no es el caso. Tampoco había aparecido de la noche a la mañana.

Ya estaba saliendo del casco urbano. A unos cinco kilómetros, fuera de los límites del Alto Quimey, en un descampado se erige un basurero a cielo abierto donde flamean innumerables bolsas de plástico, latas y botellas de todo tipo, sobre enormes montañas de basura donde sólo merodean las gaviotas y algunos perros flacos.

Orestes Maggioranza desciende de la camioneta una vez que comprueba que no hay nadie en las cercanías. Un frío filoso lo obliga a cubrirse las orejas desprotegidas con las solapas del gorro de piel que lleva puesto. Es abril, demasiado temprano para que comiencen las nevadas, dice para sus adentros luego de echar un vistazo hacia el cielo encapotado.

Tiempo atrás, el basural había sido motivo de disputa entre un grupo de cartoneros autorizado por el municipio y unas veinte familias de ocupantes que se habían instalado cerca de allí con el propósito de conseguir algo de comida y chatarra vieja para vender por unos pesos. La cosa no había funcionado y, entre un mar de acusaciones recíprocas, la tensión había ido en aumento y se había desatado una guerra de pobres contra pobres que había durado varios días y que había quedado plas-

mada con notorio sensacionalismo en varias notas del periodismo gráfico, aunque Maggioranza había seguido el tema a través de algunos programas de radio. Los cartoneros autorizados, con sus respectivos chalecos rojos fosforescentes, habían terminado por expulsar a las familias de invasores bajo la acusación de que una vez más el lugar era objeto de desmanes, que todo volvía a ser como antes, que se había vuelto al descontrol del año de la segunda gran crisis, ya que los ocupantes dejaban que los chicos se drogaran y vaya a saber cuántas otras cosas más. Al principio, las autoridades comunales no habían querido intervenir. A nadie le importaba demasiado lo que podía suceder entre los pobres, si terminaban por matarse o no entre ellos en aquel gran descampado tapado de basura, incluso cuando muchos vecinos ya habían comenzado a quejarse de la contaminación de los arroyos cercanos, cuyas aguas bajaban hasta el centro mismo de la ciudad. Pero sucedió que varios concejales pertenecientes a partidos de la oposición salieron por los radios a denunciar que el problema social no se resolvía mandando a la gente a buscar comida, ropa o latitas al basural, lo cual hizo que al fin el intendente tomara cartas en el asunto y apoyara a los cartoneros autorizados.

En la otra punta del basurero, Maggioranza ve asomar la figura de unos niños, escoltados por unos perros. Siente que sus músculos se contraen en señal de alarma, pero trata de no dejarse dominar por el miedo. Lo último que se le pasa por la cabeza es tener que

afrontar un encuentro indeseable con los habitantes del lugar. Comienza con la descarga, tratando de no mostrar prisa ni temor, arrojando los objetos casi con parsimonia a un costado del basural, aun si, por prudencia, dejó la puerta de la camioneta entreabierta, en caso de que hubiera problemas y tuviera que salir disparado de ahí.

Transcurren unos minutos y pese a que los niños continúan tiesos, mirándolo fijo a la distancia, y los perros tampoco dan señales que indiquen alguna intención de acercamiento, frente a aquella mirada sorda y persistente, Maggioranza piensa que lo mejor es no demorarse más. Como solía decir su mujer en momentos así, lo mejor es seguir la intuición o el sexto sentido y evitar cualquier problema, así que finalmente decide dejar sus pruritos de lado y, contrariando sus deseos iniciales, acelera el trámite, terminando su tarea casi a las corridas. Liberado ya de los objetos y sin más dilaciones, sube a la camioneta y parte a toda velocidad. Desde el espejo retrovisor observa cómo se va diluyendo la imagen brillante y refulgente del gigantesco basural, como si se tratara de un enorme depósito de plata, y aprieta aun más el acelerador del vehículo.

Un kilómetro más adelante, al costado de la ruta, advierte un tumulto de gente. Hay varias carpas cuadrangulares de lona negra diseminadas por el descampado, algunas también hechas con nylon transparente, apenas sostenidas por palos y entremezcladas con otras carpas triangulares de color verde. No entiende cómo



no las ha visto antes, en el camino de ida, pero el caso es que recién ahora repara en su existencia, tan perdido como anda en sus pensamientos. Parece tratarse de una nueva ocupación de tierras, de las tantas que suele haber de ese lado del muro.

Vuelve a atravesar los Altos por la vía principal hasta llegar a la Avenida General Roca, que corta en dos la ciudad. Cuando llega a una de las puertas, lo atiende el mismo vigilante que media hora antes le abrió el paso.

—Qué rápido hizo —comenta, mientras con el brazo derecho en alto hace la señal de que avance.

—Así es, me estaban esperando —responde de modo casi mecánico él.

Es la tercera vez en diez días, remarca Orestes Maggioranza, que tiene que hacer ese recorrido: remontar los kilómetros y bordear el lago para llegar hasta la comisaría.

Lo acompaña nuevamente Sandra, quien durante el viaje insiste con la idea de que él debe llevarse a la casa un par de perros, de esos de raza, como los rottweiler, que son perros muy cuidadores. Cada vez hay más gente que tiene perros guardianes ya que, por lo visto, con el muro no alcanza, agrega con voz firme, buscando ser convincente.

—Me parece que te estás olvidando de Tiberio —desliza él con desgano—. Que yo sepa, esos perros no son muy amigos de los gatos...

Sandra hace una mueca de disgusto, pero opta por no replicar, ocupada como está en buscar un lugar para estacionar el automóvil a un costado de la comisaría.

Apenas ingresan, Orestes observa que la persona que los atiende viste el chaleco naranja fosforescente, pero que no es el mismo policía de la primera indagatoria, ni tampoco el de la segunda.

Los cambian todo el tiempo, piensa él, aunque no lo comenta con su hija, ya que antes de que pueda hacer o decir cualquier cosa, el hombre le extiende una carpeta.

Tienen fotos de varios sospechosos y quisieran que él las viera, le dice. Agrega entonces que atraparon a unos delincuentes del otro lado del muro y que están casi seguros de que se trata de los autores de varios robos ocurridos en los últimos meses entre el kilómetro uno y el kilómetro cuatro. Dos fueron detenidos en otra comisaría, un tercero se dio a la fuga y el cuarto está muerto.

Orestes Maggioranza siente que es demasiada información al mismo tiempo como para procesarla rápidamente. Pero, antes de que alcance a pensar o balbucear algo, su hija se le adelanta.

—¿De qué otros robos me habla? ¿Entonces hubo más robos por los kilómetros y nosotros no sabíamos nada? —exclama, soltando las dos preguntas al mismo tiempo.

El vigilante los mira con perplejidad, como si no supiera por dónde empezar, o bien, como si tomara conciencia del calibre de la información que acaba

de transmitirles. Frunce los labios, se mira el chaleco, luego echa un vistazo a su alrededor, de izquierda a derecha, como si buscara comprobar que no hay otros oídos más que los de ellos, que aguardan expectantes.

—Hubo otros robos, pero no fueron dados a conocer a la comunidad —aclara en un tono de voz tan tenue que Orestes Maggioranza se ve obligado a pedir que lo repita dos veces, golpeándose ostensivamente la oreja izquierda.

El policía repite con tono de resignación que en efecto hubo otros robos. Agrega que fueron siete en total, con las mismas características que el suyo, aunque, por suerte, no hay que lamentar ninguna víctima. En razón de ello, les ruega discreción, dice mirando directamente los ojos agrisados de Sandra, quien, a juzgar por la parálisis temporaria de sus pómulos, todavía no puede dar crédito a lo que está escuchando. Si la comunidad de este lado del muro se enterara, continúa el policía, sería una catástrofe, la vida se colmaría de nuevas asechanzas, el miedo se difundiría y sus habitantes no sabrían cómo afrontarlo. Por eso quería informarles que ya hemos dado con la falla, dice subrayando la palabra, que produjo las recurrentes entradas y salidas de los pibes chorros por encima del muro.

—¿Asechanzas? ¿Miedos? ¿Fallas? ¿Pero de qué fallas me está hablando? ¿Usted me está tomando el pelo? ¿Es ése el argumento que tienen para justificar este vacío de información? —exclama Sandra, deteniéndose un momento. Finalmente agrega, con un tono de

indignación creciente—: Qué digo, acá no se trata de falla ni de vacío de información, sino de engaño. Más aún, de mentiras...

—Cálmese, señora, cálmese, nosotros también estamos preocupados...

—¿Cómo que mataron a uno de los sospechosos? —pregunta él, cambiando el eje de preocupación que acaba de instalar su hija, aun cuando todavía no logra asimilar del todo la información que acaba de escuchar.

Los ojos del vigilante chispean un instante y hasta parece deslizarle una mirada de agradecimiento. Ahora se dirige a él, sólo a él, ignorando el tono acusatorio de la mujer, mientras Sandra busca respirar hondo y, todavía ofuscada, sin poder contener los destellos de furia e indignación, recorre la sala con la mirada, como si estuviera buscando el apoyo de eventuales testigos de la escena.

—El occiso, Diego Barrientos, de quince años, intentó resistirse y disparó contra un uniformado —responde con naturalidad—. Fue legítima defensa. Se están haciendo las pericias del caso, pero mientras tanto necesitaría que me confirme si efectivamente son éstos —dice golpeando dos veces sobre una de las fotografías— los autores del robo en su casa, la pasada semana.

Las fotos se le escurren de las manos, se le resbalan como si fueran agua enjabonada, mientras Sandra, a su lado, ya más recompuesta, le susurra que haga un esfuerzo por recordar los rostros y él contesta nervioso,

no es posible, fue todo muy rápido, no se acuerda del tornado.

¿Qué tornado?, susurra ella tratando de que el policía no los escuche, entrecerrando los ojos, como suele hacer él, pero frunciendo los labios apenas pintados.

—El tornado que vivimos cuando llegamos acá, hace más de treinta años.

—Papá, no sé de qué me hablás.

—Del tornado que pasó por acá, cuando llegamos al sur.

—Papá, si yo no viví ningún tornado.

—Pero igual te acordarás, lo conté varias veces en familia, a vos, a tu madre, a Santiago, dice él con un tono áspero, no vaya a creer que él dice cualquier cosa, que está trastornado.

—Seguro, papá, seguro, nadie piensa eso, dice ella suavizando la voz y la expresión en el rostro, pero acá el policía quiere saber si podés o no reconocer a los asaltantes.

—Pero si te dije que estaban encapuchados, apenas se les veía la cara, la piel oscura, rasgos indígenas, como cualquier pibe del otro lado del muro, termina de decir él mientras arroja las fotografías frente al policía que ha seguido el diálogo un tanto desconcertado y no sabe muy bien a cuál de los dos mirar primero.

—Sólo sé que eran jóvenes, casi adolescentes, que tenían la voz aguda, que gritaban como locos y que entraron y salieron de mi casa como si fueran un tor-

nado —concluye él, enfrentando la mirada expectante de su hija.

Ella lo mira fijamente, con la boca semiabierto, en una actitud que parece oscilar entre la resignación y la ira, aunque al fin suspira y extiende el brazo derecho, toma las fotografías y se las alcanza al policía, que aguarda en silencio.

—¿Sabe qué? —dice Sandra en un tono casi imperativo.

—¡Qué! —exclama el otro de manera un tanto provocativa, cansado de esperar, moviendo la ceja derecha hacia arriba, apenas conteniendo el tic.

—Lo mejor es que si ya los agarraron y los tienen presos —dice ella, moderando el tono— vean si recuperan algo de lo que le robaron a mi padre y entonces ahí podrá saberse si estos sujetos son los ladrones del caso o no...

—Ajá —asintió el otro, con un gesto que denotaba escasa convicción, aunque de inmediato tomó las fotografías y las fue guardando prolijamente en un sobre, para colocarlas una vez más en la carpeta.

—¿Cómo que uno de ellos está muerto? —vuelve a preguntar Maggioranza, como si buscara rebobinar el casete y detenerlo un instante atrás para volver a escuchar lo ya dicho.

—Se resistió y estaba armado.

—Quiero verlo —soltó él.

El vigilante le devuelve una mueca de sorpresa. Evidentemente, era la reacción que menos esperaba.

—Llévenme adonde lo tienen, sólo así podría reconocerlo.

El vigilante echa la cabeza hacia atrás y enarca las cejas, aunque parece no entender del todo el sentido de lo que le está pidiendo.

—Humm, no sé... Déjeme que voy a consultar, espéreme acá —responde entonces el vigilante, mostrando el borde de unos dientes apenas desaparejos.

—Pero no entiendo qué querés, papá, decís que no te acordás ni de la cara de los chorros y ahora querés salir corriendo a ver el cuerpo de uno de ellos, ¿no te parece mejor esperar a ver si encuentran algo de lo que te robaron, las alianzas grabadas con tu nombre y el de mamá, por lo menos?

—Es que no entendés, Sandra, si lo veo, seguro que lo reconozco, las fotos del prontuario no me dicen nada, son todas iguales.

—Ya lo dijiste, papá, y al tipo no le resultó muy cooperativo.

—¿A quién?

—Al policía, ¿a quién va a ser?

—¿Viste que no está más el vigilante de la meseta?, pregunta él sorprendidamente, con un tono pícaro en la voz.

—¿Qué vigilante de la meseta? El de la otra noche, el del manual de procedimientos, como vos decías, el que no paraba de hacerme preguntas.

Ella parece recordar la situación y le devuelve entonces un gesto de reconocimiento con la cabeza.

—A lo mejor no es de la meseta, a lo mejor es del otro lado del muro y ahora está de servicio, afuera, haciendo la calle.

—A lo mejor está lidiando con las ovejas y el viento envenenado, allá, ¿no?, dice él con una sonrisa abiertamente maliciosa, auscultándola desde sus ojos agrisados.

Su hija retiene la mirada sin entender si está burlándose de ella o si sencillamente está desvariando. Supongo que es un chiste, ¿o no?, replica escrutando su rostro.

—Mi Sandrita querida, estás perdiendo el sentido del humor, remata él con un tono sarcástico mientras hace unos pasos hacia el costado, separándose de ella, con las manos en el fondo de los bolsillos de la campera.

—No puedo ir con vos, tengo que terminar de arreglar todo para la fiesta de Andrés e ir a buscar a Irina —dice su hija de modo imprevisto, con las llaves del auto tintineando de modo impaciente entre sus manos.

Él le dice que entiende, que vaya nomás, que él podrá solo con eso, que en un rato le habla y le cuenta cómo le fue, concluye para tranquilizarla mientras aguarda que el policía regrese con una respuesta.

Hace más de media hora que está esperando el regreso del uniformado de chaleco anaranjado. Después de hurgar un rato en sus bolsillos, de mover las piernas de un lado para otro, casi dando saltitos, se anima a estirar la cabeza y avanza hacia el pasillo;

una puerta entreabierta indica que la seccional se abre en una serie de amplias y ramificadas oficinas. Él comprueba que no hay nadie, como si todo el personal hubiese desaparecido de golpe por la puerta trasera.

Decide consultar a un ordenanza de chaleco verde limón que irrumpe en la sala con la intención de barrer. Ante su insistencia, todavía con el lampazo en la mano, le dice que se trata de una urgencia y que la mayor parte del personal policial salió disparada por la otra puerta de la seccional, donde hasta hace quince minutos estaban estacionados los patrulleros. Ahora, como él puede comprobar, no hay ninguno de ellos.

¿Qué cuestiones urgentes?, pregunta, sin lograr entender del todo. Es por el pibe ese que mataron en el barrio El Progreso, responde el otro. ¿El de las fotos que me mostraron? No sé de qué fotos me habla, señor. No importa, siga contando, dice él con una seña breve. Me refiero al delincuente que mataron en la madrugada, mientras se escapaba con otro sospechoso, ¿vio?, un cabo le disparó en la espalda, pum, lo dejó seco. ¿Pero no es que el pibe estaba armado y también disparó? Erguido, con todo el peso depositado sobre la punta del lampazo, el hombre sólo atina a levantar los hombros en señal de desconocimiento.

Él vuelve la mirada hacia el techo y levanta las manos a modo de imprecación. Piensa en llamar a Sandra, pero luego se dice que lo mejor es no molestarla

de nuevo. Con el tema del festejo del cumpleaños del marido, su hija está intratable. Ya verá cómo arreglárselas para volver a su casa.

Por un momento, cuando está saliendo de la seccional, cree escuchar unos disparos a lo lejos, pero luego se dice que seguro es su imaginación que le está jugando una mala pasada, ya que, desde el día del asalto, los sonidos y las voces se le confunden.

Comienza a bajar por una calle muy empinada, mirando fijamente el empedrado, tratando de no resbalar, mientras mantiene atento el oído. En la calle reina el bendito silencio de la siesta patagónica. Presionado por la llegada de su hija y sus modos imperativos, había salido intempestivamente de su casa y no se había abrigado de manera conveniente. Ahora, en medio de la luminosidad de esa tarde de otoño, siente que el frío áspero le contrae los músculos en la espalda, presionando dolorosamente sobre los omóplatos.

Al llegar a la calle que está detrás del hospital regional, advierte que no es su imaginación, ya que hay más movimiento que de costumbre. Algo extraordinario debía de estar sucediendo que justificara el ir y venir de tantas ambulancias.

Duda un instante mientras, a falta de bufanda, trata de protegerse del frío levantando el cuello de la campera. Observa ahora que está llegando un patrullero, que se pierde rápidamente por la puerta del estacionamiento del hospital. Se ve tentado de cambiar

de rumbo para acercarse al lugar y averiguar qué está ocurriendo, pero por segunda vez en la semana siente algo, una llamada de alerta, una voz interna, no sabe si es el recuerdo cercano del tornado o vaya a saber qué, pero tal como ya le había sucedido cuando estuvo allá en el descampado, en medio del basural, esa voz parece decirle “Orestes, hasta aquí llegamos”.

Decide entonces que ya es hora de acabar con cualquier vacilación y seguir su camino.

Metros antes de una rotonda, frente a una estación de servicio, encuentra un taxi disponible, levanta el brazo derecho y con alivio se zambulle en el interior calefaccionado del vehículo.

La noticia se había propagado con rapidez del lado oeste del muro. Un hombre ya setentón, viudo y jubilado, dueño de un chalet alpino en el kilómetro 2-200, no lejos de la costa del lago, había sido asaltado por dos delincuentes, presumiblemente menores de edad, que habrían ingresado sin autorización alguna desde el otro lado del muro. Pero eso no era todo, en realidad, ya que su caso no era el único. Había otros, muchos otros casos, y ahora se hablaba de una decena de robos similares al que él había sufrido.

La prensa los había bautizado con el nombre de “asaltos-tornado”, siguiendo la imagen utilizada por Orestes Maggioranza, la última víctima de esa apa-

rente larga saga, en la única entrevista que éste había concedido a una radio local días atrás.

Cinco de esos robos habían tenido como víctimas a ancianos, hombres o mujeres, no se sabía muy bien en qué proporción, muchos de ellos solitarios habitantes de las residencias siniestradas. Se supo también que otros cinco casos correspondían a parejas jóvenes, matrimonios sin hijos, en gran parte recién llegados, lo cual agravaba el cuadro de situación, pues ya se rumoreaba que varias de estas parejas habían rescindido el contrato de locación o vendido la casa de manera apresurada con tal de abandonar la localidad por otros destinos.

Los hechos eran entonces de suma gravedad, sobre todo si se tenía en cuenta que el gran atractivo de Villa Quimey no era solamente su ancho lago, uno de los más bellos de la cordillera, cuyo lecho de aguas profundas se remontaba según los especialistas a la era de los glaciares; no eran solamente la pista internacional de esquí o el enorme centro vacacional que se extendía al pie del cerro Azul; en fin, no eran solamente sus paisajes naturales, plenos de bosques autóctonos, cerros con penachos blancos y cielos intensos y despejados, sino también la celosa seguridad que la ciudad brindaba a los habitantes del lado oeste del muro.

Hombres y mujeres, todos ellos ancianos y solitarios, parejas recién llegadas e instaladas en la ciudad. ¿Habría que pensar en un patrón común en todos

esos asaltos o era mera casualidad? ¿No tendría que ver acaso con el grado de vulnerabilidad, unos debido a la edad, los otros probablemente al desconocimiento de ciertos códigos de convivencia que regían en la ciudad? ¿No sería ése el denominador común de todos esos asaltos?, reflexionaba un periodista en uno de los programas radiales más escuchados de la mañana. En todo caso, y más allá de las especulaciones, la noticia era extremadamente alarmante y podría llegar a disparar un gran miedo y todo tipo de fantasías paranoicas en la gente, como ya había sucedido en épocas pasadas.

Pero, antes de que la población del lado oeste del muro reaccionara de mil maneras posibles ante la difusión inesperada de la ola de robos, sucedió lo menos esperado.

Del otro lado, estalló la ciudad.

“Esto está sucediendo en el lado este de Villa Qui-mey.”

Las imágenes del televisor, en un restaurante del lado oeste, muestran el rostro de una conocida periodista del lugar que viste un chaleco blanco, mientras la gente comienza a arremolinarse frente a la ancha pantalla plana.

“Desde horas tempranas en el día de hoy, asistimos a un violento enfrentamiento entre la policía y la población, que ya ha tenido como resultado otro joven

fallecido y al menos doce heridos, todos ellos internados en el hospital zonal.

”Hace menos de un día –relata la periodista–, Diego Barrientos, de quince años, murió en un confuso episodio, luego de recibir un disparo en la espalda por parte de un efectivo policial. De acuerdo con lo informado, el joven menor de edad ingresó en estado grave al hospital local a las cinco de la mañana. Según el titular de la Nueva Policía Cordillerana, el oficial Arnaldo Ferreyra, el disparo que dio muerte al menor no fue intencional. El autor del disparo sería un efectivo que se desempeña en la Comisaría 28, en el barrio El Progreso, uno de los barrios más populares del lado este de la ciudad. Cuando los vecinos del barrio tuvieron conocimiento de la muerte del joven, se dirigieron a dicha comisaría armados con palos y con piedras. Tal como muestran estas imágenes captadas en exclusiva por nuestro canal, un rato después de comenzar el asedio a la comisaría, jóvenes encapuchados comenzaron a arrojar piedras, profiriendo todo tipo de insultos contra los uniformados.

”Pasadas las tres de la tarde –continúa la periodista– y con la comisaría todavía sitiada, al conocerse que había dos jóvenes detenidos, y que uno de ellos había sido hospitalizado, los incidentes se agravaron, por lo cual la policía comenzó a responder a los manifestantes con balas de gomas y gases lacrimógenos. El hecho enardeció aun más los ánimos de los mani-

festantes y se generó un tumulto mayor cuando más vecinos acudieron en apoyo de Alfredo Barrientos, el padre del joven fallecido. En el medio de violentos enfrentamientos, varios automóviles resultaron incendiados y fue saqueado un supermercado del lugar. Una versión no confirmada sostiene que incluso el intendente, Mario Reuter, se dirigió al lugar, pero ante los insultos de algunos familiares debió retirarse rápidamente.

”Hace unos instantes, el comisario Arnaldo Ferreyra dio una conferencia de prensa en la cual justificó el accionar policial y llamó a la calma a los vecinos.

”—Los efectivos policiales no hicieron más que resistir el ataque que está viviendo la Comisaría 28, un ataque realizado por jóvenes encapuchados, que ocasionó destrozos en vidrios, techo y mampostería. La policía salió a reprimir, pero utilizando armas no letales, como balas de goma, gases lacrimógenos y bombas de humo —decía la voz grave del comisario Ferreyra desde la pantalla del televisor.

”—¿Y qué van a hacer para contener el desborde social? —pregunta uno de los periodistas presentes, mientras se entrechocan grabadores y micrófonos en la improvisada conferencia de prensa.

”—Sabemos que la gente está confundida y enojada. Por eso llamamos a deponer esta actitud, llamamos a nuestros vecinos a la calma. No dejen que estos acontecimientos sean aprovechados por un grupito de vándalos y de violentos.

”—¿Es cierto que hay más muertos? ¿Cuántos son? ¿Ya se sabe? Se habla de saqueos a supermercados. ¿Puede confirmarnos esta versión?

”—No nos consta lo de los saqueos —responde el comisario—, pero quisiera ser claro: no podemos permitirnos tales desbordes que ponen en riesgo la paz social. Hemos apostado un operativo alrededor de la comisaría apedreada, con ochenta efectivos de la Nueva Policía Cordillerana y agentes de las fuerzas especiales, mientras aguardamos que de un momento a otro lleguen refuerzos de Gendarmería Nacional.”

Al escuchar estas últimas palabras, que hacían referencia a la inminente intervención de la gendarmería, algunos de los presentes en la conferencia de prensa soltaron unos aplausos de aprobación, hasta que un par de rostros graves y concentrados comenzaron a chistar, exigiendo silencio.

La imagen vuelve a enfocar el rostro de la joven reportera, quien retoma la palabra.

“Por su parte —afirma la periodista—, el gobierno municipal, en declaraciones de algunos de sus funcionarios, avaló el accionar policial. Escuchemos ahora el breve testimonio del ministro de Gobierno, Darío Larrea, quien está de paso por nuestra ciudad: ‘Consideramos legítimo que, si los policías son agredidos, éstos se defiendan’, suelta el ministro, acompañado de uno de sus colaboradores, para luego añadir que por el momento no hará más declaraciones.”



De nuevo la pantalla ofrece un primer plano de la periodista.

“La conmoción es enorme en nuestra ciudad. Como ha sido dicho, en las próximas horas se espera la llegada de la gendarmería para brindar apoyo a los efectivos de la Policía Cordillerana, y para que ambas logren terminar con los enfrentamientos y controlar la situación que, a todas luces, se ha desbordado.”

Por la noche, las imágenes de la revuelta continúan recorriendo las pantallas de televisión. De modo obstinado pero sistemático, Orestes Maggioranza va cambiando uno a uno los canales, intentando dar con alguna imagen, algún indicio que lo ayude a recordar el rostro de uno de los asaltantes. Finalmente opta por dejar la televisión encendida en un canal de noticias, sin volumen, mientras Santiago, su nieto, consulta informes por Internet.

—¿Es cierto que, se suspendieron las clases? —le pregunta a su nieto.

—Solamente del otro lado del muro, pero se comenta que, si esto sigue, también van a suspenderse por acá —contesta Santiago, moviéndose con soltura en la silla giratoria y estirando el cuello de izquierda a derecha, frente a la computadora.

Él sonríe, está contento de que su nieto le haga compañía. Sabe que vino a pedido de su hija, que está

preocupada por él, pero igual se muestra agradecido. Antes Santiago solía visitarlo con frecuencia y hasta se quedaba a dormir en su casa una vez por semana, pero a partir del último año, reflexiona, la relación cambió. Ya casi no lo visita y, cuando se ven, en casa de su hija, su nieto le prodiga un trato distante. Él se consuela pensando que son cosas de la adolescencia.

—¿Y? ¿Todo en orden para la fiesta de cumpleaños de tu padre? —pregunta él, buscando algún tema común de conversación.

—No tengo idea. Es mamá la que se ocupa de eso —responde su nieto, para de inmediato agregar—: Parece que hay más víctimas.

Santiago junta las manos y las hace sonar ruidosamente, a lo cual él responde con una mueca de desagrado. Luego le señala un texto que aparece en la pantalla de su computadora y le pregunta si quiere leerlo, justo un instante antes de atender una llamada desde su celular. Mientras habla, su nieto va caminando hacia la puerta de la casa, la abre y se interna en el jardín oscurecido en busca de intimidad. Entretanto, él enciende la luz del jardín y, con el porche ya iluminado, ve que su nieto entorna la cabeza, todavía con el celular pegado a la oreja, y con el dedo índice le hace un gesto de agradecimiento. Él corresponde con una sonrisa tenue, da unos pasos hacia el baño y se prepara para irse a dormir.

Una hora después, y ante la imposibilidad de conciliar el sueño, Orestes Maggioranza decide levantarse,

camina hasta la cocina, mira el comedero, renueva el alimento del gato y sube el calefactor al máximo. Advierte que su nieto continúa sentado frente a la computadora, en pijama, con unas pantuflas suyas que su esposa le había regalado muchos años atrás y que Santiago había encontrado esa misma tarde, milagrosamente, entre el revoltijo que dejaron los ladrones tras su huida.

—¿Qué pasa, abuelo? ¿No podés dormir?

—No. ¿Querés una tisana?

—Preferiría un café, si tenés...

—Tengo. ¿Siguen los disturbios?

—Siguen. Estuve escuchando radio por Internet, ya que desde que llegó la gendarmería la tele no está mostrando casi nada de lo que está pasando en el Alto. Pero leé esta nota, está buenísima. Un profe que tuve en la secundaria, el Loco Ringel, me habló de este sitio.

—¿Ringel? ¿Un profesor tuyo?

—¿Lo conocés? Dijeron que las organizaciones sociales del otro lado del muro están llamando a una marcha para mañana...

—¿Tu profesor está llamando a la marcha?

—No, abuelo... Decía que fue él quien me habló por primera vez de este sitio de noticias de Internet...

—Ahora lo leo —contesta él, de modo compulsivo, mientras da unos pasos, seguido de cerca por el gato—. El apellido me suena, me dice algo... —suelta por lo bajo, cuando ya camina hacia la cocina. Sin embargo, apenas transpone el umbral se olvida de aquel nom-

bre que por un instante le había tintineado como un cascabel en la memoria.

Se sienta en una silla y espera, abandonado a sus pensamientos. Pronto se cumplirá un aniversario más de la muerte de su esposa. Llevará a su tumba un ramo de rosas, ya que a esa altura del año resulta imposible encontrar flores amancay, esas flores intensamente amarillas que su mujer prefería por encima de cualquier otra especie sofisticada, al estilo de las orquídeas o de las enormes magnolias que él solía regalarle cuando eran jóvenes. No quiere contar los años que su mujer le hace falta; le duele hacerlo, mucho más en ese otoño que cierne su sombra amenazadora por los pasillos oscurecidos de la casa.

El café y el té aguardan desde hace algunos minutos. Orestes se levanta con parsimonia y llena dos tazas de cerámica con finos diseños andinos, regalo de su hija, las coloca sobre una bandeja y vuelve al living. Le extiende una taza humeante a su nieto, y se sienta a su lado.

—¿Es un tirapiedras tu profesor? Aunque indígena seguro que no debe de ser, y tampoco debe de vivir del otro lado del muro, ¿no es cierto?

Su nieto sonríe y lo observa sin pestañear mientras se acaricia una barba inexistente. Prefiere responder con una repregunta.

—¿Vas a ir a la marcha?

—Ni se me había ocurrido —responde él sin inmutarse, mientras vuelve a tomar el gato entre sus brazos

y camina hacia la puerta de la casa. Entretanto, se da cuenta de que se olvidó de sacar al animal para que hiciera sus necesidades. Hace una mueca de resignación y abre la puerta de la casa. Aunque el otoño en general viene acompañado de lluvia y humedad, esta vez Orestes siente que la intensa oleada de aire frío que le golpea las mejillas no parece anticipar el agua sino más bien la nieve. Sin duda, les aguarda un invierno prematuro, de profusas nevadas y heladas interminables.

Mientras tanto, el gato da unos pasos, pisa con desconfianza la tierra húmeda del jardín, voltea la cabeza hacia él, lo mira casi implorante, como si dudara en salir, agita la cola gris un instante y finalmente sale disparado hacia el bosque de coihues, como si desde la oscuridad alguna fuerza desconocida lo estuviera llamando.

Orestes cierra la puerta con llave, se detiene una vez más a observar a su nieto, que continúa sumergido en la pantalla de su computadora portátil, y lo interrumpe. Le avisa que esta vez presiente que podrá dormir, la verbena suele darle rápidos resultados, así que lo único que le pide es que, antes de acostarse, no se olvide de hacer entrar al gato.

Apenas apaga la luz del velador y cierra los ojos, Orestes sonríe levemente mientras se desliza por un túnel de paredes sombrías. Poco a poco, la penumbra cede y aparecen algunas luces. Tal como sucedió la noche anterior, escucha un tumulto de voces que va irrumpiendo en su sueño, y todo se va iluminando.

Frente a él se erige el muro, enorme y desafiante. A su lado ve a su nieto, Santiago, quien vestido sólo con un pijama azul le hace una señal tranquilizadora, clava sus ojos sobre el paredón y le señala la falla para luego avanzar con decisión rumbo al otro lado.

Más allá del muro

Cuando tenía sólo nueve años, le detectaron un problema visual. Los médicos diagnosticaron que tenía una degeneración macular, lo cual produce un deterioro gradual y progresivo de la mácula, el área más sensible de la retina, que es la que nos permite leer, ver la televisión o reconocer las caras de las personas. Aunque su causa es desconocida, se sabe que sobre todo afecta a los ancianos y suele conducir a una ceguera casi total. Excepcionalmente puede afectar a los niños, tal como había sido su caso, nada menos. Una excepcionalidad difícil de asimilar, que dejaría marcas imborrables en la familia, por no decir una profunda falla estructural.

Hubo un par de meses en que su visión se redujo sensiblemente, primero en el ojo izquierdo; luego en el derecho. Pero el más comprometido era el ojo izquierdo. Tuvo problemas de lectura. Alguien le dijo también que, aunque conservaría una visión periférica, podría suceder que pronto no reconociera la cara de las personas. El mundo y sus diferentes rostros irían desdibujándose de manera progresiva, hasta desaparecer

frente a él, y lo peor es que la vida, su vida, que apenas había comenzado, auguraba convertirse en un inmenso agujero negro.

Pese a ser médico, su padre optó por tomar el camino de la negación. No hay problema, no hay mácula, no hay discapacidad visual, no hay nada que hacer. Años después, Santiago comprendería que esa denostada negación paterna tal vez tuviera algo que ver con su especialidad: la anestesiología. Después de todo, ésta es definida como la ciencia que incluye los métodos y recursos para producir insensibilidad al dolor. Más de una vez habían bromeado con Sandra acerca de que su padre había adquirido el chaleco más resistente de toda la ciudad, uno invisible o incoloro provisto de una anestesia de rápido efecto, que amortiguaba los golpes y diluía el dolor antes de que éste pudiera irradiarse por el cuerpo.

En cambio su madre, Sandra, como la llama él, simplemente por el nombre, había asumido de frente el desafío. Luego de consultar a varios especialistas de la zona, cerró el consultorio de fisioterapeuta por tiempo indeterminado, dejó a su hija de tan sólo un año de edad con su suegra, armó las valijas, lo tomó de la mano con firmeza y se fue con él. Viajaron mucho: Buenos Aires, San Pablo, Santiago de Cuba, Houston y Miami. Sin que se dieran cuenta, se transformaron en involuntarios trotamundos, cómplices de largas esperas en los aeropuertos, expertos en historias clínicas y hospitales. Y finalmente, como Sandra había pronos-

ticado con su infaltable optimismo, él no se quedó ciego ni tampoco tuerto. El láser y la terapia fotodinámica lograron el cierre de la lesión e incluso supieron mejorarlo, allí donde aquella había causado problemas.

No había sido un milagro, aclararon los médicos, sino producto del avance de la investigación científica. Santiago no perdería la capacidad de ver los detalles finos, ni vería abombarse las líneas rectas, ni desconocería el rostro de las personas queridas, pero no debería exponerse demasiado a la luz solar y debería tener en cuenta que, muy probablemente, el problema regresaría con el paso de los años.

Aunque era cierto que la mácula no había afectado en ningún momento su percepción de los colores, la amenaza de perder la visión central y, en consecuencia, parte de la motricidad fina hizo que él se imaginara el infierno como una fusión, una mezcla indefinida, un mar de curvas magnéticas donde los colores se diluyen y pierden entidad. Por esa misma razón, los colores fueron su obsesión desde niño. Así, su infierno tan temido era menos un universo sin formas que la posibilidad de naufragar y quedar encallado en un mundo incoloro y confuso, travestido en múltiples curvas borrosas.

Los peores días de la enfermedad, recuerda Santiago, acontecieron durante el otoño. Quien conozca la cordillera sabe muy bien que no hay otoño compara-

ble al patagónico. Los paisajes cambian radicalmente y la luz del sol es más oblicua que en otras estaciones. Nos ponemos nostálgicos y queremos viajar, alcanzar la cumbre de esas montañas que irradian colores rabiosos, perdernos en esos bosques espesos en donde las hojas de lenga y ñire que van cayendo y adoptando los más variados tonos de rojos, amarillos, ocre y marrones terminan por convertirse en la única guía y camino.

En otoño, creía Santiago, desde su casa, emplazada en la ladera de un cerro, sentado junto a la ventana en un living que parecía empotrado en el bosque, el mundo se despide con nostalgia, pero no lo hace con un sollozo, sino con un violento estallido de colores.

En otoño, también llueve más a menudo de lo que esperamos. Y suele pasar más que de costumbre que, en el preciso momento en que la lluvia o la llovizna cesan y las últimas gotas de agua existente en la atmósfera son traspasadas por delicados rayos de sol, se forma el arco iris, uno de los fenómenos más breves y deslumbrantes de la naturaleza, compuesto por la presencia de siete colores empezando por el rojo, el naranja, el amarillo, el verde, el azul, y terminando por el añil o índigo y el violeta.

Fue entonces, durante un otoño, a sus nueve años, en el cual su mundo mágico y feliz estuvo a punto de desmoronarse, cuando Santiago se convirtió no sólo en un contemplador serial del paisaje patagónico, prometiéndose que si salía indemne de su mácula se dedi-

caría a la fotografía, sino también en un fiel devoto de ese fenómeno óptico y atmosférico que conocemos bajo el nombre de arco iris.

Son siete los colores, dirá Newton, siete, como las notas musicales, y siete también como los días de la semana. Siete, como en el arco iris que pudo captar cuando hizo pasar una luz blanca por un prisma de cristal y descubrió el fenómeno de refracción.

El siete es un número místico. Newton, además de establecer las bases de la física moderna, pasó gran parte de su vida estudiando la alquimia, y creía que la ley de los siete regía el universo.

No importa si después vinieron otros científicos dispuestos a matarse entre sí con tal de refutar a Newton, distinguiendo prolijamente entre colores primarios y secundarios o señalando que el añil o índigo es una variación del violeta, o que la ley del siete es una paparruchada. Pura nota al pie de página, consideró Santiago cuando le tocó estudiar los principios de la física.

Todavía a finales del siglo XVII, siete eran los astros celestes conocidos: Sol, Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno; siete eran los metales usados en la alquimia: oro, plata, cobre, mercurio, plomo, estaño y hierro.

El siete siguió siendo una suerte de número mágico para él, un número capaz de condensar la belleza del universo, muy especialmente a través de los colores que él, en un momento dramático de su vida, creyó que perdería.

Sin embargo, su deslumbramiento disminuyó cuando comprobó que esa clave, que para él condenaba nada menos que la belleza del universo, estaba lejos de ser un secreto guardado bajo siete llaves. En la ciudad alguien, hacía tiempo, había advertido esa misma magia y la había convertido en la clave para organizar el mundo, allá en el lado oeste.

Eso le estaba explicando a Ailén mientras ambos fumaban despaciosamente de cara al cielorraso. Ella lo miró con fascinación. Sólo le había pedido que le contara una historia después de hacer el amor —alguna vez su padre le había dicho que las mujeres inteligentes les pedían a los intelectuales o a los varones cultos una suerte de prueba de amor después de hacer el amor por primera vez—. Entonces, casi como una bravuconada, sin esperar demasiado de él, tan vulnerable como se lo veía, ella casi susurró:

—Santiago, contame un cuento.

Siete eran también los colores de los chalecos que poblaban el sector del lado oeste de la ciudad, continuaba hablando Santiago. Chalecos rojos, naranjas, amarillos, verdes, azul, añil o índigo y violeta.

—¿Querés saber cómo es la correspondencia entre color y función o podés adivinarlo?

Ailén respondió que el cuento era todo suyo y que ella no tenía derecho a inmiscuirse.

Santiago sonrió con ternura al escuchar el modo como ella pronunciaba el término “inmiscuirse”, casi tropezándose con las consonantes de las primeras sílabas.

—Los chalecos naranjas son aquellos que lleva la policía, la que tiene poder de fuego, como por ejemplo la Policía Cordillerana; en cambio, los chalecos amarillos son para los vigilantes, la policía urbana, que lleva bastón y se comunica con teléfonos y walkie-talkies...

—No existen más los walkie-talkies, eso es viejo, es trampa...

—Una licencia poética —sostuvo él, y continuó—: Existían cuando me di cuenta de la funcionalidad de los colores...

—Bueno, entonces sos más viejo de lo que pensaba.

Ambos se rieron. Las carcajadas parecían mezclarse y fluir junto con las volutas de humo.

—Los chalecos verdes son para los jardineros y parquistas, pero también para trabajadores de la vía pública, como barrenderos, lo cual trajo varios problemas hace unos años... Los violetas son para las niñeras o babysitters; los de color añil, para las empleadas domésticas polirrubro, desde mucamas hasta cocineras...

—Un mundo muy ordenado el de ustedes —suspiró ella, cubriéndose parte del cuerpo desnudo.

—Sí, un mundo ordenado... Los azules...

—Sé muy bien para qué están los chalecos azules —cortó ella de modo intempestivo.

—Ey, no te enojés, que las reglas no las puse yo —objetó él, buscando tranquilizarla.

Ella movió los labios mientras apartaba la mirada. Pero enseguida retomó las preguntas.



—¿Y el chaleco rojo?

—Cierto, me olvidaba del color rojo... Ése es para los cartoneros, que suelen ser los más revoltosos, así que hay que tenerlos bien identificados...

—Antes de que sigas y muestres la hilacha, decime por qué los periodistas usan el chaleco blanco. Después de todo, el blanco es la ausencia de color.

—No, Ailén, es todo lo contrario —explicó él—. El blanco es el color de todos los colores o, más bien, el que permite que haya otros colores. Newton lo explicaba bien...

—¿Y entonces?

—A decir verdad, no sé por qué la gente que trabaja en la prensa lleva ese color, intuyo que es por descarte y no por otra pretensión... Aunque nunca se sabe...

Carcomido por la duda, Santiago estaba terminando el razonamiento cuando se abrió de golpe la puerta de la habitación.

Era el profesor Ringel. El hombre los miró a ambos con cierta consternación, mientras Santiago se cubría rápidamente las partes pudoras con el edredón. Se notaba que estaba a punto de decir algo, ya que comenzó a rascarse la cabeza, cabeceó un instante para demostrar que le costaba asimilar la escena que tenía frente a sus ojos, pero finalmente levantó la mano derecha y apuntándolos con el dedo índice sólo les dijo:

—Cuídense. Usen preservativo.

Luego, dio media vuelta y se fue, dejando la puerta entreabierta.

Ambos soltaron una carcajada.

Había sido gracias al profesor Ringel que Santiago tuvo la suerte de conocer a Ailén y la cabaña al borde de la estepa.

En su colegio eran pocos los que apreciaban al Loco Ringel, como lo llamaban todos. A muchos sólo les parecía un profesor excéntrico y verborágico, con un discurso que solía instalarse al borde de lo incomprensible. Pero el problema no era ése, sino el hecho de que sus modales no encajaban con el molde preestablecido. Llegaba tarde a dar clases, vestía de modo desprolijo, odiaba los uniformes, pretendía no establecer distinciones entre los diferentes colores de los chalecos, mostraba una sempiterna sonrisa sarcástica frente a las autoridades escolares y sus modelos de disciplina, y no tenía ningún empacho en afirmar frente a sus alumnos que estaba ahí porque necesitaba el dinero que le proporcionaban las horas de enseñanza de ese prestigioso —como decía burlescamente— colegio bilingüe. En una situación de normalidad lo habrían puesto de inmediato de patitas en la calle, pero como sólo se trataba de una suplencia por cuatro meses, entre agosto y diciembre, las autoridades no le dieron mayor importancia.

Ringel no vivía del lado oeste del muro pero tampoco residía en el otro lado de la ciudad. Años atrás ha-

bía construido una cabaña sobre el lado sur del lago, en la zona de transición de la cordillera a la estepa, a unos veinte kilómetros de la ciudad, más allá o por fuera de la geografía urbana conocida. Santiago no sabía si se trataban de tierras fiscales o si Ringel había terminado por pagar un precio irrisorio por ese enorme terreno casi despoblado que seguramente no interesaba a nadie, pero el caso es que, más allá de sus pésimos modales o de sus monólogos intempestivos, este signo ostensivo de exterioridad fue lo que terminó de convencerlo de que se encontraba ante alguien muy distinto de todo lo que había conocido hasta ese momento.

Pese a sus gestos manifiestos, al principio el Loco Ringel parecía no registrarlo demasiado, hasta que un día, después de la clase, Santiago le siguió los pasos y, antes de que Ringel se diera cuenta, se había subido al automóvil, del lado del acompañante, en el viejo Renault 21 color celeste metalizado.

—¿Qué hacés acá? ¿Te querés escapar del colegio? ¿No tenés deporte ahora?

—Necesito ir al centro. Tengo que ver a Sandra, mi madre, que me espera en la peluquería. ¿Me lleva?

Era una excusa tan poco creíble, tan mal improvisada, que el otro lanzó una carcajada doble, cabeceó un poco y luego arrancó el auto sin decir mucho más. Santiago ya había acomodado su mochila en el asiento trasero del vehículo.

—A tu edad ya sos responsable de lo que hacés —dijo el Loco Ringel recién cuando estaban yendo rumbo a

la ruta de la costanera, después de haber sorteado uno de los controles de vigilancia interna.

Esa primera vez que se fugó del colegio y se coló en el auto del profesor, éste le habló como si fueran viejos amigos y le contó que tenía dos matrimonios a cuestas. El primero, con una mujer de este lado del muro, con quien había tenido dos hijas preciosas, unas mellizas de piel de porcelana y ojos almendrados que hacía tiempo eran adultas y estaban viviendo cerca del mar, adonde se habían ido junto con la madre muchos años atrás. Tenía muy pocas noticias de ellas. Lo habían hecho abuelo un par de veces. El segundo matrimonio había sido una locura pasional de la cual apenas si había regresado con vida, con una mujer del otro lado del muro. De esa unión apasionada pero fugaz había nacido otra maravillosa mujercita. Esa joven era Ailén, siguió diciendo Ringel, quien para ese entonces tenía diecinueve años, casi la misma edad que Santiago.

Así habían comenzado sus “viajes interpretativos” con el Loco Ringel, tal como él mismo los había denominado al final de aquel traslado hasta el centro cívico de la ciudad.

Fue durante el segundo viaje que finalmente conoció a Ailén.

Se hace difícil abandonar la Patagonia cuando uno carga con tantas imágenes y recuerdos, había dicho en

esa ocasión el Loco Ringel con nostalgia, pero también con una pizca de ironía que le doblaba la sonrisa.

Santiago se encontró confesándole que él también quería andar otros caminos, alejarse en lo posible de los muros protectores de la ciudad, pero entendía que su partida le causaría un gran dolor a Sandra y por esa razón estaba tratando de ver cómo podía prepararla para su ausencia.

Ringel le contó entonces que, aunque él había tratado de alejarse varias veces de Villa Quimey, siempre terminaba por volver. Era un clásico. Los fantasmas y los pecados de esa ciudad lo perseguían y lo acechaban, para volver a expulsarlo una y otra vez. Porque, al igual que Ulises, él no se había dejado seducir por el canto de hermosas sirenas, pero había querido escucharlas. Y había terminado por descubrir que cuando las sirenas emergían de las profundas aguas del lago, al ver la ciudad se convertían en un monstruo prehistórico de mil tentáculos y cabezas.

Como tantos otros compatriotas suyos, proseguía Ringel, su padre, de origen alemán, había llegado a fines de los años cuarenta en un barco que zarpó de Génova, Italia, país donde recogieron a otros pasajeros, después de obtener una bula papal, para navegar luego durante dos o tres semanas en dirección a América del Sur. Por supuesto, no era un secreto para nadie que la Patagonia se había convertido en un inmenso refugio al final de la Gran Guerra, donde habían recalado todos aquellos que buscaban una vida sin las turbulen-

cias ni las desmesuras del pasado, lejos de cualquier asechanza de orden político y moral. Y los barcos de aquella época traían un singular cargamento: nazis alemanes y austríacos, fascistas italianos, colaboracionistas franceses, suizos y croatas.

Santiago asentía, atento, aunque preocupado por el modo distraído en que el Loco Ringel conducía su viejo Renault.

—Que se entienda bien —seguía diciendo Ringel mientras levantaba de manera admonitoria el dedo índice—, estos tipos no vinieron a purgar sus crímenes de guerra pero tampoco a construir una nueva Alemania nazi, afuera con esas exageraciones. Llegaron hasta acá para ser olvidados, aunque no para olvidar, ésa es otra cuestión.

—No sé si buscaban el olvido, simplemente huían —razonó Santiago.

El Loco Ringel hizo caso omiso a su digresión y continuó:

—Alemania arrastraba demasiadas culpas, crímenes y atrocidades que había que dejar atrás. Fuera del proceso histórico que después de la guerra, con los juicios de Núremberg, golpearía de frente la conciencia germana, de este lado del Atlántico, salvados al fin, los nazis sólo querían que nadie más pensara o se acordara de ellos. La Patagonia y sus innumerables paraísos terrestres terminaron siendo un inmenso refugio en el cual cada uno podía colocar el decálogo completo de crímenes de lesa

humanidad y mantenerlo seguro, bajo llave, en el secreto más glacial. Lo único que había que hacer era esperar que del otro lado, allá en Europa, los otros se olvidaran de ellos.

—Pero todos sabían, al final...

—Es cierto —respondió el otro velozmente, haciendo restallar las palabras—, pero lo que sucedió es que la sociedad del Bajo Quimey, además de recibirlos con los brazos abiertos como si fueran ángeles expulsados del paraíso, les perdonó todos sus pecados. *Ego te absolvo* —añadió, acompañando la frase con una señal de la cruz sobre su rostro—. ¿Se entiende?

—¿Y eso cómo se explica? ¿No fue acaso el gobierno el que abrió la puerta para que ingresara toda esa manga de criminales...?

—Cuidado, Santiago, que entre esa manga de criminales puede estar tu familia también, en esta ciudad nadie puede arrojar la primera piedra —le respondió sin dudar un instante el Loco Ringel.

—Estoy salvado, tengo sangre italiana por todos lados.

—Con más razón, ¿no te dije acaso que vinieron un montón de fascistas italianos, con una dispensa especial del Papa? ¿Quién dice que no tenés un fascista en los genes entonces?

—Ringel, dicho así, suena horrible —se quejó él, llamándolo por primera vez sólo por el apellido.

—Es así, es así, como decía papá Freud, todos descendemos de una larguísima serie de generaciones de asesinos.

Santiago se quedó serio, en silencio, visiblemente abochornado.

—Mi teoría —continuaba el Loco Ringel— es que Villa Quimey es como un agujero negro, un campo gravitatorio intenso, que hace que cualquier cosa que se aproxime a él quede atrapada y después no pueda volver a salir. Ni la luz puede escapar. Eso es esta ciudad, un enorme y puto agujero negro... ¿Se entiende o ya me fui mucho de tema?

Ringel lo miró de frente y lanzó una carcajada. Sí, se había ido por la cornisa, como siempre, cuando él quería hablarle de otra cosa, no de criminales de guerra o de generaciones de asesinos, sino de la falla estructural, la falla originaria, terminó de decir mientras daba un golpecito en el volante y le extendía una sonrisa amistosa.

Una vez llegado a Villa Quimey, prosiguió Ringel, su padre se había dedicado al pujante negocio de la construcción, donde amasó una fortuna considerable reproduciendo de manera casi serial la cabaña alpina, donde había vivido durante su infancia en otros puntos de la geografía patagónica, en una época en la cual se iniciaba la expansión poblacional y turística hacia los kilómetros. La cabaña original fue reproducida y multiplicada por diez, por cien, vaya a saber si por más aún, de manera solitaria, grupal, en el marco de incontables complejos turísticos. Cuando era adolescente, cada vez que volteaba la vista hacia la ladera de los cerros, Ringel se encontraba con la misma cabaña,

techo de tejas rojas, forma triangular, con dos ventanas, una en el primer piso, la otra en la planta baja, estilo dúplex, iguales a su casa.

Más de una vez se había preguntado si todas esas cabañas habían sido construidas por la empresa de su padre o si lo que en realidad había ocurrido fue que ese estilo se impuso de modo casi monolítico en Villa Quimey, un lugar donde paradójicamente las múltiples especies de la naturaleza convivían con la repetición casi serial de sus formas arquitectónicas. Pero ¿cuál era entonces la copia y cuál el modelo? ¿Cuántos tipos de cabaña se habían expandido por esos lugares? ¿Dos, cuatro, seis, quizá más? ¿Cuál era la diferencia sin concepto que terminaba por no ser representable? ¿Cuál era el simulacro, el teatro, la máscara? Siempre el maldito problema filosófico de la diferencia y la repetición, continuaba perorando Ringel, sin mirarlo.

En años posteriores, esas cabañas irían combinándose con otros estilos arquitectónicos, lejos de la sobriedad original de las primeras. En menos del tránsito de una generación, habían desaparecido, se habían convertido en un árbol en medio del bosque, en sentido más que literal. Ya se había terminado el tiempo de las cabañas tradicionales de madera y piedra, añadió, con un dejo inevitable de nostalgia, mientras llegaban al centro. Ahora es el momento de los paredones y de la serialidad de lujo.

Ringel se detuvo un instante y luego volvió a arremeter.

—Entonces, ¿te gustaría conocer la cabaña frente al lago? —preguntó mientras continuaban avanzando por la ruta de la costanera, bordeando el lago inapelable.

—Al principio no fue más que un paredón de cementerio...

Ringel le estaba diciendo que no era un chiste, que todo había comenzado por ahí, por el cementerio. Tal vez él no lo supiera, pero en otras épocas no había cementerios privados. Y el único cementerio público que había en el lado oeste estaba justo en el límite entre las zonas baja y alta de la ciudad, en la ladera de uno de los cerros. ¿No conocía esa historia?

—Alguna vez mi abuelo me contó algo —respondió él, tratando de hacer un esfuerzo para evocar las imágenes antes que las palabras.

—Y sí, sólo los viejos se acuerdan; los otros fingen demencia, quieren creer que el muro es como el lago, que está ahí desde siempre.

Santiago lanzó una risa breve y esperó paciente a que el otro retomara la palabra. Ya habían llegado a la famosa cabaña, al borde de la estepa, y acababa de conocer a Ailén, quien no cesaba de revolotear alrededor de ellos, sin acercarse completamente. Él estaba pendiente de sus movimientos mientras seguía conversando con Ringel.

Antes de que su silencio o su evidente distracción trascendieran, el otro retomó la palabra.

Hacía muchos años que en los Altos de Quimey se había instalado un gran cordón de miseria. Desde el comienzo había sido algo diferente. No se había tratado de un extinto barrio obrero, sino más bien de un campamento de refugiados, diseminado por los cerros, más allá de la Avenida General Roca que, con muro o sin muro, siempre había partido en dos la ciudad. En su mayoría eran indígenas y mestizos que venían escapando de la furia del volcán que había liquidado a gran parte de las ovejas. Expulsadas por una lluvia de cenizas volcánicas que había cambiado la fisonomía de la meseta central, familias completas arribaban cada día a la ciudad, preservada de la catástrofe vaya a saber por qué milagro patagónico, para conchabarse en la construcción o, con suerte, en algún comercio. Al principio no les había sido difícil conseguir trabajo, en medio de la fiebre turística, aunque lo arduo era tener un empleo estable durante todo el año. Vivían en casillas hechas de madera y chapa, sin gas, sin agua, sin cloacas, castigados por las bajas temperaturas, en medio de barriales indecentes, donde no podía entrar ni siquiera un camión oruga.

Pero sucedió entonces que durante la temporada baja, cuando el trabajo escaseaba y el número de robos y asaltos se disparaba por las nubes, una de las zonas más perjudicadas era la que circundaba el cementerio. Bastaba con dejar el automóvil estacionado junto al paredón del campo santo y entrar aunque sólo fuera unos cinco minutitos a dejar unas florcitas, cambiar un

tarro de agua o elevar al cielo una oración fúnebre, y a la salida uno podía encontrarse con la ingrata sorpresa de un parabrisas roto o, peor aún, el automóvil completamente descalzo, sin cubiertas... Como desde el municipio parecía no haber respuestas, luego de un tiempo los vecinos del Bajo Quimey decidieron que lo mejor sería entrar al cementerio con los vehículos, y así fue que abrieron los portones y comenzaron a ingresar con los coches por los senderos internos del cementerio, hasta el pie mismo de las tumbas o de los panteones.

Santiago comenzó a buscar a Ailén con la mirada, pero la joven se había esfumado luego de servirles una taza de café.

El problema no terminó ahí, continuaba Ringel, sino que recién despuntaba. Porque una cosa es la ciudad en invierno, con su nieve prístina, puro avispero de turistas, cuando todo el mundo quiere que lo piquen y no parece importar mucho el color de la piel o la tirantez de los rasgos faciales; pero otra muy distinta es afrontar sus frondosidades durante la temporada baja. A lo largo de ocho meses, desde el centro hasta las construcciones alpinas que bordeaban los kilómetros de lago, los habitantes del lado oeste parecían rumiar una y otra vez la misma pregunta, reformulada de mil maneras distintas: ¿por qué eran tantos? ¿No era cierto entonces que los habían exterminado a todos? ¿Por qué no se habían quedado allá lejos, arrinconados en la meseta solitaria, juntando leña y criando ovejas en

sus reservas miserables? ¿Acaso la cólera del volcán no habría podido llevárselos a ellos también, junto con lo que quedaba de sus flacos animales? ¿Qué podía hacerse con todos esos jóvenes de rostros oscuros e inescrutables que bajaban, multiplicados en malón, hacia el centro de la ciudad, invadiendo sus callejuelas, sus maravillosos paseos turísticos y su coqueta costanera frente al lago, durante las largas horas del día, sin decir ni hacer nada? ¿Podría soportarlo la ciudad que había sido elegida para enterrar los peores secretos de la vieja Europa?

Un día los vecinos de los Altos amanecieron sorprendidos ante la noticia de que sobre el lado oeste de la Avenida General Roca se había iniciado la construcción de un paredón de unos tres metros de alto, con una reja en la parte superior, que pretendía dividir la ciudad en dos zonas. Pero, antes de que los obreros pudieran avanzar demasiado en la obra, un ejército improvisado compuesto de decenas de jóvenes rabiosos, munidos con picos y con palas, había descendido en tropel desde el Alto y en un par de horas había reducido a escombros el muro en ciernes.

Pocos meses después hubo un segundo intento, y le tocó estar ahí, en el fragor de la batalla. Había regresado a la ciudad por unos días para arreglar unos papeles familiares, pero cuando se enteró de lo que estaba pasando cruzó la Avenida General Roca y se mezcló en la trifulca, engrosando las filas de los revoltosos. Fue una experiencia maravillosa, inolvidable,

continúa evocando, la cólera del volcán arrojada en las mismísimas calles de la villa turística. Aunque, en realidad, ni siquiera la furia sonora del volcán podría haber generado tal estado asambleario ni mucho menos dar nacimiento a esos vertiginosos lazos de solidaridad y confianza hasta hacía poco tiempo inimaginables, como si los hongos crecidos y multiplicados todos esos años en soledad, bajo la superficie, ahora brotaran al sol, se expandieran y buscaran unirse espontáneamente entre ellos.

Eran varios los piquetes que se habían erigido a lo largo del muro en construcción, y la gente había comenzado a deliberar para decidir cuál era el tipo de acción a seguir. Los más conservadores proponían la estrategia parlamentaria, ir hasta el municipio y entrevistarse con las autoridades para hacerlas entrar en razón; los más radicales apostaban por la estrategia Titanic, que consistía en avanzar y arrojar a toda esa caterva de racistas hijos de puta al centro del lago y dejar que se hundieran hasta el fondo; y los más razonables proponían sencillamente la acción directa, a saber, derribar sin dilaciones el muro. Como bien puede imaginar Santiago, ganó la tercera moción, aunque hubo varios que habían votado la segunda propuesta, que a su modo de ver era mucho más excitante y definitiva. Recuerda haber vivido una hermosa mañana asamblearia, llena de ricos intercambios y contundentes discursos. Ellos se habían armado con picos, palas y enormes masas. Había muchos cartoneros en-

tre la gente, siempre habían sido los más movilizados. Entonces atacaron de manera simultánea desde tres direcciones, izquierda, derecha y centro, por lo cual, gracias a la maniobra envolvente, en un abrir y cerrar de ojos terminaron por echar abajo el muro.

En esos días de revuelta se creó también una Brigada Popular Antimuro, con gente de ambos lados de la Avenida Roca. El caso es que durante un par de meses la Brigada anduvo patrullando la Avenida y con muy buenos resultados, añadió soltando una carcajada. Del lado oeste estaban todos aterrados, pensaron que se venía la revolución social. Vaya a saber cuántos fueron a esconder los palos de golf y a arrojar al lago los libros del Tercer Reich. Como siempre sucede, esperaban a los bárbaros, pero, al igual que en el poema de Cavafis, los bárbaros parecían no llegar nunca...

Bueno, fue ahí, en esos días, intentó resumir el Loco Ringel, cuando estaban terminando de derribar la última versión de la zanja de Alsina, que tuvo la fortuna de conocer a quien sería por breve tiempo su segunda y última mujer, Moira, la madre de Ailén, bella, única, ágil, como esas figuras aladas que aparecen en el friso de los templos griegos...

Fue el turno de Santiago de interrumpir, lanzando una carcajada. Con todo respeto, dijo, entendía la licencia poética, pero le parecía raro comparar a una mujer de origen indígena con el friso marmóreo de un templo clásico. Él creía que se trataba de bellezas diferentes.

El otro respondió velozmente diciendo que era un prejuicioso, un racista, un nazi-fascista como su abuelo italiano, que seguro había venido en aquel barco que obtuvo la dispensa papal, y que alguna vez entendería por qué él decía que las mujeres indígenas combinaban diferentes patrones estéticos, lo clásico y lo sensual, algo presente en escasísimas culturas.

Pero no tenía caso platicar sobre ese tema; la cuestión era que él se enamoró hasta los tuétanos, perdidamente, como decían antes los personajes simplotes en las novelas de Corín Tellado, y de una indígena, de una fuereña, él, el Loco Ringel, que después de lo sucedido con Marlene estaba llamado a vivir una vida desapasionada y culta, lejos de la ciudad, y sin embargo, una vez más había vuelto a caer en los desordenados efluvios del amor, en medio del potente torrente asambleario.

Mientras veía asomar la figura de Ailén, que parecía despertar de una larga siesta, Santiago se reía junto al Loco Ringel, sin poder evitar una mezcla de emociones diferentes: extrañamiento y admiración al mismo tiempo.

Fue entonces que Ailén le propuso quedarse a cenar con ellos.

—Imaginate, querido Santiago —seguía diciendo Ringel—, nunca antes había pensado que pudiera existir tal amor en medio de tantos contrastes y diferencias.



Era rara la estepa, pensaba Santiago, casi incolora, el contraste con la cara abigarrada de la otra Patagonia no podía ser mayor. El paisaje era despojado y apenas aparecía atravesado por una solitaria cortina de álamos. La cabaña de Ringel estaba casi al pie del lago, separada de la orilla por unas piedras enormes percutidas en sus costados por el viento helado.

Ailén solía decir que amaba ese paisaje austero mucho más que el de la Patagonia barroca. Después de hacer el amor, a ella le gustaba enfundarse en un poncho rústico, de color marrón oscuro y apenas coronado en los bordes por unas guardas geométricas, y salir a disputar el viento, frente al lago, en el balcón que había en el primer piso de la cabaña. Mientras fumaba, decía que todo eso le recordaba su pasado, o al menos como ella se imaginaba que podía haber sido el pasado de sus ancestros, de cara al viento frío que provenía del lago más azul de la Patagonia.

Esa primavera que vivió intensamente, en todos sus colores, como si un arco iris hubiera trazado un semicírculo permanente uniendo la estepa y la cordillera, Santiago propuso olvidarse del lado oeste, para transgredir todas las reglas. Comenzó a ausentarse del colegio, a riesgo de quedar libre a esa altura del semestre, justo cuando estaba cursando el último año de la secundaria; hizo caso omiso a las advertencias maternas, cuya preocupación estaba puesta en el futuro, en su futuro y en cómo asegurarlo, acá, del lado oeste del muro.

Fueron dos meses y medio en los cuales se olvidó de su madre, del humor intratable de su hermana, de los compañeros de colegio, de los amigos del tenis, que ahora le parecían tan poco interesantes, y se vio impulsado a correr tras las huellas de ómnibus destartados, llenos de barro y asientos rotos, que salían del centro en dirección a la estepa, obligado a caminar un par de kilómetros en medio de la lluvia, si acaso confundía los horarios... Pero nada de eso importaba, ya que lo único que existía eran ese deseo y la urgencia por llegar a la cabaña, llegar de una vez por todas, encontrarse en el umbral de la puerta con la sonrisa expectante de Ailén, abalanzarse sobre su figura y ponerse a recorrer su cuerpo, detenerse sobre esa piel sedosa y firme que chisporroteaba ante cada una de sus caricias, como las claras aguas del lago por la mañana.

Las largas ausencias de Ringel, o su oportuna discreción, les permitían permanecer el fin de semana encerrados en la cabaña, y disfrutar sin límites de sus cuerpos, explorarlos de modo incansable y juguetón, cargados de amor y de lujuria, hasta quedar exhaustos y luego arrebujarse bajo las frazadas térmicas, dormir unas horas con las manos entrelazadas y tibias, y volver a despertar, para volver a hacer el amor.

Cada tanto se levantaban para comer algo, ella cubierta sólo con un poncho, él con una remera de mangas largas y un short, mientras ponían la música a un volumen ensordecedor. Pronto había entendido

la importancia que Ailén adjudicaba a la música. Por eso mismo se había acostumbrado a llegar a la cabaña con algún regalo debajo del brazo: un CD o alguna grabación que bajaba de Internet.

Ocurrió, en una ocasión, que uno de los CD preferidos de Ailén, no recordaba cuál, empezó a fallar en varias canciones, y al cabo de unos días ya no pudieron escucharlo más. Santiago aprovechó la oportunidad para explicarle que algunos especialistas sostenían que la música contemporánea y ciertos solfeos experimentales tenían su origen, su disparador, en el disco rayado, técnicamente, en lo que se llama el surco cerrado, como el ruidito molesto que produce una púa tildada sobre los discos de vinilo en el Wincofón del abuelo Orestes, le dice; esa falla, ese ruidito que se repetía hasta el infinito, había estado en el origen de una experiencia de ruptura, de un dispositivo que invitaba a adoptar una nueva posición de escucha. Gracias a su repetición indefinida, esa falla se había ido convirtiendo en un fragmento exiliado de su propio origen, un fragmento que fue adquiriendo sentido en sí mismo, y de allí nació la música concreta. ¿No le parecía fascinante eso?, alcanzó entonces a preguntarle luego de la larga digresión.

Ailén lo miró un tanto despavorida pero no atinó a responder, y aunque ninguno de los dos hizo comentarios posteriores, él tuvo la certeza de que ella estaba pensando que quizá comenzaba a parecerse demasiado al Loco Ringel.

Para su sorpresa, un día ocurrió que, al llegar a la cabaña, encontró a Ailén escuchando música brasileña. Se lo dijo sin ambages, mientras se despojaba del abrigo.

—No soy tan ignorante —respondió ella, esquivando el rostro, visiblemente ofendida.

—No quise decir eso —respondió él, mientras se acercaba a Ailén y la tomaba por la cintura.

Ella le deslizó una sonrisa incitante. Era de los pocos gustos musicales heredados del padre, comenzó a decir, y sospechaba, aunque nunca había podido confirmarlo del todo, que ésa era la música que sus padres habían escuchado antes de engendrarla.

Después de aquella conversación, cada vez que ella hacía sonar el disco *Milagro de los peces*, ambos entrecruzaban una sonrisa pícara. Las voces, los peces, los colores, la melodía sensual de ese disco era en sí misma un sortilegio, un hechizo, una llamada pura al envolvente lenguaje de los cuerpos.

Su romance furtivo con Ailén concluyó tal como había comenzado, de modo abrupto e inesperado. Un viernes por la tarde llegó a la cabaña agotado, de mal humor, luego de una caminata bajo la lluvia, enterrado en fango y humedad, y se sorprendió al encontrarla en el centro del living, completamente desnuda y en estado de ensimismamiento, escuchando música a un volumen trepidante. Ni siquiera había percibido los fuertes golpes que él había

dado a la puerta, antes de entrar a la cabaña. Ailén estaba absorta, escuchando una canción que destilaba una melodía triste, por momentos irresistible, una melodía que él no recordaba haber escuchado con anterioridad.

Santiago se acercó hasta ella, la abrazó y, mientras lo hacía, comenzó a dar unos pasos anchos hacia el costado, colocó sus manos sobre sus pechos pequeños, como si buscara hamacarse y hamacarla, extraerla de esa reconcentrada quietud en la cual yacía, imponiéndole un paso de baile un tanto infantil con el cual acompañar la melodía.

Casi con ingenuidad, le preguntó dónde había conseguido “esa musiquita”. Así, en diminutivo y pronunciado un par de veces, “musiquita, musiquita”. Ese imperdonable error cometió: pronunciar “esa musiquita” con una voz inaudible, lúbrica, casi susurrando, poniendo al desnudo su deseo y su urgencia.

Entretanto, con actitud displicente, Ailén buscó desembarazarse de él, diciéndole que no respondería de quién se trataba ni de dónde había sacado esa música, y mucho menos qué diablos estaba haciendo allí, quieta y en estado de éxtasis. Acto seguido, encendió un cigarrillo y se sentó sobre uno de los almohadones, cerca de la estufa hogar, deslizándole una mirada claramente desafiante.

¿Cómo es eso?, siguió diciendo él, en tono de broma, desentendiéndose de la creciente mirada hostil que irradiaba Ailén desde sus grandes ojos marrones.

Allí fue que cometió lo que retrospectivamente habiendo vería como su segunda equivocación consecutiva, anticipando el punto de no retorno: ¿no sucedía acaso que si estaba desnuda en medio de la habitación era porque estaba esperándolo a él y compartía su mismo deseo y urgencia?

Ante esas palabras, Ailén arrojó el cigarrillo sin terminar contra las brasas, se paró de golpe frente a él, todavía desnuda, y comenzó a gritarle completamente fuera de sí. ¿Acaso no podía estar escuchando y danzando esa musiquita y en el estado que se le antojara todo el tiempo que quisiera, sin tener que estar esperándolo a él ni a ninguna otra persona?

Entonces, sí, él comenzó a percibir el olor del peligro; guardaba el instinto desde aquellos días de su enfermedad, durante los cuales supo sentirse como un animal acorralado, al borde de la extinción. Había aprendido a leer las señales en el rostro de los médicos y de los enfermeros, pero con Ailén se había descuidado, se había dejado llevar. Mal hecho, se dijo a sí mismo, sospechando que de modo accidental o involuntario había caído en algún punto ciego, había encendido la mecha en un fondo oscuro, cavernoso y volátil y que, presumiblemente, algo feo estaba por salir.

—Yo tengo otra vida, allá, en Villa Quimey —dijo ella, señalando hacia el norte, con una voz deliberadamente provocativa.

—¿De qué lado? —se le ocurrió repreguntar a él con evidente torpeza, pues apenas deslizó la pregunta se dio cuenta de que había cometido una tercera equivocación, imperdonable, irreversible, y todo eso en menos de lo que había cantado un gallo.

—Ja, como si yo pudiese elegir de qué lado vivir. ¡Qué imbécil que sos!

—No, no digo eso —agregó él, tratando de ganar tiempo, para ver si se le ocurría algo más inteligente para contestar—. Perdoname, quiero tratar de entenderte, ¿qué otra vida tenés? —acertó a preguntar entonces con una voz trémula, tratando de atraer su cuerpo zigzagueante, estirando el brazo hasta llegar casi a la punta de sus pezones. Todavía no se daba por vencido, quería llegar hasta ese cuerpo esquivo y volver a sentirlo dócil y sumiso.

—Una vida sin vos —respondió ella, cortando con habilidad el avance de su mano derecha sobre sus senos y caminando hacia el baño, donde se encerró bajando el pestillo de la puerta.

Él se quedó atónito ante la respuesta destemplada de Ailén. Trató de serenarse mientras se sentaba sobre un almohadón de pluma, esperando a que ella regresara. Ante su tardanza, se levantó y la llamó un par de veces, golpeando la puerta del baño; luego volvió a sentarse, mientras cada tanto alimentaba el fuego de la estufa hogar, elucubrando ideas locas, disparatadas. Sentía que estaba en el ojo de la tormenta, cuyo centro iba hermanando de modo cruel e inexorable los

hilos de su propia fantasía erótica con la inminencia del amor desolado.

La idea de que Ailén pudiera tener otra vida de la cual él no estuviera al tanto le resultaba insoportable. Pero, a decir verdad, desconocía casi todo sobre ella. Sabía que era hija del profesor Ringel, con quien compartía esa cabaña desde hacía relativamente un tiempo, un año o dos, no más, luego del último retorno de aquél.

Una vez que abandonó el baño, ahora enfundada en una toalla, y se plantó nuevamente frente a él, Ailén comenzó a decir que había recibido un ultimátum de su padre.

—¿De qué ultimátum hablás? —preguntó él, aliviado de que la agresión se concentrara en una tercera persona.

—Se acabó el año sabático.

La primera vez que habían hablado sobre el tema, Ailén le comentó que había acordado con Ringel tomarse un año de libertad. Hacía un tiempo ya que ella había terminado la escuela secundaria. En ese entonces, recordaba, Ailén quería viajar, al sur o al norte, no sabía muy bien, no tenía claro cómo pensar su futuro y si realmente debía pensarlo. Pasado ése año de gracia, tendría que decidir, podría estudiar y trabajar, conjugando ambas cosas, o solamente trabajar, ese había sido el acuerdo. Pero finalmente el año fluyó, rápido, vertiginoso, doce meses en total que no pasaron, más bien se

escurrieron, como si se los hubiera tragado de un solo sorbo el presente límpido e invariante del lago. Ailén había terminado por desechar la idea del benemérito viaje —ni el norte ni el sur la convencían, ambos se habían convertido en dos puntos geográficos perfectamente idénticos e intercambiables— cuando, al inicio del segundo año, recibió un ultimátum del padre.

Se acabó el año de gracia, repitió una vez más.

Tal vez debía volver al Progreso, su barrio natal, retomar contacto con sus primas para ver qué estaban haciendo ellas, dejar nuevamente que las cosas fluyeran. Pero no estaba segura.

En eso estaba, tratando de ver qué hacer de su vida, qué plus arrancarle al futuro, pensando en el contenido potencial de esa palabra, “futuro”, que pronuncian con tanta fruición los padres, declinándolo de todas las maneras posibles, futuro-futuro-futuro, tres veces seguidas y rapidito, FU-TU-RO, FU-TU-RO, dos veces seguidas, más lento y en sílabas separadas...

—Podés estudiar —sugirió él, con un tono inseguro en la voz.

—¿Qué puedo estudiar? —dijo ella entonces con voz socarrona—. ¿Inglés, para enseñar en el Alto? ¿Maestra jardinera? ¿Asistente social? A lo mejor, todo lo que tenía que hacer era decidirse a calzar un chaleco azul y conchabarse en algún comercio del lado oeste. ¿O qué color de chaleco le tocaría usar, según su criterio? ¿El violeta de la servidumbre, acaso, o, mejor aún, el rojo cartonero?

Santiago se acercó y buscó tomarla entre sus brazos, pero cada vez que lo intentaba Ailén retrocedía unos pasos para ponerse lejos de su alcance.

Sí, a lo mejor tenía que usar el chaleco violeta, continuó diciendo mientras retrocedía; en su familia, allá en el Alto, siempre hacían chistes con eso.

—Estás haciéndote daño a vos misma, Ailén... —atinó a decir él con impotencia.

¿Que estaba haciéndose daño? ¿Acaso creía que ella estaba esperando que él se comportara como su padre? ¿Cómo y cuándo había sido dicho que Santiago debía asumir el rol de sustituto y que su función era divertirla o entretenerla?

Él intentaba seguir el encendido monólogo de Ailén, todavía atónito, paralizado, sin poder evitar el temor ascendente que lo carcomía por dentro y le oprimía el pecho. Finalmente ella también era capaz de desgranar un largo discurso sin necesidad de preguntarle a él qué pensaba de esto o de aquello, o pidiéndole que le contara alguna historia divertida, o que le hablara de su madre, de su hermana, del colegio, de sus lecturas, de lo que fuera.

¿Acaso creía él que su padre era diferente? ¡Qué ingenuo que era!, continuó ella, acelerando la voz, como si se deslizara con un trineo por la pendiente, cuesta abajo, y fuera tomando cada vez mayor velocidad. Estaba muy equivocado, el profesor Ringel era como cualquier otro padre, y aunque fuera ingenioso y siempre la hiciera reír más de la cuenta, era un ser

humano mezquino y egoísta, un padre cien veces pedante y mil veces ausente.

—No sigas, Ailén —alcanzó a susurrar Santiago, pero todo resultó inútil ante su ira desbordante.

Así como Sandra, su bendita madre salvadora, deseaba con toda su alma que él se quedara a estudiar fotografía en cualquier academia de mala muerte del lado oeste con tal de tenerlo cerca de ella y de su hermanita pretenciosa, lo mismo le sucedía a ella con su padre, su admirado profesor Ringel, o el Loco Ringel, como le decían de ambos lados del muro. ¿O acaso él pensaba que Ringel, su padre, por jugar a hacerse el irrespetuoso o irreverente con cuatro señorones bien uniformados de un pelotudo colegio inglés, o por no dignarse reconocer el color de los chalecos, transpirando como ella bien sabía algo más que una pizca de resentimiento hacia los estudiantes blanquitos y educados como él, esos chicos ricos a los que se educa con la idea de que nunca tendrán prontuario, acaso entonces —repitió ella, preguntando, vociferando, sin poder controlarse— todo eso hace que su padre sea alguien diferente?

—¿Diferente de qué o de quién? —atinó a preguntar él con una voz que le salía cavernosa, casi atragantada, como si buscara no salir del fondo y quisiera quedarse allá, acuclillada, y no tener que escuchar todo eso—. No sé de qué me hablás, si me da la impresión de que estoy hablando con otra persona...

Ella se detuvo un instante, tragó saliva, se ajustó la toalla que cubría su cuerpo, como si temiera que el

nudo terminara por aflojarse y la toalla cayera, ofreciéndole sus pechos desnudos otra vez. Optó por tomar el encendedor, buscó sus cigarrillos, no pudo encontrarlos, tomó los de él y, después de investigar cuántos cigarrillos le quedaban, por fin se decidió y sacó uno. Caminó hasta la chimenea y movió unos troncos para avivar el fuego, que ya languidecía. Ambos escucharon crepitar los leños en un silencio cada vez más abismal. En un momento él creyó escuchar el viento que llegaba para acompañar la lluvia. Pero no se trataba del viento ni de la lluvia, sino de su propia palpitación, de su corazón golpeando ruidosamente dentro del pecho. ¿Así se rompía una relación sentimental? ¿Así comenzaba el final de una historia de amor?, se preguntó entonces, deseando que Ailén terminara de hablar de una vez y no fuera más lejos.

¿Por qué cree que lo trajo hasta ella —continuó Ailén más serena, el tono casi de resignación— si nunca antes le presentó a nadie en su vida, si ni siquiera tiene la suerte de conocer a sus hermanastras que vienen a visitarlo cada tanto, con su caterva cada vez más numerosa de nietos blanquitos y bien cuidados? Él, Ringel, cree que ella no lo sabe, que es tonta, pero una vez lo siguió, logró pasar el control diciendo que iba a buscar trabajo, que la esperaban para una entrevista de reclutamiento en un negocio de artesanías. Debe de haber sido muy convincente, continuó, o bien debe de haberse mostrado a la vez desesperada y poco peligrosa, porque no le hicieron historia. Entonces los vio

juntos: eran sus hijas, las mismas que están allá señaló con el índice la puerta del dormitorio—, en la foto del portarretrato de la mesita de luz, con diez o quince años más ahora, pero eran ellas, las mellizas.

—No tengo idea de qué me hablás, Ailén, estoy acá con vos porque yo mismo me subí al auto de tu padre para escaparme del colegio, y así lo hice, porque él me parece alguien diferente, más allá de sus excentricidades, de su historia anterior, que desconozco, de sus matrimonios, de sus otras hijas —contestó él, sabiéndose en inferioridad, defendiéndose como gato entre las brasas, sin saber por dónde comenzar.

Pero ella insistió: ¿por qué cree que lo trajo hasta ahí y los dejó solos, con una excusa boba, del estilo de “voy a comprar cigarrillos y vuelvo”? ¿Por qué cree que está desaparecido desde que él entró a su cuerpo, si no es porque sabe y espera que él esté con ella, en la cabaña, que pase tres o cuatro veces por semana y abra esa puerta para encontrarla a ella, esperándolo, desnuda, caliente, como ahora, escuchando una canción de cuna mapuche.

Santiago no pudo evitar la sonrisa triunfal: finalmente obtenía algo de información sobre aquella extraña música con la cual parecía haber comenzado toda esa desagradable escena. Quiso empezar a comprender, tratar de salir de la nube de confusión, pero Ailén ni siquiera le permitió ese momento de distensión. Hizo unos pasos, arrojó la toalla al piso, apenas si pudo entrever sus pezones puntiagudos antes de que

ella tomara rápidamente el poncho marrón, se cubriera con él, ocultara el cuerpo a sus embates, buscara una silla, la acercara a la chimenea y se sentara frente al fuego.

—¿Querés que te cuente una historia?

Él asintió, silencioso, y buscó otra silla, para sentarse junto a ella. Sin embargo, Ailén no admitió su cercanía y se alejó unos metros. Él sintió miedo, miedo de empezar a mirarla con ojos de perro apaleado.

Comenzó a contarle que tiempo atrás colaboraba con una organización territorial, ligada al gobierno.

—¿Una organización territorial? ¿Qué es eso? —preguntó él.

Una organización barrial, aclaró escuetamente ella, del lado este del muro. Tenía una muy buena relación con Darío, uno de los referentes. Era un tipo especial, cálido, carismático. Ella le había tomado cariño. A veces iban a recorrer juntos el barrio, y un par de veces se acostaron también, pero nada serio, nada importante. Sólo buscaban pasar un buen momento. Ella se dio cuenta de que las mujeres del barrio se lo disputaban, lo cual era natural, hasta que percibió que una de esas tantas mujeres quería entregarle a su hija. ¿Entiende él eso?

—No entiendo —contestó él, al verse interpelado.

Ailén continuó como si no lo hubiese escuchado. A ella le pareció un escándalo, algo indigno de pensar. Dada la insistencia de la señora, se le ocurrió preguntar a Darío qué hacía él en esos casos. ¿Qué casos?,

preguntó él, como si buscara hacerse el zonzo. Cuando por ejemplo las madres venían a ofrecerle una hija, le dijo ella. Él alzó los hombros. Ella insistió; necesitaba una respuesta categórica, rotunda. Ante su silencio, comenzó a enojarse, tenía la impresión de que allí se escondía algo verdaderamente oscuro. Darío volvió a alzarse de hombros y dijo entonces que esas madres sólo buscaban que sus hijas estuvieran bien: querían asegurarlas, que tuvieran protección, que no pasaran privaciones, de eso se trataba. Ella discutió el razonamiento, le parecía socialmente obsceno, humanamente degradante. Darío terminó de exponer sus ideas: Ailén se equivocaba, hacía mal en ponerse furiosa o en empezar a multiplicar los insultos, juzgar si era ético o no, si era machista o no, ya que allí, entre las clases populares, debería haberse dado cuenta ya, todo eso era vivido con naturalidad; no era lo mismo entre las clases pudientes, del otro lado del muro.

—¿Y vos qué hiciste? —atinó a preguntar Santiago, cuando por fin Ailén terminó de hablar.

Nada, sostuvo, qué iba a hacer, ¿o qué se creía él, que hasta entonces ella había vivido dentro de un repollo?

Su separación de Ailén fue menos dolorosa de lo que él había imaginado aquella tarde de primavera en la cual llegó embarrado y húmedo, casi como un pingüino empetrolado, y con ganas de amarla. Al llegar,

la había encontrado desnuda, ensimismada y distante, ensayando una suerte de danza absurda, escuchando una sobrecogedora canción de cuna de origen mapuche. Enseguida ella había comenzado a despacharse con un largo monólogo, cargada de furia, de tristeza y de resentimiento. Durante la noche había seguido vociferando, alternando el llanto casi histérico con el insulto a media humanidad. Fue en la madrugada, por suerte ya estaba clareando, que ella lo había echado de la casa, profiriendo menos insultos, sin duda a causa del abatimiento, pero sin atisbos de arrepentimiento. No lo quería ver más, que se fuera, que volviera a su nido calentito, a su mullida poltrona en aquel living empotrado en el bosque, de donde vería pasar los otoños en pantalla technicolor, mientras otros lo seguirían viendo solamente en blanco y negro.

Durante la noche él había tratado de apegarse a su cuerpo suave como una garrapata, intentando tomarla de la cintura, levantarle el brazo para enroscarse a él, guarecerse dentro de ella, hociquearla como un gato mimoso, reposar la cabeza sobre su hombro, pero todo fue en vano. Cuanto más cara de perro apaleado ponía él, más se endurecía el rostro de Ailén y más se alejaba, de modo irremediable, de su cuerpo.

Volvió a la cabaña dos veces, pero la encontró cerrada, como si estuviera deshabitada desde hacía meses. Ni siquiera parecía haber indicios de que estuviera yendo el profesor Ringel. Luego se enteraría de que éste había alquilado un bungalow cerca del colegio,



para no tener que andar haciendo tanto viaje. En cierta ocasión, Santiago buscó hablar con él después de una clase, pero Ringel lo detuvo en seco. Sin abrir la puerta del automóvil, con el vidrio a medio bajar, le dijo que hasta ahí llegaba él, que nunca se había metido en la vida sentimental de Ailén y que no haría excepciones aunque él le cayera simpático y en un momento hubiera apostado todas las fichas a ese vínculo. Para ser más claro y volver a lo suyo: Ailén había regresado al Alto, vivía con una tía y las primas con las cuales se había criado, no tenía caso buscarla, no le convenía.

El fin de año llegó por fin y él tuvo que empezar a preparar exámenes, y así encontró otros asuntos con los cuales distraerse. Los viajes interpretativos se habían terminado hacía rato y, con ello, el Loco Ringel había comenzado a desaparecer de su horizonte visual. Él no lo sintió demasiado. Al contrario, su presencia en los claustros solía abrirle una llaga dolorosa, le evocaba la imagen todavía viva de Ailén, que en esos momentos estaba dejando de ser un desordenado rompecabezas para convertirse cada vez más en un estereotipo en el recuerdo: bella, erguida, profiriendo insultos, con la estepa desértica como fondo inocultable de su mestizaje.

Durante las vacaciones de verano, después de Reyes, viajó con su familia a Mendoza, donde recorrieron la famosa Ruta del Vino, pero al cuarto día su padre tuvo que dar la media vuelta y retornar a la ciudad,

ya que le habían adelantado el cronograma de varias intervenciones quirúrgicas. Se lo había dicho a Sandra antes de partir, pero ella era así de testaruda, nada le hacía cambiar de idea una vez que se le metía algo en la cabeza. Nadie lo extrañaría demasiado. Además, por suerte, ese mismo año su padre había logrado que Santiago recibiera de modo anticipado el carnet de conducir, lo cual seguramente aliviaría a Sandra, que ya no sería la única en manejar el vehículo durante el largo camino de regreso.

Fueron las vacaciones más hermosas que él haya tenido en los últimos años, él al volante de la cuatro por cuatro, su madre al costado, atenta, sonriendo, con sus cabellos más dorados que nunca, guiándolo con un mapa, levantando su dedo índice para decir “acá, es acá”, rodeados de viñedos a diestra y siniestra, con Irina tranquila, singularmente muda, sin berridos ni ataques de histeria. También estuvieron tres días en un lujoso spa en medio de la montaña, con una vista fabulosa del cerro Aconcagua, y realizaron una larga caminata hasta uno de los refugios más accesibles del cerro, un paseo entre las nubes, acompañados por un grupo selecto y un guía que hablaba unos diez idiomas.

No tuvieron problemas en el regreso. Los rumores de asaltos y revueltas habían resultado ser completamente falsos. Todo parecía muy tranquilo. Sólo les habían aconsejado no abandonar la autopista, no desviarse por ningún camino lateral y no detenerse ante nada, ni ante automóviles varados en medio del

carril, ni siquiera frente a un accidente. Sólo podían detenerse en los paradores oficiales, donde estaban los autoservicios.

Cuando regresaron, él le dijo a Sandra que el viaje le había servido para meditar sobre su futuro y que había decidido quedarse, que estudiaría fotografía y cine en la escuela de artes, tal como se había prometido a sí mismo el día en que le dijeron que no sería un discapacitado visual. Ella sonrió, visiblemente confor-  
tada, agradecida, pero no sorprendida ante su decisión. Extendió su brazo y le acarició la cabeza, mientras le peinaba los cabellos claros con los dedos, como cuando era niño. Entonces Irina comenzó a berrear para recordarles a todos que, de regreso a Villa Quimey, ella volvía a ser el centro de todas las miradas.

Era el retorno a la normalidad. La Patagonia de los siete colores continuaría siendo su lugar en el mundo.

El lado este

Hacía años que Orestes Loncopan sabía que el lago jamás sería de ellos.

Fue en la madrugada del día jueves cuando vinieron a desalojarlos. Apenas comenzaba a clarear y Orestes Loncopan estaba preparando un mate; la noche anterior su mujer le había traído la pava y el calentador y un par de frazadas más, pero al final no se había quedado a acompañarlo. Tenía otras cosas que hacer, allá en el Alto.

Un día más de aguante, ya llega el fin de semana, se dijo para sí mismo, frotándose las manos enguantadas, con la punta de los dedos al descubierto, tratando de darse empuje y no pensar más en cómo haría para esquivar el aire glacial de la madrugada. Ya no estaba para esos troles, añadió con una semisonrisa, pero no había terminado de estirar los labios ni de frotarse las manos cuando vio titilar unas luces allá afuera y, aun antes de que se diera cuenta de que esas luces eran reflectores y de que se desencadenara la acción, alcanzó a decirse mierda, hasta acá llegamos.

El lote es para su hija, él ya tiene una casa en el Alto, en el barrio El Progreso, sólo estaba cuidándolo para que no se lo ocuparan, reitera frente al oficial de chaleco anaranjado brillante que le toma declaración. Su hija es casada y con cuatro pibes, dos de ellos criaturas todavía. Algunos creen que una casa puede estirarse como un chicle, pero se equivocan. Su casa es pequeña, apenas dos habitaciones y un comedor. Lastimosamente no había podido añadir un tercer dormitorio, y sucede que ni en su barrio ni en otros cercanos hay más lotes. Ya no caben dentro de la casa y ellos no pueden seguir amontonados como animales en un corral. Los pibes ya son grandes, tiene que entender él, con todo respeto, le dice mirándolo de frente, buscando imponer la autoridad que debería darle la diferencia de edad. Después de mucho dudar, su yerno había tomado la decisión de acompañar la toma y él lo había apoyado.

Nada sucede como él lo había esperado. El oficial que lo atiende le responde con una voz desaprensiva y comienza a cubrirlo de insultos. La gente como él es toda igual, vagos, borrachos, ladrones. Él se defiende como puede, y en un momento levanta el tono de voz. ¿Cómo puede decir eso,? Mida sus palabras, ¿o acaso no se da cuenta de que él es una persona de trabajo?

—¿Persona de trabajo? —dice el otro, el rostro cada vez más enrojecido por la ira—. Chileno e indocumentado, eso es usted —concluye con un gesto patibulario.

Mientras, Orestes siente que, como hace más de treinta años, dos brazos lo conducen de malas maneras por un largo pasillo, escaleras abajo, hasta llegar a una celda; abren una puerta enrejada, el sonido quejumbroso, y lo empujan al interior de un foso oscuro, donde apenas entrevé unas figuras acuclilladas.

No vayan a creer que es la primera vez que lo vienen a desalojar de ese modo, comienza a decir él, mientras busca acomodarse los pantalones húmedos y se sienta en un rincón. A su lado, en medio de la oscuridad, percibe la presencia de dos figuras silenciosas que lo observan.

No se preocupen, les dice él, Orestes Loncopan tiene experiencia. Allá por finales de la dictadura, los milicos cargaron contra él cuando quiso instalarse cerca del lago, por los kilómetros, y casi lo mataron a culatazos, nada más que por venir de Chile.

Sí, él venía de Chile, pero había llegado desde bien chico a Villa Quimey, tenía todos los documentos en orden como le había dicho varias veces al oficial de turno, aunque no los tuviera encima. Nada de andar con pasaporte, ni cédula foránea, ni permiso de residencia; él ya era un argentino hecho y derecho. Incluso fue delegado en la construcción hasta que vino una baja y lo echaron. También lo habían votado para que dirigiera la sociedad de fomento del barrio, diez años atrás, pero él no había querido, todavía le salían algunas changas y sentía que no podía andar dando vueltas

tratando de que los vecinos se pusieran de acuerdo entre sí. Él era un hombre de sentido práctico, por eso se llevaba bien con los ladrillos.

Siente que son varias las horas que está demorado en ese calabozo, junto con otras dos personas. Advier- te que son pibes muy jóvenes, ya que cada tanto se ponen a lloriquear. Uno de ellos dice que lo han tor- turado.

Ya no sabe si habla sólo para sus adentros o en voz alta, pero Orestes Loncopan no puede evitar repetir que aquella vez que lo sacaron a él y a otras diez fa- milias a las patadas y fue a parar de culo al fondo de un calabozo, como ahora, él gritaba todo el tiempo que era mentira que se tratara de un asentamiento. Él no era ciruja ni villero. Había comenzado a construir una casa humilde, de material, nada de lona ni chapas ni cartones. Por algo tenía un oficio, era albañil y ya había trabajado en obras importantes, por ahí en los kilómetros. Fue él quien se había percatado de que esos terrenos eran fiscales y no había dueño que los reclamara. Se lo había confirmado el jefe de la obra, que a su vez lo había escuchado de la boca del dueño de la vivienda que en ese entonces estaban constru- yendo.

—Una buena oportunidad, son terrenos fiscales, cualquiera los puede ocupar —había dicho, sin sacarse el cigarrillo de la boca.

Él se había entusiasmado y había hablado con el Pelado Gómez, que entendía de esas cosas. Ha-

bían tomado los terrenos, una franja ancha, a unos trescientos metros del lago, en el kilómetro tres, al pie de un frondoso bosque de lenga. Hicieron la ocupación al final del verano, antes de que llegara la nieve y paralizara todo, con las hojas de lenga ya enrojecidas y acolchonando los húmedos senderos del bosque. Pronto habían emparejado el terreno y ya se habían puesto de acuerdo en que llamarían al barrio Amancay, porque a varias mujeres del gru- po les gustaban esos pimpollos amarillos que entre septiembre y febrero podían encontrarse sobre la ladera de los cerros, e incluso al costado de los ca- minos.

No señor, no era chapa y cartón, como los asenta- mientos de ahora, que compiten con el puro descam- pado, ahí, al borde de la estepa. Él ya había empezado a levantar una habitación con los ladrillos que había ido juntando y trayendo de la obra, pero a la sema- na cayeron los militares. No queremos villeros, no queremos vagos ni viciosos, les dijeron mientras los golpeaban a mansalva y los arreaban a los empujones hasta el camión del ejército. Ya en el acoplado, serían unas treinta personas, todas achuchadas, los milicos seguían gritando órdenes y vociferando sobre sus rostros, los vamos a llevar a todos hasta la frontera, chilotes de mierda.

Orestes Loncopan se pasa la lengua reseca entre los dientes, tiene ganas de tomar agua, pero sabe que deberá aguantarse la sed. Cada tanto, los pibes gimen,

aunque por momentos él piensa que en realidad asienten, contestan, acompañan su relato.

Finalmente eran sólo dos en aquel calabozo. A las mujeres las habían liberado. Cada tanto los milicos entraban y los golpeaban con saña, hasta sacarles sangre. Él hubiese querido volverse chileno de nuevo, cruzar la cordillera, perderse en el mar frío, allá por Valparaíso, pero ya no podía. Desde hacía años tenía su vida ahí, con un trabajo de albañil, con una mujer y una hija por venir. Allá en Chile no tenía futuro, y hasta ese traspie todo había salido bien, no tenía de qué quejarse. No sería fácil volver, pero recuerda que no deseó ni pensó otra cosa durante todas esas oscuras noches en que anduvo revolviéndose en el fango, entre el olor de su propia mierda, sin comer ni beber nada, junto con el Pelado Gómez, que no cesaba de gemir, postrado en el piso.

Al Pelado lo dejaron rengo de tantas patadas que le dieron; habían terminado por quebrarle la cadera, pero al final les perdonaron la vida a ambos. Váyanse, culos rotos, si los llegamos a ver por el centro cívico, bajamos del vehículo y los tiramos al lago, con línea de fondo, vivos y todo.

Nunca había estado tan cerca del lago como durante aquel año. Fue durante la dictadura, repite, y en ese entonces sentía que el lago, que no tenía el olor inconfundible que trae el océano desde el fondo, y sin embargo rugía, se encrespaba y avanzaba de modo amenazador durante los días de viento intenso, era un

lago que soñaba con convertirse en mar. Por eso le gustaba tanto.

No sabe si es con el oficial con quien sigue hablando o si es con los dos adolescentes llorosos con quienes comparte el calabozo donde lo han arrojado, pero Orestes Loncopan continúa diciendo que él conoce el océano, nada menos que el Pacífico, pero vaya a saber por qué, desde la primera vez que puso los pies en esa ciudad, siendo casi un niño, había quedado tan enamorado de ese lago.

Escucha una risita breve a su costado, hacia la izquierda, e inclina la cabeza. Trata de escudriñar los dos rostros en la oscuridad. Los pibes hablan entre ellos. Mira con desconfianza, buscando adivinar qué se traen entre manos con tanto cuchicheo.

—Estos viejos están todos chapita, no hacen más que darle y darle. Por qué será que hablan tanto —alcanza a escuchar que comenta alguien con voz burlona.

Él vuelve a hablar del desalojo, no puede evitarlo. Vinieron en la madrugada, cuando él ni siquiera acababa de encender el calentador para poner la pava y preparar unos mates. Hacía dos días que estaba reemplazando a su yerno, vaya a saber dónde se había metido el atorrante. Desde que lo habían echado del trabajo, andaba perdido y él prefería no preguntar demasiado. No quería líos. Equivocadamente pensó que la toma del terreno ayudaría a encarrilarlo. ¡Qué tonto había

sido! Apenas si había estado un día cuidando el lote, luego de lo cual su yerno mandó llamarlo a través de uno de los pibes para que lo reemplazara un rato, y después de eso se las picó. Desapareció por completo, fush, fush, sintetiza con un tono de voz aflautada y un gesto que los otros no pueden ver.

Igual, él sintió que tenía que quedarse. Algo le tocó, acá en el corazón, dice golpeándose el pecho con la mano. No sabe qué fue, aunque sí sabe, le hizo acordar a aquellas noches durante la dictadura, tantos años habían pasado. ¿Que ya se los contó?, ¿que no sea pesado? Bueno, está bien, pero ahora se refiere a esta toma, responde él, que ha escuchado la voz clara, transparente, a unos metros, mientras busca interpretar los movimientos entre las sombras.

¿No sabían nada de la toma que hicieron cerca del basural? Hace tres días nomás, había salido por televisión, fueron como unas diez familias. No, no era para él sino para su hija y el yerno ese atorrante que tiene, después no digan que me repito, advirtió, levantando el dedo índice en la oscuridad.

Los tomaron de sorpresa, eran pocos y estaban dormidos, pero la verdad es que tampoco nadie se imaginaba que vendrían, y tan pronto. ¿A quién le interesaba ese descampado donde apenas si crecían los arbustos, y que encima de todo quedaba tan cerca del basural? Ellos habían arreglado incluso con los chalecos rojos, la organización principal de cartoneros, la más combativa, porque tampoco era cosa de llegar así

nomás y plantarse en medio de la intemperie. Todo tiene dueño en estas tierras, hasta el lago, que estaba lejos de ser de ellos.

Escucha nuevamente la risita socarrona de uno de los pibes.

—¿Cómo se llaman? —alcanza a preguntar, urgido por la curiosidad. No le gusta nada que se anden burlando de él, protegidos como gatos pardos por la oscuridad.

—Damián y Miguel —contesta una de las voces.

—¿Qué hacen acá?

—Estamos presos.

—Ya sé, no se hagan los vivos, pregunto qué hicieron.

Se instala un silencio breve.

—Nada, no quisimos transar con la yuta —suelta finalmente uno de ellos.

Tenían todo bien preparado para la toma, sigue contando él. Uno de los punteros del barrio les había confirmado que desde el municipio no iban a hacer nada por desalojarlos, que se quedaran tranquilos. También les habían contado que un par de años atrás hubo un gran pleito por esos terrenos, querían trasladar el basural e instalar cerca de ahí, en esa zona lejana del Alto, un gran supermercado extranjero. Los terrenos se habían valorizado y ya se había previsto la extensión del tendido eléctrico, el agua y otros servicios. Pero todo eso quedó en la nada. ¿Se habían enterado ellos?

Escuchó que cerca de él emitían un gruñido que él interpretó como un asentimiento. Se sintió con ánimo de seguir y retomó el hilo.

Llegaron en varias camionetas, eran unos treinta o cuarenta robocop, dice él, bajaron con sus perros e iluminaron el descampado con unos reflectores grandes. Alguien, un oficial, tomó un altavoz y ordenó que se retiraran sin oponer resistencia. Él no se resistió, mierda, ya no estaba para hacerse el gallito, pero eso parece no haber importado demasiado, ya que la policía igual buscaba escarmentarlos, y mientras juntaban a las apuradas los pocos bártulos que habían llevado y comenzaban a desfilar delante de ellos, o más bien entre ellos, los robocop comenzaron a golpearlos en los tobillos y en la espalda, y a aquellos que se quejaban, chif chif, dice golpeando el dedo índice con el pulgar, les lanzaban gas pimienta. Y sí, se veía que se morían de ganas de probarlo esos desgraciados, termina quejándose.

Una ola de agobio le golpea directo el cuerpo dolorido por los golpes. Siente que ahora es él quien está a punto de lloriquear. En el entrevero, él se puso a defender a una mujer que estaba sola, con una criatura, un espectáculo lamentable. Debe de haber sido ahí cuando, además de perder la pava y el calentador, su mujer no se lo iba a perdonar más, en medio de la trifulca se le escurrieron también los documentos.

Los busca con los ojos, pero la oscuridad es casi total y sólo se perciben voces y movimientos, fricciones casuales contra la pared descascarada.

—Espero que mi familia me venga a buscar pronto, porque ahora nadie va a creer que soy argentino —dice, casi en un sollozo.

Presiente que uno de los jóvenes está muy lastimado, pues gime todo el tiempo. Lo han golpeado hasta ensañarse, una ola de bastonazos y patadas en la cara y en la espalda cuando estaba tirado en el piso. Hasta le han practicado un submarino seco, dice uno de ellos, el que parece estar más entero.

—La cara no es tanto. Pero me parece que me rompieron un par de costillas —agrega el otro con voz lastimera.

—¿Y ustedes qué hicieron? —vuelve a preguntar él, sin darse cuenta de que el tono que usa es casi inculminatorio.

—Salimos a robar por nuestra propia cuenta.

—¿Cómo por su propia cuenta?

—Sí, por nuestra propia cuenta y no por cuenta de la yuta, ¿entendés ahora, viejito? —suelta a toda velocidad, casi tragándose las palabras, el que está más entero.

Él se queda reflexionando unos instantes. De pronto siente que lo recorre un estremecimiento. No son el frío ni la humedad lo que le está carcomiendo los huesos adoloridos.

—Los están escarmentando entonces...

—Dicen que, si lo hacemos de nuevo, nos van a matar...

—Y... los van a tirar al lago —acota él.



—Cuando salgas de acá, avisale a mi familia —implo-  
ra la voz de aquel que está más lastimado.

No sabe si es Damián o Miguel. Damián, aclara el otro, Damián Corral, del lado sur del barrio El Progreso, al lado del centro asistencial, una callecita, al fondo, ahí vive su familia. Estos hijos de puta me van a matar, continúa lloriqueando.

Que se quede tranquilo, él va a avisarles, dice con un tono de voz firme, buscando tranquilizarlos, aunque por el momento no hay que hacerse ilusiones, están los tres adentro, y encima él está como chileno indocumentado, no se olviden.

Su padre también es de Chile, pero no de Valparaíso sino de Concepción, dice la voz de aquel que parece estar más entero. Él pregunta sólo para confirmar lo que es obvio: ¿sos Miguel? El otro asiente, mientras continúa diciendo que él no conoce el océano Pacífico pero tampoco es que ha visto de cerca tantas veces el lago, el laguito azul que tanto le gusta a él, agrega en un tono inevitablemente socarrón.

Después de todo, ellos salen a robar solamente por las noches. Hará unos siete meses que comenzaron con eso. Son los mismos chalecos anaranjados los que les abren la puerta sur del muro, les adosan un chaleco azul, para que parezca que ellos trabajan de ese lado, en caso de que tengan que detenerse en el camino, y luego los llevan en un vehículo hasta las casas marcadas, casi todos viejos solos, como él. Ojito que yo no estoy solo, alcanza a interrumpir él. Bueno, viejitos y parejas recién

instaladas en el lado oeste, que suelen andar con mucha plata encima y con miedo a los bancos. Recién cuando están allí, la yuta les pasa las armas, suelta con una voz cargada de resentimiento. Ni en eso les tienen confianza, quieren todo para ellos, los muy avaros.

Con una voz lastimera, su compañero lo interrumpe y le dice que baje el tono, que pueden escucharlos y que, si, así sucediera, los van a matar a los tres, inclusive al viejito okupa que acaban de echar de la toma. El otro sigue discurrendo, pero opta por lentificar la voz, sin bajar el volumen.

Todo iba bien, pero cuando se dieron cuenta de que podían hacerlo solos, que también ellos podían conseguir armas y sobornar a algún chaleco naranja, sin tener que estar dependiendo de esos hijos de puta todo el tiempo, y de las sobras que les tiraban, comenzaron a pensar de otra manera. Se abrió otro panorama. Ya lo habían hecho una vez y les había salido redondo. Pero en esa segunda ocasión algo no funcionó; cuando estaban por transponer la puerta del muro y se creían a salvo, les cayó encima un operativo. Indios sucios, negros de mierda, se quieren hacer los vivos con nosotros, los vamos a matar a golpes, ni un tiro vamos a gastar en ustedes. No sabe por qué, pero se ensañaron con Damián y a él le pegaron menos, dice casi con un tono de voz que mezcla el estupor con un dejo de indignación, como si efectivamente no supiera por dónde estaba la explicación.

–Porque tu viejo es buchón de la yuta, por eso te pegaron menos –dice una voz, la figura recostada sobre la pared.

–No tiene nada que ver –corta Miguel, de modo intempestivo.

–Nos vendió él, seguro.

–Imposible, no vendería a su hijo.

–Me vendió a mí, pelotudo, no a vos.

–Bueno, basta, no es el momento de pelearse entre ustedes –interrumpe Orestes, con un tono de voz suficientemente alto como para dejar en claro de qué lado está la autoridad ahora.

Y de inmediato agrega:

–¿Alguien sabe dónde se puede mear en este agujero de mierda?

Hace un par de horas que están encerrados juntos en ese calabozo pequeño y él, que tiene problemas de próstata, y mucho más con ese frío que desde la mañana se le ha inyectado directo en el flujo sanguíneo y que ahora se le ramifica por todo el cuerpo, ya no sabe cómo aguantarse las ganas de orinar. Vuelve a gritar, no entiende cómo nadie los escucha. ¿Será que su familia no está enterada de que lo han traído a esa seccional? ¿Cuántas horas han pasado? ¿No es que ya ha transcurrido casi toda la mañana? ¿Cómo es posible que no lo hayan buscado, que no hayan dado con él, si ésa es la única seccional que hay en el Alto?

A voz en cuello, repite:

–¿Alguien me puede decir dónde se puede mear en este agujero de mierda?!

–¿Así que tu viejo es chileno? Mirá vos...

El otro asiente, de Concepción le ha dicho. Pero su madre es de acá, de una familia mapuche de la meseta. Llegaron cuando no había muro todavía.

–Hace mucho tiempo de eso –agrega él, con tono evocativo.

–No fue hace tanto tiempo, fue el año de las cenizas –dice uno de los pibes–. Mi vieja siempre se acuerda...

–Las mujeres son más memoriosas, pero es como si hubieran pasado mil años, ¿o no?

–Viejo, yo tengo dieciséis años y, por lo que sé, el muro no tiene más años que yo –dice con voz quejumbrosa Damián, a quien suponía desvanecido, ya que hacía rato que no lo escuchaba gemir.

Orestes frunce los labios, reflexiona, tratando de extraer alguna certeza de ese pozo oscuro en el cual parece haberse convertido esa parte de la memoria. Finalmente asiente. Es cierto, pero cuánto podrían recordar ellos, si cuando crecieron el muro ya estaba allí y formaba parte del paisaje patagónico y de sus curiosas postales turísticas. A decir verdad, no les había salido de una, así nomás. Había habido resistencia, acá en el Alto. En un momento él llegó a creer que en realidad nunca lograrían construir el paredón,

como lo llamaban entonces. Ensayaron mil estrategias. Y hubo cuatro o cinco intentos que fallaron; la gente se arremolinaba frente a la Avenida General Roca con piedras, con martillos, con picos y con palas. Habría que verles la cara de miedo que traían esas mierdas, la yuta incluida, cuando los veían así armados frente al muro. Tres veces lo echaron abajo, así, piff, piff, en menos de lo que canta un gallo.

Los jóvenes soltaron una breve carcajada. Cada vez que estaba por largar una onomatopeya, el viejito afinaba la voz y su acento se achilenaba aun más, haciéndose más agudo.

Después sucedió que la segunda gran crisis se llevó el mundo por delante y todos empezaron a andar muertos de desesperación, buscando una changuita, en la construcción, en algún comercio, limpiar calles, juntar cartones, cavar zanjas, lo que fuera. Y entonces salió lo del muro.

—¡Qué idiota! ¿no? —exclama de pronto.

—¿Qué es lo idiota, viejito?

—Eso, que nosotros mismos ayudamos a levantar el muro... Parece increíble, ¿no? Ladrillo por ladrillo, uno encima del otro, pensando que sería provisorio, hasta que pasara la crisis y todo volviera a la normalidad, que después de todo era como un trabajo más, y por el momento no había otra cosa... Primero empezamos a usar los chalecos azules, limpiando calles, barriendo la costanera, ayudando a juntar la basura, hasta tuvimos un entrevero con los

cartoneros, que son bien jodidos... Fue ahí que desde el municipio salieron con la historia de que lo mejor era usar chalecos identificatorios de distintos colores...

—Por ahí lo tenían todo programado, viejito, y ustedes cayeron en la trampa como unos boludos...

—Tal vez, pero había quejas y hasta hubo enfrentamientos acá en el Alto... —dice con una voz cargada de ambivalencia que es como una letanía, mientras sacude la cabeza y acompaña el movimiento con la mano derecha, como si estuviera espantando fantasmas en la oscuridad.

—Era como un laburo más... —repite.

Entonces escucha una risa que parece nacer desde el piso, levantarse con la humedad, recorrer las paredes descascaradas y llegar hasta él, para golpearlo, como una furiosa cachetada helada.

No sabe cuál de ellos es, pero no le gusta nada, no le parece que sea bueno que esos dos pibes chorros que ni siquiera tienen la mayoría de edad y que, después de todo, trabajan para la policía que custodia el muro se estén burlando de él. Lo dice entonces: él es un hombre de trabajo, no es ninguna mierda.

—No nos estamos burlando, viejo —le dice una voz casi aflautada, tratando de adoptar un tono conciliador. Es sin duda la de Damián, el joven lastimado—. Pasa que nos parece que estos garcas se las saben todas.

Él no atina a responder, todavía ofendido.

—¿Cómo te llamás, viejo? —pregunta la misma voz.

—Orestes Loncopan.

—¿Orestes? Mirá qué casualidad. ¿Y en qué trabajás?

—En la construcción.

Se hace un silencio y Orestes Loncopan entiende que los tres necesitan un descanso, luego de ese largo intercambio cargado de desavenencias. Cada tanto escucha gemir a Damián, mientras trata de pensar en otra cosa y olvidarse de que necesita ir imperiosamente al baño. Pero no le es fácil abstraerse, ya que cree escuchar un murmullo. Al principio es débil, apenas se escucha; es como un ruido de fondo, como cuando se oyen los goles que resuenan en un estadio de fútbol, pero el estadio del Alto está lejos de ahí, y además ni la hora ni el día se prestan para esos juegos. Sin embargo, el murmullo se va acentuando, es cada vez más notorio e insistente. Trata de aguzar el oído. Son voces, algunos parecen gritos aislados, pero es como si estuvieran cerca, no lejos de la comisaría en la cual los mantienen cautivos.

—¿Vos también lo oís, viejito? —le dice Miguel mientras siente el aliento caliente del pibe pegado a su rostro.

—Orestes, me llamo Orestes. Y sí, sordo no soy...

—contesta él con sonora terquedad.

—¿Y qué oís? ¿Qué creés que es? —repregunta el otro, haciendo caso omiso del tono contrariado que él ha empleado.

Entonces él comprende. Tiene una visión. Abre los ojos, casi consternado, la saliva le vuelve a la boca y,

por un momento, pero sólo por un momento, se olvida realmente de su problema de próstata y de sus deseos de orinar.

—Es gente, gente que grita frente a la comisaría.

El oficial abre la puerta del calabozo de castigo para que él finalmente pueda ir al baño. Cuando está subiendo por las escaleras y está a punto de desviarse para alcanzar la puerta del baño que está justo a la izquierda, Orestes Loncopan se ve invadido súbitamente por una oleada de luz, a la par que escucha un rumor de voces que ascienden desde la entrada de la comisaría y se filtran caprichosas por el pasillo. Encandilado, se cubre los ojos con la mano izquierda para protegerse de la luz y apura su ingreso al baño. Un olor desagradable le golpea los sentidos y no puede evitar la mueca de asco.

El largo y lento chorro amarillo resuena sobre el inodoro desnudo mientras él comienza a experimentar un gran alivio. Desde que anda con problemas de próstata, tiene la sensación de que jamás termina de orinar. Anda chorreando por todos lados y así no hay pantalón que aguante limpio. Qué vergüenza, se dice, eso es la vejez, uno tiene la sensación de que está en el medio, no se acaba de vivir, no se termina de morir. Cada vez que dice eso, su mujer se ríe y le dice que no siga con ese rosario de amarguras, que él está muy bien de salud, aunque crea que no sea el caso.

Apenas se levanta el cierre del pantalón y sale del baño, tiene la intención de indagar qué es ese griterío que se escucha, pero el policía que lo espera en la puerta se lo impide. Recién en ese momento percibe que el oficial no lleva puesto el chaleco identificatorio. Pregunta cuándo lo van a dejar ir, agrega que no entiende por qué lo tienen demorado, si él no ha hecho nada. El otro se sonríe de costado y no responde. Mientras se dirige de lleno a la oscuridad, nuevamente empujado por el brazo imperativo del vigilante, alcanza a decirle que él se ha dado cuenta de que hay gente en la calle, fuera de la comisaría, y si no será que se trata de su familia, que está pidiendo por él, injustamente detenido.

—Fijate vos, así que hasta te creés importante... —afirma el policía sin poder evitar el tono de sorna.

—No, pero tengo buenos oídos —responde él mientras se da unos breves golpecitos en la oreja. Y agrega—: Al menos traigan algo de agua.

—Encima de okupa e ilegal sos pedigüeño...

—Necesitamos agua para el pibe que está muy lastimado —dice él con tono severo.

El policía no responde. Luego de hacerlo ingresar al calabozo y después de asegurar la puerta, que vuelve a crujir lastimeramente, clava la luz cegadora de la linterna sobre las caras de los pibes. Ha estado hablando con ellos un buen rato, qué dice, ya van un buen par de horas, pero recién entonces Orestes Loncopan puede verles las caras. Son dos adolescentes y

efectivamente uno de ellos, Damián, el más narigón y delgado, sigue recostado contra la pared y muestra el rostro casi desfigurado por los golpes, con una herida en el labio superior, los pómulos y los contornos de los ojos cubiertos de moretones violáceos. En cambio Miguel, que es más gordito y lleva puesta una gorra con visera al revés, sólo tiene uno de los pómulos lastimados. Aunque entrecierra los ojos, producto del encandilamiento, Orestes alcanza a percibir una mirada viva, chisporroteante.

—¿Qué te anda pasando a vos? —suelta el policía de modo rápido, el tono de voz sibilino, dirigiéndose al pibe lastimado.

—Me duelen mucho las costillas, tengo algo quebrado.

—Llévenlo al hospital... Es un pibe —se encuentra implorando él desde la súbita oscuridad.

—¡Pibes! Si estos pibes nacen siendo delincuentes —acota el policía con tono de pocos amigos. Los ojos cada vez más movedizos de Miguel aparecen iluminados por la linterna—. En cambio a vos se te ve bien, parece que no te dieron suficiente... —pero luego acota, cambiando el tono, mientras gira y lo encandila nuevamente con la linterna—: Bueno, voy a ver qué podemos hacer.

Una vez que vuelven a quedarse solos y se van reacombrando a esa vigilia ciega en medio de la oscuridad, pese a que afuera la luz que él entrevió parece indicar que apenas si es pasado el mediodía, él les dice en un

tono de innegable optimismo que ha comprobado que efectivamente hay gente frente a la comisaría, el rumor es inconfundible, y hasta se escuchan gritos, insultos, amenazas, vaya a saber por qué, se encuentra diciendo, aunque en su fuero íntimo la pregunta ya tiene una respuesta, pues él no pierde la esperanza de que se trate de su familia y sus amigos, que se han acercado para exigir que lo liberen. Siente crecer una pequeña cuota de orgullo dentro de él, se dice a sí mismo que hay gente a quien él le importa, gente que lo quiere, que busca protegerlo. No sucederá como aquella otra vez, que nadie fue a reclamar por él y se quedó a solas con el Pelado más de una semana en el calabozo de castigo, juntando quejidos, bronca, vergüenza, miedo, odio, arrepentimiento, deseo de venganza, los peores sentimientos, prometiéndose que apenas sacara los pies de ese lugar infame se iría para siempre de ese país de mierda.

Sin embargo, había elegido quedarse. Cuando lo soltaron, se tragó el orgullo, junto con los dientes que le habían quitado a las patadas, una vez más se dirigió hasta el lago para contemplarlo, frunció los labios, escupió el suelo patagónico, giró el cuerpo y se dijo a sí mismo que la costa del lago no era su lugar. Recolectó sus pertenencias desperdigadas, las pocas que pudo recuperar, y junto con su mujer, que entonces estaba refugiada en la casa de una hermana, aceptó una oferta que le hizo un vecino y se propuso levantar una casita en un terreno que éste tenía en la parte trasera de su propiedad, ahí en el Alto, un lote chico que pagó con

su trabajo, pesito por pesito, durante varios años.

De pronto el pensamiento detiene su avance, siente que retrocede y vuelve sobre sus pasos. ¿Protegerlo a él? ¿Quiénes? ¿La multitud? No, no se trataba precisamente de eso. Él no necesita protección, que no se engañe, ya está demasiado huevón para eso. Vuelve la vista hacia esos dos adolescentes, ¿cuánto tiempo más puede quedarles? Lo de ellos es un chispazo fugaz, apenas una lucecita que irá consumiéndose más rápido que lo que termina de quemarse un fósforo de cera. Si no es la yuta quien termine por matarlos antes de que alcancen la mayoría de edad, será el turno de algún cable electrificado o de una jauría de perros cebados en algún asalto por ahí en los kilómetros, donde según dicen la seguridad se ha multiplicado y los controles son cada vez más sofisticados o más feroces, pese a la protección que brinda el muro, y si no, será el turno del paco, que nunca parece faltar por esos lugares. Pero si no es la yuta ni el delito ni tampoco la droga, precisamente en ese orden, les llegará el turno al frío, la nieve, la lluvia pertinaz, para cuyas inclemencias ellos nunca estarán suficientemente preparados.

—¿Y por qué no trabajan? ¿Terminaron la escuela? —se encuentra preguntando, sin poder evitar un tono de voz hosco, al borde del enojo, que parece continuar sus pensamientos.

—Yo sí —dice Damián, contrariando todas sus expectativas—. Hago oficios en el normal veintinueve, termino en dos años, si no me lleva la yuta antes...

—¿Y por qué andás robando entonces? ¿No ves que te exponés a que estos hijos de puta te usen y te tiren un día de éstos en un descampado, cuando ya no les seas útil? ¿O que te maten de casualidad un día que entres a pasear con o sin permiso por el centro cívico? ¿Entienden eso los dos o ya tienen quemado el cerebro? —se encuentra diciendo él, al tiempo que se da cuenta de que ha ido elevando el tono de voz, y ahora suena sobrecargada de indignación.

—Pará, viejito, pará, no te hagas el vivo —retruca Miguel—. No te cebés que para eso ya tenemos a la yuta. ¿No te dije, Damián? Estos viejitos son todos iguales, no importa de qué lado del muro están, no paran de hablar, enseguida se pasan de rosca y ya te tratan como si fueran un juez de menores... —le dice a su compañero a modo de reflexión.

—¿Cómo dijiste que te llamabas, viejito? —vuelve a preguntar desde la pared Damián.

—Orestes, Orestes Loncopan.

Los dos pibes parecen buscarse la mirada en la oscuridad, antes de largar una risa de complicidad, al unísono.

—¿Orestes dijo?

—Sí, Orestes, ¿qué tiene mi nombre que les causa tanta risa? ¿O el encierro ya los volvió piruchos?

—Piruchos, ja ja, ¿de dónde sacaste esa palabra?

Luego, ambos vuelven a cuchichear algo. Escucha otra vez su nombre y una referencia vaga a un asalto, pero le faltan elementos para extraer alguna conclu-

sión. Más bien, se queda rumiando su enojo y su creciente indignación.

Unos minutos más tarde, es Miguel quien retoma el diálogo interrumpido.

—¿Tenés nietos de nuestra edad?

—Sí —responde él, varios, dos de ellos viven en su casa.

—¿Van a la escuela? —continúa preguntando el otro.

—Uno de ellos, el otro trabaja en la construcción, empezó desde temprano.

—Tenés suerte.

—Sí —contesta él, lacónico.

—Pero pregunto en serio, con respeto —agrega Miguel, como si quisiera tantear el terreno.

—Preguntá nomás —dice él, intrigado.

—¿Cuántos años tenés vos?

—Setenta años cumplidos hace menos de un mes.

—Feliz cumple, Orestes —dice Damián, que está a su lado.

—¿Y qué tenés, Orestes, a tus setenta años?

—¿Cómo qué tengo?

—Sí, qué cosas tenés. ¿Tenés guita, casa, trabajo?

—Tengo familia, tengo casa.

—No nos bardees, viejito, si tuvieras casa no te habrías ido a hacer una toma a la loma del culo.

—No era para mí.

—No importa, aunque fuera para tu perro, si te hubiera ido bien en la vida, tendrías una cucha para tu perro y ni eso tenés.

—Mi yerno está sin trabajo.

—Te fue para el orto, Orestes, como a todos, no tenés nada, y encima te hacés apalear como un infeliz en una toma, a los setenta años.

—No era para mí.

—Callate, Orestes —le dice entonces el otro elevando el tono de voz—. Reconocé de una vez por todas que no tenés una mierda; al menos nosotros no nos engañamos, no queremos esa vida, ¿lo entendés?

—No, no entiendo.

—Que no queremos terminar como vos, a los setenta años, sin nada, de este lado del muro, haciendo una toma de la cual te sacan a patadas, para terminar en un agujero como éste, por eso queremos irnos lejos, salir de Villa Quimey, ¿entendés ahora?

Él se mantiene en silencio, todavía aturdido.

—El muro nos importa una mierda —retoma el otro—. A nosotros nos queda claro que el muro está ahí para proteger a los garcas y que contra eso no se puede hacer nada, sólo podemos saltarlo de vez en cuando y sacarles un poco de lo que tienen. ¿Lo estás entendiendo ahora?

—Miguel, no te la agarrés con el viejito... —se propuso terciar su compañero.

Aunque ha contestado apenas con algunos monosílabos, todavía estupefacto, Orestes siente que debe doblar la apuesta, no se lo van a llevar por delante así nomás esos dos pibitos chorros.

—Mirá, pibe —dice entonces adoptando un tono de voz categórico—, tal vez no entienda algunas cosas, pero lo que me queda claro es que mucho tiempo más ustedes no van a durar, los van a bolear en menos de lo que canta un gallo, y si no, mirá cómo quedó tu compañero, si le hicieron mierda la cara y las costillas...

—Gracias por lo que me toca, viejito —interviene nuevamente Damián.

Un largo silencio se instala luego de esas últimas palabras. Siente que la escalada verbal ha ido demasiado lejos, pero al mismo tiempo no entiende por qué tendría que dejarse insultar por ese pibe de mala vida que, además de portar armas y andar choreando para la policía, se atreve a decirle todas esas cosas. Él no es ninguna mierda, es un hombre de trabajo.

La cercanía de los cuerpos, las respiraciones comienzan a fatigarlo, no entiende muy bien qué está haciendo allí, y entonces se da cuenta de que siente bronca, y de que esa bronca naciente se va mezclando cada vez más con lágrimas de miedo y resentimiento, que, por suerte, puede ocultar en medio de la oscuridad.

Pero el intercambio no termina allí. De inmediato, escucha la furia inapelable de Miguel, que le resuena en los oídos.

—¡Y en cuanto al lago de mierda, ese puto lago de mierda que vos creés que en los días de viento se convierte en mar, ese lago, siempre fue y será de los otros, de la gente que está del otro lado! —termina vo-



ciferando, mientras da un paso al costado y se acerca a la figura de su compañero lastimado.

Orestes Loncopan siente que no puede contenerse más mientras unas gotitas amarillas le caen por la botamanga y le mojan la pierna derecha. La impotencia lo doblega por primera vez y comienza a sollozar por lo bajo.

Le duele evocar aquello que hace muchos años creía haber dejado lejos, pero a decir verdad se acuerda muy poco de cómo podía sentirse la vida del otro lado de la ciudad. Lo cierto es que desde que el trabajo había comenzado a escasear y tuvo que ingeniárselas para sobrevivir en el Alto, saliendo a hacer changas de todo tipo, Orestes Loncopan prefirió mantenerse apartado de aquellos muros que él mismo había contribuido a levantar. Pero entonces la salud le había jugado una mala pasada.

Estás viejo y nadie va a pagar un peso si te caés de la escalera o tenés un accidente, los tiempos son otros, le había dicho sin emoción alguna el maestro mayor de obras una mañana ventosa de otoño. Él se quedó tieso, silencioso, sin saber cómo reaccionar, cegado por el remolino de hojas rojizas y amarillas que se amontonaban alrededor de la obra en construcción. ¿Cuántas casas junto al lago había levantado con esas manos que ahora parecían alentadas por un temblor desconocido? ¿Qué demonio lo había atacado para

que lo invadieran ese tipo de dolencias? ¿Sería que los treinta años de construcción que llevaba encima, amén de la implacable furia del viento patagónico, le habían percutido las manos, condenándolo a aquellos temblores prematuros?

Mientras tanto, el hombre a su lado seguía diciendo con una voz cada vez más insoslayable que lo mejor sería que él se dedicara a hacer algún trabajito del otro lado del muro, con los suyos. Así había dicho, como si nada, de costado y con los ojos medio ocultos por el casco amarillo.

¿Los suyos? ¿Quiénes eran los suyos? ¿Acaso eran los compañeros de trabajo con quienes durante años había compartido sándwiches de jamón cocido, tomate y queso a la orilla del lago, a la hora del almuerzo, comentando las últimas noticias escuchadas en la radio o los problemas de familia, mientras masticaban lentamente, pero a los cuales no se les había movido un pelo cuando lo pusieron de un día para el otro de patitas en la calle? Muchos años atrás él había sido delegado y había sabido defender a los suyos, pero de eso ni se acordaban allí; el hambre había terminado por ser peor que el miedo, les había ido percutiendo la memoria, obnubilando cualquier otra emoción. Por eso no se sorprendió cuando obtuvo de sus compañeros sólo muecas contenidas de lamento, semisonrisas de preocupación, pero ningún gesto de solidaridad, no vaya a ser que hicieran un mal movimiento, los salpicara su mala suerte y les

tocara también a ellos salir despedidos hacia el otro lado del muro. Pum, para afuera, recuerda que pensó con una sonrisa amarga.

Terminó yéndose con la cola entre las patas, pero convencido de que el temblor de esas manos era sólo una dolencia pasajera. Y no se había equivocado, ya que poco tiempo después esos movimientos involuntarios fueron disminuyendo hasta desaparecer. Supo así que esos temblores no habían tenido que ver ni con el esfuerzo físico ni con la ansiedad, la ira, la fatiga o con los cigarrillos negros, sino con las dosis masivas de corticoides que un médico inconsciente le había recetado tiempo atrás para combatir una de sus alergias. Pero cuando los temblores desaparecieron ya era tarde para reinsertarse en la construcción del otro lado del muro. En esos años no había marcha atrás ni rebobinado alguno. Estaba decididamente afuera y había que arreglárselas a como diera lugar. Antes de marcharse, recuerda, se paró frente a sus compañeros de trabajo y les dijo con un tono cargado de indignación:

—Antes los milicos amenazaban con arrojarme a uno de cabeza al lago; estos que vinieron después lo mandan a uno al otro lado del muro. No sé qué es peor...

Esa última frase terminó siendo su único descargo, su alegato final. Algunos entendieron y otros se hicieron los tontos, con la vista baja, vuelta hacia el barro donde, bendecidos por las últimas lluvias, los gusanos se movían lentamente.

¿Pero quiénes eran los suyos?, volvió a preguntarse de manera casi obsesiva. ¿Acaso era la familia chilena que había abandonado allá en Valparaíso, cuando era muy niño, huyendo de maltratos y vejaciones que jamás podría evocar en voz alta y que incluso hasta el día de hoy eran ignorados hasta por su propia esposa? Sintió una punzada en el estómago acompañada de un revoltijo sonoro proveniente de sus intestinos, antes de recordar que un día, hacía tiempo, uno de sus hermanos había aparecido sorpresivamente por su casa.

Había sido durante un invierno crudo, evoca, le había parecido extraña esa aparición cuando todos decían que los pasos cordilleranos estaban cerrados y las imágenes televisivas mostraban largas colas de camiones varados al costado de las rutas, casi hundidos en la espesura de la nieve. Si ése era su hermano, casi no lo había reconocido: estaba gordo y algo pelado; las imágenes de su álbum familiar habían quedado atrapadas en el rumor del oleaje oscuro y frío del Pacífico, ese mismo océano que cada tanto amenazaba con un tsunami, y que seguramente durante uno de ellos terminaría por devorarse por completo los recuerdos de su infancia. Su hermano, o quien decía serlo entonces, tuvo que recordarle algunas situaciones familiares insoslayables para que él por fin asintiera, le palmeara el antebrazo con una sonrisa muda y lo hiciera pasar y sentarse a la mesa para que cenara con ellos, en medio del silencio incómodo de quien era su verdadera y única familia.

Los suyos habían terminado por ser entonces esa familia argentina, sureña y, sobre todo, su mujer, Alicia, algo macetona y encorvada ya, pero de carácter fuerte y trabajadora, que parecía estar a su lado desde el origen mismo del mundo. Alicia tenía problemas de fertilidad y por esa razón sólo le había dado una hija, Silvia, que era algo estrecha de ideas, aunque buena gente y por momentos alegre y divertida. El problema fue que había terminado por casarse con un obrero campero que venía del extremo sur, más afecto al Tetrabrik y a la cumbia ligera que a la dura rutina laboral y climática que exigía el lado oeste. A sus nietos los sentía muy lejos, como si vivieran en otra dimensión del universo, experimentando casi el mismo extrañamiento que lo recorría ahora, mientras compartía la fría oscuridad de ese calabozo con los pibes chorros.

¿Acaso sus nietos también pensaban que él era una mierda y que a sus setenta años no tenía ni dónde caerse muerto?

Oye que alguien abre la puerta del calabozo, lo encandila con la linterna, mientras una voz le comunica que su esposa ha traído los documentos y que por lo tanto queda en libertad. El anuncio lo toma desprevenido, al borde de la inconsciencia, rumiando resentimientos y recuerdos lejanos. El esfuerzo por mantenerse en pie dentro de ese calabozo oscuro, sollozando por

lo bajo, atrapado con dos pibes chorros que trabajan para la policía, luego de discutir casi a los gritos como si estuvieran a la espera del juicio final, lo ha dejado agotado. Antes de que pueda alegrarse por la noticia y dar un paso más, un brazo tendido en la oscuridad le toma la mano derecha, lo detiene y alcanza a darle algo, una bolsita de nylon, mientras una voz apagada le recuerda a él, a Orestes, dice mencionando su nombre por última vez, que vaya a ver a su familia, que no se olvide, que se lo ha prometido, que los busque allá, al lado de la salita de salud.

Se encuentra perturbado, son demasiadas emociones al mismo tiempo y no sabe por cuál de todas ellas empezar. Mientras lo sacan, sin siquiera mirar su contenido, aunque la siente liviana, Orestes pone la bolsita que le ha dado Damián en el bolsillo del pantalón y le pregunta al policía qué pasará con los pibes.

—No te preocupés que en un rato los largan—le responde el otro, y enseguida agrega en un tono burlón—: Así que era cierto que sos argentino. Mirá qué cosa, che, ahora le dan la nacionalidad a cualquiera.

Se le arremolinan los pensamientos, siente deseos de insultarlo, de decirle algo que lo hiera, que horade mínimamente ese ciego orgullo policial que percibe en el otro, pero no le sale nada, sólo una sonrisa a medias, casi un rictus amargo, porque en realidad lo más importante es que quiere rajarse de ahí, salir lo antes posible, no verles la cara o, más bien, no escuchar más

las voces de esos dos pibes chorros que por el momento permanecen en el calabozo.

Lo invitan a salir por la parte trasera de la comisaría, donde lo espera su mujer, Alicia. Advierte que los rumores que había escuchado un par de horas atrás parecen haberse acallado. Alicia está junto con su hija y uno de sus nietos. Lo abrazan, lo empiezan a palpar para confirmar que está entero, que no lo han golpeado demasiado, le hacen preguntas que él responde brevemente.

—Quiero descansar, hablemos más tarde —opta por decir, moviendo de modo impaciente la mano derecha, sin detener el paso.

Mientras caminan hacia la casa, su esposa le cuenta que han estado gran parte de la mañana buscando su cédula y que, por fin, pasado el mediodía, uno de los nietos la ha encontrado tirada como a unos trescientos metros del descampado donde se había hecho la toma. Ha recuperado la pava y la frazada, pero no así el calentador, ha de habérselo llevado algún chaleco naranja, los muy desgraciados. Ella y su hija han estado varias veces en la seccional reclamando por él. Luego de varias negativas, finalmente un joven policía, de seguro alguien nuevo, se ha apiadado de ellas y les ha dicho que lo tenían en el calabozo de castigo, en el subsuelo, junto a otras personas, por indocumentado, extranjero e ilegal.

De pronto escuchan el sonido irrefutable de varias detonaciones que parecen provenir de la cuadra don-

de está la comisaría. Sin detenerse, interroga a su hija con la mirada, ni fuerzas tiene para abrir la boca.

—La policía mató a un pibe del barrio —acierta a decir ella por toda respuesta.

Él asiente, tontamente, sin saber a ciencia cierta qué es lo que hay que asentir. Pregunta qué hora es. Le responden que son las tres de la tarde. Sigue caminando en silencio, sus pasos son largos y rápidos pese al cansancio. Sólo quiere llegar a su casa, orinar tranquilo en su baño sin que lo molesten, sin que lo maltraten, salir de esa horrenda oscuridad llena de voces donde han transcurrido las últimas ocho horas de su vida.

—La gente está muy enojada, van a prender fuego la comisaría —agrega su hija.

Las últimas ocho horas de su vida, continúa pensando él, aun cuando tiene la impresión de que pasó días completos en aquel agujero hediondo.

Dormir, sólo dormir, salir de esta perra realidad, piensa y se repite varias veces, cuando ya está en la cama y se aferra a la almohada, sin siquiera escuchar las voces que provienen de la habitación de al lado, donde parece estar reunida toda la familia.

Duerme varias horas, hasta el momento de la cena, y cuando despierta de su letargo, con el cuerpo ya un poco más compuesto, casi vuelto a la vida normal, recuerda de pronto la luz cegadora de los reflectores sobre sus ojos apenas abiertos, los fríos bastonazos en

las costillas y las piernas, la corrida estéril... Luego es el turno de las voces, fragmentos que van y vienen de aquellas conversaciones que mantuvo a oscuras durante su estadía en el calabozo. Decide levantarse de la cama, pero en cuanto se pone en pie y comienza a lavarse la cara con agua fría para despejarse, buscando espantar aquellas sordas imágenes de las largas horas de calvario, su mujer le acerca un mate y exclama que el Alto se ha sublevado.

Orestes la mira con desconfianza mientras toma el mate y chupa con avidez de la bombilla. No sabe qué es más irreal, si aquella extraña conversación que mantuvo con los dos pibes chorros, los cuales vaya a saber si todavía continúan guardados en el fondo de aquel oscuro calabozo, o bien la noticia de que el asesinato de un tal Diego Barrientos, un pibe de quince años que vivía en el barrio, ahí en El Progreso, ha desatado la furia de ese lado de la ciudad contra la Policía Cordillerana y la gendarmería. La gente exige el apartamiento inmediato de los policías involucrados en el crimen y el cierre de la seccional donde estuvo detenido él, sigue comentando su mujer mientras le extiende nuevamente el mate.

Antes de que termine la primera pava de mate y se devore en sólo tres grandes mordidas un sándwich de queso y tomate, vuelven a contarle los detalles de la historia que mantiene en vilo a la ciudad, aunque por momentos las voces de su mujer y de su hija compitan por el relato y aparezcan casi superpuestas, como un

coro inarmónico y desajustado, carente de dirección general.

Al parecer ha sido un suboficial el que dio la voz de alto a dos pibes que se encontraban cerca de la puerta norte del muro, en actitud de espera. Los dos jóvenes se asustaron, según cuenta el único sobreviviente, y, antes de acatar la orden, echaron a correr por entre los pasillos angostos de las casas aledañas al paredón, del lado este. A Diego Barrientos la bala policial le perforó el pulmón, y murió ahogado, inclinado hacia adelante y con la mano sobre el pecho, antes de que pudiese recibir algún auxilio médico.

Su hija agrega que la familia y los amigos de Diego estaban manifestándose frente a la comisaría cuando ellas fueron a pedir por su libertad. Entienden que a raíz de ello se han demorado tanto en liberarlo, explica su mujer con un tono de seguridad que él siempre ha pensado que ha debido copiar con habilidad de los noticieros radiales. Los mismos policías no sabían muy bien qué hacer, estaban confusos, por momentos burlones, pero temerosos y expectantes de los movimientos impacientes de la gente, que iba generando tumulto frente a la seccional. Luego de una cascada de insultos cruzados, llegaron las primeras piedras de la mano de adolescentes encapuchados. Al principio, para dispersar a la gente los chalecos anaranjados habían respondido con gases y balas de goma, pero poco después de su liberación, no se sabe cómo, la gente supo que tenían a otros dos

pibes en la seccional, y que a uno de ellos lo habían golpeado brutalmente. La situación se desmadró en un instante y, junto al humo espeso de los piquetes y la lluvia de piedras que lanzaba la gente, llegaron los grupos especiales de la policía provincial y, más tarde, las tropas de la gendarmería, que rápidamente optaron por reemplazar la goma y los gases por munición de plomo. Había dos muertos más, presumiblemente jóvenes también, aunque no menores de edad, y casi una veintena de personas hospitalizadas, incluidos los jóvenes que habían estado presos en el calabozo de castigo.

La policía se había replegado, aunque todos sabían que seguía apostada en los sitios estratégicos del Alto. Ahora todo parecía más tranquilo, apenas cada tanto se oía algún disparo aislado y alguna que otra corrida de los pibes que seguían merodeando de modo obstinado la comisaría cuestionada. Pero ella creía que esa quietud era el preludio de algo peor, tenía un feo presentimiento, tal como ya le había ocurrido con el tema de la toma.

Él asiente con un gesto desganado. Es consciente de que ella no había estado de acuerdo con la decisión de participar de la toma de aquellos terrenos cercanos al basural, pero no era momento para atender reproches.

Al día siguiente habría una gran marcha hacia el centro cívico, continuó ella, ajena a los devaneos internos de su marido, convocada por diferentes organizaciones sociales para reclamar justicia por los jóvenes

asesinados. Exigían el retiro de la gendarmería y de los grupos especiales de este lado de la ciudad como prenda necesaria para comenzar a hablar de paz social.

—¿Y el muro? —atina entonces a preguntar él.

—¿Qué pasa con el muro? —repregunta de modo automático la mujer.

—¡Si no van a pedir que derriben el muro de mierda de una buena vez! ¿O acaso ya no lo ves vos tampoco? —alcanza a gritar él, completamente fuera de sí.

Su mujer exhibe una mueca de estupor, como si no entendiera por qué, si ella hasta ese momento había estado hablando de peras, su marido interrumpía el relato con historias acerca de manzanas. Tampoco le gusta nada el tono desafortunado que él acaba de adoptar. Pestañea un par de veces, empeñada en buscar la explicación a esa reacción desmedida del marido. ¿Tendrá que ver con su mal presentimiento?

—Orestes, ¿qué te pasó allá en la cárcel? ¿Te hicieron algo esos desgraciados?

—No lo ves, vos tampoco ves más el muro, pasa eso, con vos y con tanta gente... —insiste él, negando con la cabeza, mientras le devuelve con un gesto brusco el mate.

—¿Y qué tiene que ver el muro, digo yo?

—Todo, tiene que ver con todo, ¿o sos tan ciega que no querés verlo?

La mujer sigue sin poder salir de su asombro, tiesa y erguida a su lado, con el mate que él le ha devuelto en la mano, ostentándolo como si se tratara de un trofeo.

Antes de esperar cualquier respuesta, Orestes siente la urgencia de ir nuevamente al baño. Orina un chorro breve y rojizo, está perdiendo sangre. Hace una mueca de disgusto, pensando que ojalá no tenga que visitar otra vez al médico por el problema de próstata. Se pone a maldecir la hora en que se quedó sin la mutual de los obreros de la construcción y tuvo que empezar a trajinar como un mendigo los pasillos del hospital público.

Pero antes de seguir pensando en el carácter de sus dolencias y en cómo hacer para mitigarlas sin tener que visitar el hospital, que en ese mismo momento debía estar desbordado atendiendo los heridos de la revuelta, Orestes encuentra en el bolsillo derecho del pantalón una bolsita de nylon y recuerda entonces el breve contacto con la mano de uno de los pibes chorros, Damián, justo en el momento en el cual el policía estaba abriendo la puerta del calabozo.

Palpa el contenido de la bolsita, la extrae del bolsillo, la mira con extrañeza hasta que se da cuenta de que adentro hay un anillo. Se sienta sobre la tapa del inodoro y comienza a examinarlo. Es una alianza matrimonial. Mientras la ausculta, piensa que no entiende por qué el pibe chorro le ha alcanzado ese paquetito, y mucho menos por qué él aceptó guardarlo tan pasivamente en su bolsillo sin saber qué contenía. Vaya a saber, podría haber sido droga o cualquier otra cosa. A su edad no podía permitirse semejante acto de inconsciencia, mucho menos luego del desalojo

violento y su pasaje por el calabozo como chileno indocumentado. Sin embargo, el tono del pibe había sido el de un ruego, lejos del modo insultante o imperativo de su compañero, y al parecer despojado de cualquier doble intención. La voz, recuerda, seguía pidiendo, por segunda vez, que no dejara de avisarles a sus padres que lo tenían detenido. Algo había dicho acerca de que ellos vivían cerca de la salita de salud. Era innegable que temía dejar el pellejo en ese calabozo hediondo, luego de la golpiza que le había dado la policía, pese a que decía que sólo le habían quebrado un par de costillas. Por suerte, por lo que había contado su hija, el pibe había sido hospitalizado. Vaya a saber en qué estado estaría. Pero ya no habría necesidad de avisar a la familia, ya se habrían enterado, la realidad lo había liberado de aquel compromiso, se dijo él con cierto alivio.

Acaricia con cuidado la circunferencia de la alianza, la frota contra la franela del pantalón, como si quisiera lustrarla y sacarle brillo. ¿Para qué diablos se la habrá dado el pibe? ¿Qué pensaría que podía hacer él con ese anillo de oro? Por alguna razón que él desconoce, el pibe había querido sacárselo de encima. Tal vez buscaba ocultarlo de los policías a los cuales había engañado con su cómplice, saliendo a robar por su propia cuenta. Y por alguna razón había logrado mantenerla oculto

Lo ausculta una vez más, ahora con la mente en blanco, desconcertado. En eso está cuando advierte

que en la cara interna de la alianza hay algo grabado. Frunce los ojos, acercándolos aun más a la cara interna del anillo para poder deletrear qué dice. Lee las finas letritas en cursiva. Finalmente repite en voz alta, como si hubiera alguien escuchándolo: Orestes, 18 de febrero de 19... La fecha exacta estaba borroneada. Pero no es eso lo que le llama la atención.

Orestes, Orestes, dice él dos veces en voz alta. Orestes soy yo, repite por tercera vez, antes de sonreír y probarse la sortija en el dedo anular de la mano izquierda. La alianza se desliza perfectamente en su dedo.

Orestes, Orestes soy yo, continúa repitiendo con un tono cándido, casi infantil, mientras juega con la mano, exhibiendo en el dedo anular la sortija grabada.

Mueve una y otra vez su mano izquierda, observa la alianza, mientras estira los labios y sonríe. Se detiene un instante, vuelve a pensar en el pibe chorro, y se promete entonces que irá a visitarlo al hospital al día siguiente.

Un muro demasiado lejos



Ella sabía muy bien cuál sería el color del chaleco que le tocaría en suerte el día en que se propusiera saltar al otro lado del muro. No había que ser adivino ni tampoco un profeta iluminado para darse cuenta. De modo que, cuando esa última mañana del año Ailén armó un pequeño bolso y abandonó el Alto, decidida a no pasar las Fiestas con sus primas, y caminó lentamente hacia la terminal para tomar un ómnibus que la acercara hasta la cabaña que su padre tenía al borde de la estepa, sintió que finalmente no hacía más que retrasar el destino.

Al llegar, no le sorprendió no encontrar a su padre. Luego de deambular por la cabaña un rato, vio que había un mensaje sobre la estufa hogar, dentro de un sobre con su nombre.

“Querida Ailén: perdoname pero tuve que irme a las apuradas. Una de las mellizas está muy enferma. La cabaña sigue siendo tuya. ¡Feliz año! Te quiere, siempre. El Loco Ringel.”

Su padre había abandonado la ciudad, esfumándose una vez más sin previo aviso por los caminos, como

un ácrata en fuga, sin siquiera llamarla por teléfono para despedirse.

En el sobre había además una suma importante de dinero. Ailén lo tomó sin contarlos, y luego estrujó la nota y el sobre, arrojándolos a la basura.

Pasó la noche de fin de año a solas consigo misma, fumando un cigarrillo tras otro, escuchando a sus cantantes favoritas a volúmenes tan altos que habrían taladrado los tímpanos de cualquier oído normal, aun ahí, en el espacio ancho que se abría entre el vacío de la estepa y la plenitud del lago. Le gustaba pensar que esas potentes voces femeninas podían sobrevolar el lago de una punta a la otra, impactar sobre la superficie lisa de sus aguas para volver deformadas e irreconocibles hasta donde estaba ella, como un eco en lenta e interminable reverberación.

Ese 31 de diciembre por la noche tardó casi una hora en descorchar un champagne rosado que su padre había dejado en la heladera, pero quedó agotada por el esfuerzo, y luego de beber unas copas se durmió enrollada en una de las alfombras rústicas que había frente a la estufa hogar, una hora antes de que el reloj marcara la medianoche. A la mañana siguiente se despertó con algo de resaca. Con una mueca de asco arrojó el champagne sobrante en el lavabo y anduvo un rato a la deriva. Luego decidió seguir durmiendo.

Estuvo varios días postrada en la cama, hasta que decidió que era hora de levantarse y barajar de nuevo. Respiró hondo antes de hacerse de las fuerzas su-

ficientes y, todavía desnuda, caminó hacia el living, sin entrever el azul intenso que provenía del lago y pujaba por filtrarse por la ventana. Buscó el paquete de cigarrillos, comprobó que le quedaba sólo uno, lo encendió y dio dos pitadas breves. Luego levantó el rostro somnoliento y por fin se decidió a descorder las cortinas. A modo de incontestable realidad, la luz del verano atravesó por completo el ventanal, inundando la superficie del living.

Luego de ducharse, se vistió con una remera descolorida y un short, se calzó unas zapatillas y caminó hasta la orilla del lago. ¿Qué podía hacer a sus diecinueve años? ¿Por qué no podía dejarse llevar simplemente por el fluir de la vida misma como hacían sus primas o tantas de sus amigas allá en el Alto? ¿Qué diablos estaba haciendo sola, allí, en una cabaña semiabandonada en el medio de la estepa, reverberando soledades?

Bien miradas las cosas, de cara al parpadeante oleaje del lago, las aguas frías lamiendo tímidamente la punta gomosa de su calzado, sólo tenía dos opciones: o ponía una de sus canciones favoritas a un volumen asesino y decidía dar unos pasos más para adentrarse en el suave oleaje del lago y desaparecer, fundiéndose en agua y autocompasión para siempre, o bien terminaba de una vez por todas con esas disquisiciones existenciales y salía a disputar un poco de sentido y materialidad a la realidad que le había tocado en suerte.

Después de todo, era ella quien había decidido no continuar con sus estudios. Tampoco se había senti-

do con ánimo lo suficientemente aventurero como para encarar algún viaje o andar de mochilera por el país. Era cierto que cuatro meses atrás, en un brote de entusiasmo, se lo había propuesto a Santiago, pero él se había quedado silencioso, visiblemente sorprendido, para luego murmurar una respuesta insincera, que sonaba demasiado a ofuscada negativa. Ante aquella tentativa fallida, ella había optado por no engañarse a sí misma. Una cosa era atravesar un par de veces por semana el muro de las diferencias, llegar hasta la cabaña y disfrutar glotonamente del amor libre, bamboleándose al compás erotizado de la música, y otra muy diferente era pensar que Santiago y ella podían partir sin agenda fija por las rutas del país.

Ailén trató de apartar de su mente aquellos recuerdos y volvió a la cabaña. Luego se puso a contar el dinero que le había dejado su padre en aquel sobre de despedida. Sonrió con amargura. Haciendo cálculos austeros, le alcanzaría para sobrevivir unos tres meses. Pensó entonces que era hora de afrontar el destino, aunque lo que viniera, junto con el color previsible de los chalecos, no fuera más que pura estulticia o amarga repetición.

Después de una semana de búsqueda en que pasó gran parte de su tiempo revisando anuncios y periódicos de segunda mano y haciendo llamadas telefónicas, logró un par de entrevistas de trabajo que no dieron resultado alguno, así que diez días más tarde se encontró aceptando lo primero que le ofrecieron

por un sueldo mísero en un comercio de artesanías regionales ubicado en el kilómetro siete, frente a Playa Azul, que incluía trabajar el fin de semana completo.

Desde el lunes siguiente empezaría a vestir un chaleco azul brillantado, esos mismos que lucían los empleados de comercio durante el día y las noches del lado oeste, fácilmente detectables por los automóviles, los controles policiales en el centro de la ciudad, en los kilómetros o aun en los restaurantes que se encontraban al pie de los cerros nevados.

¿Sería así entonces? ¿Tan fácil le resultaba imaginar su vida del otro lado del muro?, pensaba mientras se le cruzaban viejas emociones.

Años atrás, sus primas y ella creían que del otro lado del muro la vida debía de transcurrir de modo diferente, más intensa, más audaz, seguramente dispendiosa, hecha de puro vértigo, como el sonido de las vocales de una lengua que desconocemos por completo pero que nos fascina en sus modulaciones extranjeras.

En varias ocasiones, recuerda, las tres se las habían ingeniado para pasar la tarde completa del otro lado. Aquellas excursiones le habían dejado un sabor ambivalente, incompleto. Después de presentar los documentos frente a una de las garitas de control, Teresa, Olga y ella se dirigían directamente hasta la arcada de piedra que conducía a la calle céntrica de la ciudad, donde se desplegaban los vistosos locales de artesanías, las tiendas de marca, agencias turísticas y chocolaterías. El recorrido terminaba siendo siempre el mismo.

Durante la primera media hora las tres primas caminaban tomadas del brazo, bamboleándose entre ellas, moviéndose como si fueran un solo bloque, jubilosas y desfachatadas, fumando un cigarrillo tras otro al aire libre, aunque hubiera que luchar a brazo partido contra el viento. Cada tanto se entrechocaban con los eventuales turistas de fin de semana, antes de largarse a merodear por las galerías comerciales, ya sueltas, de a una, mirándose entre ellas, deteniéndose a observar sus figuras delgadas reflejadas sobre el blindex de las tiendas. A veces entraban a alguna chocolatería para tomar algo caliente, pero ahí adentro, bajo la morosa luz artificial y el fuerte calor de los radiadores, rodeadas de turistas sonrientes y algunos jóvenes ruidosos que habitaban los kilómetros, las tres solían caer en una mudez profunda. Poco a poco, comenzaba el declive y la excitación iba desvaneciéndose. Era el momento entonces de iniciar la caminata por la costanera, avanzar con dificultad por la orilla pedregosa, contemplar el lago inmenso y cada tanto arrojar unas piedras hacia sus heladas aguas. Una hora más tarde, ya aburridas, doblemente silenciosas, las primas comenzaban a multiplicar los bostezos y los gestos melancólicos, y mucho antes de que se instalara el frío insoslayable de la tardecita, las impelía el unánime deseo de huir, de escapar lo antes posible, de abandonar ese territorio ajeno, dejar atrás el extrañamiento, para volver del otro lado del muro e incrustarse en sus márgenes protectores.

Ailén miró a su costado y volvió a toparse con el chaleco azul fosforescente que yacía sobre la cama en el cuarto compartido. Lo tomó entre sus manos y probó subir el cierre relámpago, para ver si funcionaba bien. Comprobó que todo estaba en orden. Luego, con un gesto lento, volvió a dejarlo sobre la silla, mientras respondía al llamado de una de sus primas.

A las dos semanas de haber empezado a trabajar en el comercio de artesanías, Ailén escuchó que un cliente contaba que estaban buscando meseras en varios de los restaurantes y bares turísticos que habían abierto en los últimos tiempos en el cerro y, sin pensarlo dos veces, ese mismo día pidió autorización para salir antes, pretextando una descompostura estomacal. Al salir, tomó el primer ómnibus que la llevaba rumbo al cerro y se presentó en el centro de esquí. Pese a que no tenía antecedentes ni traía recomendación alguna, le dijeron que volviera al día siguiente para entrevistarse con las dueñas. El bar-restaurant había abierto seis meses atrás y estaban necesitando meseras para cubrir el turno de la noche.

Un día después conocería a las dueñas del bar, las hermanas Acevedo.

—¿Son mellizas? —preguntó ella, con un tono de preocupación que rozaba casi el ridículo, luego de que el barman le contestara como al pasar, haciéndose el desentendido, que no era con él con quien tenía que

entrevistarse, sino con las dueñas, las mellizas Acevedo, que estaban a cargo de todo.

El hombre la miró sorprendido.

—Mellizas, eso dije yo —repitió secamente, sin levantar la vista.

Ella hizo una mueca de disgusto, la noticia de que las dueñas eran mellizas, al igual que sus hermanastras, no le causó ningún júbilo, e incluso estuvo a punto de renunciar a la idea de cambiar de trabajo y volver al negocio de artesanías. Pese a ello, al día siguiente, a las nueve en punto de la mañana, estaba transponiendo la puerta del restaurante “Las Cacerías”.

El lugar todavía olía a recién estrenado. Los ventanales se abrían en una vista panorámica frente al cerro que se alzaba imponente, con sus agujas de roca granítica coronando la cima y sus manchones de nieve eterna. Desde donde estaba parada, Ailén podía seguir el movimiento de las aerosillas y los teleféricos que subían y bajaban constantemente, cargados de turistas.

Luego de esperar unos quince minutos, alguien la condujo hasta una oficina moderna, de paredes absolutamente blancas y despojadas, donde detrás de un largo escritorio de caoba y unas sillas acolchadas y giratorias de color azul brillante se encontró con dos mujeres de cabello corto y cubierto de canas, porte delgado y rostro enjuto. Bordearían los sesenta, pero a decir verdad, a sus diecinueve años, Ailén estaba lejos de interesarse en hacer cálculos sobre la edad de

quien fuera. En su opinión, toda persona con más de treinta años era considerada un adulto mayor, y lo que tenía enfrente de ella eran sencillamente dos personas mayores.

Al ver cómo la mirada de ambas mujeres se clavaba en su figura, escrutando sus rasgos, sintió un ligero estremecimiento.

—Sentate, ¿quieres café? —le dijo con voz amable una de ellas.

Ailén asintió y, ya acomodada en la silla, siguió expectante cómo una de las mujeres extendía el brazo, alcanzaba un termo y le servía café en una taza de cerámica. El silencio de la oficina era tal que esos escasos segundos en los que escuchó el rumor del líquido cayendo sobre la tacita se le tornaron exasperantes. Cuando tomó la taza y se la llevó a los labios, sin siquiera servirse azúcar para no demorar más la situación de visible incomodidad, sus manos temblaron levemente. Para disimular, miró la hora, y comprobó que apenas eran las nueve y cuarto de la mañana.

—No tiembles así, querida, que acá no comemos a nadie —escuchó que decía una de ellas, con voz grave, acomodándose los anteojos y extendiéndole una sonrisa sinuosa.

Hubo un corto silencio que ella no se atrevió a interrumpir; presa del pánico como estaba ni siquiera se sentía en condiciones de corresponder con una sonrisa de circunstancia el comentario de la mujer.

—¿Sos de origen mapuche? —le preguntó a boca de jarro la otra mujer, que la contemplaba con atención mientras sostenía los anteojos con la mano derecha y mordía con los dientes una de las patillas.

—No, mirala, si va a ser sueca —respondió entonces la mujer que había intervenido un minuto antes.

De ahí en adelante, Ailén asistió a un curioso diálogo entre las dos hermanas.

—Tampoco es para que la ofendas.

—No se trata de eso.

—Pero la pregunta suena agresiva.

—¿Por qué agresiva? —cuestionó la otra, volteando el rostro hacia donde estaba la hermana, para de inmediato volver a clavar los ojos en Ailén—. Sos muy linda y tenés que llevar orgullosamente tus orígenes —le dijo entonces, mientras se acomodaba el flequillo—. Hay otros que descienden de suizos y alemanes, se creen fabulosos y son de lo más feos y anodinos.

—Sí, pero en esta ciudad están sobrestimados.

—De este lado del muro, querida —se vio en la obligación de aclarar una de ellas, sin quitarle los ojos de encima.

La otra aspiró aire y también clavó la mirada sobre ella.

—Mirá, Ailén... Te llamás Ailén, ¿no? Yo soy Ayelén, pero no tengo nada de indígena, al menos tu nombre tiene que ver con tus orígenes, ¿entendés?

—Yo soy Amancay —dijo la otra—. También tengo un nombre indígena.

—Hace cincuenta y siete años, cuando nacimos, nuestros padres eran hippies y todavía hacían ofrendas a la Pachamama en la orilla del lago.

—A ver —dijo la otra, sin poder evitar un ligero respingo—, dejémosla hablar y después le contamos nuestra historia.

—Acá hay turistas extranjeros que se mueren por que las atienda una indígena y, con lo linda que sos, seguro vas a matar —continuó la otra.

—Ay ¡qué decís, Ayelén! ¿No ves que va a pensar que la trajimos a un prostíbulo?

—Bueno, quise decir que a los extranjeros les gusta que los sirvan...

—Ya entendimos, Ayelén, no aclares que oscurecés aun más la cosa.

—Los originarios, como se les dice —trató de completar la otra, pese a la interrupción...

—¿Y nosotras qué somos? ¿Acaso no somos originarias?

—Callate, Amancay, dejemos hablar a Ailén. A lo mejor la estamos asustando en serio.

—Me parece que no la estamos dejando hablar.

Ambas voltearon la cabeza y la miraron con insistencia:

—¿Qué experiencia de trabajo tenés? —preguntó entonces una de ellas.

—Ninguna. Mi padre es hijo de alemanes y mi madre hija de la meseta —respondió ella, sin tener muy en claro si era por ese lado y en ese orden que debía

comenzar a responder las afirmaciones que habían revoloteado el insólito diálogo entre las mellizas.

Las dos mujeres sacudieron la cabellera canosa, mirándose entre ellas, sin ocultar la sorpresa.

—Me encantó la respuesta, es poética.

—A mí también, esta chica no le tiene miedo al ridículo —asintió—. Pero no la miremos más así, qué va a pensar Ailén de nosotras.

—¿Viste que es más común de lo que se cree?

—¿Qué cosa?

—La mezcla, el mestizaje —acierta a decir una de ellas—. Todos somos mestizos, hermanita, no hay que dejarse llevar por los prejuicios o creer que estamos en la tierra de los purasangres.

—Sí, pero tratándose de un alemán de acá, y cruzado con una mapuche, eso sí que es una gran noticia, qué digo, da para un culebrón.

—Vos porque creés que todos los alemanes que hay en esta ciudad son unos nazis.

—O que lo fueron, querida —alegó la otra.

—Pero no es así.

—Supongo, o por suerte; si no, estaríamos en el horno, como en el Tercer Reich.

—Mejor cambiemos de tema, que ése no fue un buen chiste.

—Sí, mejor cambiemos de tema...

—Y decinos, Ailén, ¿cuál es tu apellido entonces?

Ailén advirtió que los ojos celestes de las mellizas emanaban un chisporroteo cada vez más intenso.

Al compás de ese diálogo descabellado, parecía que el peso de aquellas caras alargadas y poco agraciadas se iba aligerando notoriamente.

—Ringel, soy Ailén Ringel —respondió entonces con la voz firme, sin el temor de los primeros minutos.

Por un momento, volvió a sentir que se abría un silencio incómodo. Las dos mujeres la miraban con estupor.

—No, no es verdad. ¿No serás hija del Loco Ringel, acaso?

—¿Por qué? ¿Lo conocen?

—Guau, eso sí que es una sorpresa, querida...

—¿Lo conocen? —volvió a preguntar Ailén, sin ocultar el estupor que ella también sentía.

—Si lo conoceremos, querida, vaya pregunta.

—No puedo creerlo, es una mañana llena de sorpresas.

—El Loco Ringel, un amor. ¿Te acordás, Amancay?

—Ayelén, no me digas que todavía seguís enamorada de él.

—No digas pavadas.

—¡Un amor, un amor decís así nomás delante de la chica! —agrega afinando la voz.

—No te asustes, Ailén, mi hermana es poco sensible a los recuerdos —le dice entonces Ayelén, en el medio de un acceso de tos, haciendo con la mano derecha unas rápidas volteretas por el aire, tratando de morigerar el impacto que pudieran producir las palabras de su hermana.

–No soporto el cigarrillo, ¿vos fumás?

–Déjé hace un tiempo –mintió Ailén, que todavía no sentía que la situación hubiese virado completamente a su favor y temía reducir sus chances de empleo.

–Con tu padre nos conocimos cuando éramos jóvenes, qué digo, adolescentes, aunque él es un poco menor que nosotras –confirmó Ayelén con cierto tono de coquetería.

–Tampoco que sea tanto más –corrigió Amancay.

–Tenemos recuerdos fabulosos de tu padre.

–Sí, es cierto, muchos recuerdos.

–Era un gran discursador y alguien con un fino sentido del humor, y la verdad es que todas estábamos un poquito enamoradas de él –volvió a porfiar Ayelén.

–No sé si eso sea cierto.

–Y también era un rebelde apasionado, lo confirma el hecho de que vos existas y estés acá –prosigue con entusiasmo la otra, sin tomar nota de la queja de su hermana.

–Bueno, eso ya lo vamos a discutir otro día, ¿no te parece?

–Estoy de acuerdo –asiente–, me parece lo mejor.

–Ailén, es un placer, bienvenida a nuestra casa –exclamó entonces una de ellas.

–Gracias –respondió Ailén un tanto cohibida, sin saber cómo interpretar las idas y vueltas de aquel extraño contrapunto.

Ambas mujeres le dedicaron una sonrisa afectuosa que parecía ser además una invitación a que ella dijera algo más.

–Nunca imaginé que iba a encontrarme... con dos amigas de mi padre...

Una de las dos mujeres miró entonces la hora en su reloj de muñeca. Ailén también hizo lo propio y comprobó que apenas eran las nueve y media de la mañana. Todo había sucedido tan rápido, como en un vertiginoso clip musical, y de pronto frente a ella se abría un horizonte inesperado. Antes de que la invadiera una mayor extrañeza, escuchó que una de las hermanas retomaba ávidamente la palabra.

–¡Ah! Te aviso que acá adentro, en “Las Cacerías”, nadie lleva chalecos especiales.

–Entiendo, ¿pero hay algún uniforme, o no? –preguntó ella, que había aprendido desde hacía tiempo que en todos lados, aun en aquellos lugares donde se decía que no los había, siempre existía algún tipo de uniforme.

–El de mesera, camisa blanca y delantal azul, con el logo del local.

–Pero afuera tengo que andar con el chaleco azul...

–Afuera hacés lo que ellos te piden que hagas –dijo entonces, buscando suavizar el tono–, pero acá, querida, es otra cosa. Nosotras tenemos otros códigos...

Ailén se levantó de la silla mientras asentía, dispuesta a partir, aunque no tenía muy en claro si era eso lo que debía hacer, pero una de las hermanas la detuvo con un gesto firme y le extendió un par de hojas impresas.



—Eso sí, tenés que llenar este formulario que hay que presentar en el municipio, así que sentate tranquila y tomate tu tiempo.

Todavía no se había repuesto de la extraña sensación que le causaba la idea de haber encontrado un nuevo empleo, sentada como estaba frente a dos personas desconocidas que decían ser amigas de su padre, ni tampoco imaginaba lo que podría significar trabajar en el restaurante de las mellizas cuando, aun antes de que comenzara a completar el formulario exigido por el municipio a los trabajadores de servicios, las mellizas volvieron a arremeter con un fuego cruzado de preguntas.

Preguntaban acerca de dónde andaba el Loco Ringel y quién era su madre, la hija de la meseta, como ella la había llamado tan bellamente un rato antes. Dijeron asombrarse cuando ella les contó que se llamaba Moira y que había sido una gran cantante de música ancestral. Había muerto joven, cuando ella tenía menos de dos años de edad, en un accidente automovilístico en el medio de la meseta, con sólo veinticinco años. Sí, era cierto que se había criado sin madre, con una tía del Alto. Sus primas habían sido como sus hermanas. No, ellos ya estaban separados cuando su madre murió y, a decir verdad, su padre ya en ese entonces había abandonado Villa Quimey. Tampoco conocía a otros miembros de su familia paterna, y a esa altura de la vida tenía poco interés. Además, a excepción de un tío y de un par de hermanastras, tenía entendido

que no le quedaba nadie; sus abuelos paternos habían muerto muchos años atrás. Sí, efectivamente estaba al tanto de que era una familia de recursos, pero en realidad nunca se habían acercado a ella ni tampoco conocía a sus medias hermanas, aunque sabía que no vivían en la ciudad.

Ailén trataba de responder a las preguntas de las mellizas, aunque hacia el final comenzó a sentirse algo abrumada. Eran demasiadas sensaciones nuevas a la vez, todas raras y entremezcladas, como si fuera el día de su cumpleaños y de pronto estuviera asistiendo a una fiesta sorpresa que la llenaba de felicidad y al mismo tiempo de angustia, ya que no lograba identificar a ninguno de los invitados.

Una de las hermanas —Ailén no podía discernir cuál de las dos era— pareció entender su perturbación y volvió a servirle café, mientras le acercaba una bandeja con unas masitas dulces.

—Basta de preguntas y de historias locas por hoy. Mejor comé algo.

—Sí, basta —acordó la otra, mientras le daba la espalda y volvía a mirar la pantalla de la computadora.

—No nos hagas más caso, ocurrió que nos tocaste una fibra íntima...

—La del recuerdo —completó la otra, con una sonrisa a tono.

—Pero no te preocupes, te vamos a cuidar, chiquita.

—Seguro, te vamos a cuidar —suelta Ayelén quien, de inmediato, se pone de pie, se le acerca, extiende

sus manos y, sin pedirle autorización alguna, comienza a acariciar su rostro con ternura, mientras murmura emocionada.

—Increíble, quién lo hubiera dicho, la hija del Loco Ringel...

—Increíble —repite Ailén, como un eco sin reverberación, al sentir el calor de esas manos suaves y desconocidas sobre su mejilla.

En el mes siguiente, su vida tomó un giro tan inesperado y vertiginoso que apenas si tuvo tiempo de pensar y sopesar los cambios, sólo le tocaba vivirlos, hacerse cargo, dejarse llevar, por primera vez, por el fluir de la vida. Era como si en vez de quedarse a contemplar el discurrir del lago desde la costa pedregosa, haciendo patitos en el agua de vez en cuando, sorpresivamente alguien la hubiese invitado a navegar en un hermoso velero, y ahora ella era una más de los que se deslizaban con placer por el ancho lago en un día tranquilo, rodeada de la espesura del bosque y sin vientos turbulentos a la vista.

Durante las primeras semanas, el trabajo le había resultado algo pesado: había que ser rápida, diligente, estar de pie durante muchas horas, evitar los roces con clientes y compañeras y, más que nada, acostumbrarse al humor variable de los turistas, que los había en “Las Cacerías”, aunque no en la cantidad que ella había imaginado. Pero, para su sorpresa, esa nueva gimnasia

social y laboral le salía de modo natural, como si volviera a andar en bicicleta luego de años de abandono.

A pedido de Ailén, hacia la tercera semana, luego de levantar las sillas y despedir al último cliente, las mellizas le contaron la historia de la llegada de su familia a Villa Quimey. Mientras Ayelén servía una copita de grapa para cada una, la otra hermana comenzó con el relato de modo entusiasta.

Casi sesenta años atrás sus padres habían llegado con la idea de fundar una comunidad hippie. Siete habían sido las familias que habían viajado desde Buenos Aires, cuando el lado este de la localidad todavía no era visto como un campamento de refugiados y el lado oeste apenas empezaba a ser considerado como una suerte de consulado europeo de posguerra. Entre todos habían logrado reunir el dinero para comprar un terreno, una hectárea completa, a unos pasos del lago. La idea era que en “La Hectárea”, como habían bautizado al predio, cada uno levantara su casa. Habría lugar para una huerta comunitaria y compartirían los servicios comunes, electricidad, agua, gas, una guardería para los chicos; nadie hablaba de televisión en ese momento. Los kilómetros estaban poco habitados y los costos de los terrenos todavía eran bastante accesibles aun en la costa del lago. Tampoco se trataba de escuchar rock and roll todas las noches a volúmenes trepidantes ni de practicar sexo libre hasta hartarse. Buscaban otra cosa. Para algunos era la hora de la utopía campesina; para otros

era el Edén junto al lago; para todos sin excepción no se trataba solamente de la vida en contacto con la Madre Tierra, los niños corriendo libremente por los bosques llenó de trufas y frutillares, como dice la imagen estereotipada, sino sobre todo la vuelta a la solidaridad y a la posibilidad de la cooperación entre iguales. Sin embargo, la pequeña y atrapante historia que estaban tratando de construir juntos muy pronto se convirtió en una suerte de historieta. Antes de que se cumplieran los primeros seis meses, surgieron los primeros reproches y comenzaron a multiplicarse los problemas. Las discusiones acerca de si era necesario o no penalizar a aquellos que no cumplían con las reglas básicas de convivencia se hacían cada vez más largas y tediosas, y las quejas de aquellos que trabajaban y se comprometían más que otros y terminaban asumiendo gran parte de las responsabilidades eran cada vez más frecuentes... Las nuevas desigualdades se tornaron muy molestas... Nada original, como Ailén bien podía imaginarse.

—Es cierto, pero hablemos del marco general, si no Ailén no va a entender nada —se vio en la necesidad de aclarar Ayelén.

Amancay frunció el entrecejo y dedicó una mirada de reprobación a su hermana.

—Nuestros padres, querida —dijo entonces Ayelén—, además de ser hippies eran anarquistas colectivistas, y el problema con el cual se encontraron fue que en “La Hectárea” había un sector de ácratas individualistas.

—Hermana, más que ácratas individualistas esos tipos eran unos menenfreguistas —dijo Amancay, sirviéndose otro vasito de grapa.

—No sé, no es lo que contaban nuestros viejos. Después de todo, para los anarquistas todo principio de organización, social o política, es un límite a la libertad, tiene que ver con el ejercicio de la dominación y del control social.

—No, no estoy de acuerdo, si hubieran sido completamente ácratas no habrían aceptado formar parte de “La Hectárea”. Más bien, me parece que rompieron el pacto, el juramento colectivo que los había unido —respondió Amancay, adueñándose de la palabra y levantando la voz—. “Juro que nunca más violaré las reglas de convivencia”, decían, pero de inmediato había reincidencias; y lo cierto es que todo eso fue creando resentimientos y deseos de venganza, hasta que al final no hubo más diálogo, solamente rumores, rumores de todo tipo, inverosímiles, que no necesitaban otro combustible que la desconfianza para propagarse y colonizar las mentes, porque en definitiva, querida Ailén, el problema más grave era que se había perdido la confianza, y así todos aquellos que unos meses antes habían jurado practicar la solidaridad y la fraternidad antes que la guerra comenzaron a repetir “no juro por nada más porque ya no confío en nadie”. Como suele suceder, al final, los que antes habían apostado a la solidaridad terminaron por desconocerse por completo —concluyó Amancay, de modo inapelable.

Se hizo un breve silencio en el cual Ailén, un poco mareada por el alcohol, miraba en estado de arrobamiento a las dos hermanas.

—Al final me arrebataste la palabra... —soltó Ayelén, sin poder ocultar su enojo.

Su hermana abrió los ojos con sorpresa.

—Para nada, solamente quería aleccionar a la niña, para que no vaya a creer que se trató de una guerra entre ácratas y anarquistas colectivistas, además de que debe de ser la primera vez en su vida que escucha tales palabras. Y la cuestión, me parece a mí, era más profunda...

—Estás tomando de más —insistió la otra.

—Y vos estás poniéndote agresiva conmigo —optó por defenderse la primera.

—Entonces no me cortés cuando hablo... Hay que saber democratizar la palabra; después de todo, eso forma parte del pacto fundacional de cualquier buena sociedad...

—No nos desbarranquemos, hermanita, nada más estoy tratando de contarle a Ailén la historia de nuestros padres...

—¿Fue por plata? —interrumpió Ailén, que había advertido la peligrosa inclinación que estaba tomando el áspero intercambio entre las hermanas.

—No, no, querida, ojalá hubiese sido solamente por eso —respondió Ayelén, con un tono de voz suave que le dulcificaba el rostro—. Chesterton de-

cía que nunca se puede admitir una utopía que no nos deje la libertad que uno más estima: la de obligarnos.

—¿Y cómo era eso de ser anarquistas colectivistas? —preguntó con verdadero interés Ailén.

Ambas frunció los labios y se miraron entre ellas. Nuevamente retomaron el estilo dialéctico y coloquial, dejando atrás los reproches mutuos.

—Buscaban la abolición del Estado.

—Proponían la destrucción de todas las instituciones que generaban las diferentes formas de desigualdad, pensaban que lo mejor era la gestión común o colectiva de todos los bienes...

—La organización en federaciones de trabajadores o grupos de afinidad para producir, gestionar y distribuir de modo igualitario.

—A cada uno según sus necesidades...

—No, eso viene de otro credo —acotó Amancay.

—Dale un pescado a una persona y comerá un día, enséñale a pescar y comerá el resto de su vida —continuó diciendo Ayelén, mientras comenzaba a soltar una risa aguda, sibilina.

—Pero yo ya sé pescar, muchas gracias —buscó completar entonces Amancay—, mi problema es que alguien más es el propietario del lago.

—Ji ji...

—Como acá, donde hasta los lagos tienen dueño.

—Ji ji...

A esa altura de la conversación, ambas mujeres se interrumpieron, se miraron fijamente y comenzaron a reírse a carcajadas.

Ailén las miró sin ocultar la extrañeza. Eran dos bichos raros esas hermanitas; dos minutos antes habían estado a punto de arrancarse los ojos, y ahora ambas estaban riéndose a carcajada batiente, con esa risita aguda y contagiosa que les había conocido desde el primer día. A eso se le sumó que Ayelén comenzó a tener un ataque de hipo, lo cual prolongó aun más la hilaridad del momento.

Ailén sonrió y bebió un trago más de grapa.

Sin duda, Ayelén era la más afectuosa, abierta al diálogo individual, mientras que Amancay era más áspera y corrosiva en sus afirmaciones. Yendo más lejos, esa madrugada en la cual las había visto enfrentadas por primera vez, Ailén había vislumbrado que la dialéctica verbal que vinculaba a las mellizas era algo más que un juego; en realidad, para ambas el contrapunto se había convertido en una estrategia de supervivencia.

—Estás borracha.

—Te juro que no.

—Qué imagen vamos a dar frente a Ailén, hermanita... ji ji.

—Para qué enseñar a pescar, si te agarra un perro rottweiler y te hace pedazos, o un guardia privado y pum, te dispara y chau...

Ailén seguía sin entender, aunque de pronto, al escuchar las últimas palabras, Amancay recobró la seriedad por completo.

—Eso no es gracioso, Ayelén.

—No, ya sé, perdoname —dijo la otra todavía entre hipos, acompañando las palabras con un gesto de negación—. Me dejé llevar por la risa y el juego de palabras.

—Es más bien terrible, descorazonador; al menos nuestros padres tenían una utopía, luchaban por construir una sociedad nueva.

—Cierto —acordó Ayelén, tratando de calmar el hipo para recobrar la seriedad perdida.

Amancay miró la hora en el reloj de pared y con un gesto decidido tomó la botella de grapa antes de levantarse de la mesa y la guardó en el interior del bargueño. Ailén pensó que la conversación estaba terminada, pero enseguida la mujer retomó la palabra con energía.

—Acá nuestra única utopía es preservar las costas del lago como espacios públicos para que cualquiera, vos, yo, podamos caminar o llegar hasta ahí.

—Cierto, cierto.

—Mirá hasta dónde hemos llegado, Ailén, reivindicando un derecho mínimo, el derecho al lago —asintió la otra.

—Con nuestros cincuenta y largos años, tratando de defender o recuperar los accesos públicos al lago.

—Ja ja, si nos vieran nuestros padres, se morirían de risa.

—O de odio, querida.

—No, no, seamos claras, se morirían de tristeza...

Se hizo un silencio corto, cargado de emociones y de cansancio acumulado.

—Mejor vamos a dormir, que ya estamos todas borrachas...

Ailén estaba cansada y ya había abandonado la silla. Era demasiado tarde y todavía debía tomar varios ómnibus antes de llegar al Alto.

Con el rostro pegado a la ventanilla del colectivo, en medio de una oscuridad casi clandestina, Ailén sentía que no podía despegar la mirada somnolienta de la superficie brumosa del lago, que yacía apenas iluminado por los pálidos reflejos del cuarto de luna.

—Nunca me había imaginado que el Alto quedara tan a contramano de todo —solía decir Ailén con la voz muerta de cansancio, mientras colgaba el chaleco azul del perchero para comenzar su tarea, a modo de justificación de sus retrasos.

Las mellizas, que al principio le habían llamado la atención, parecían haberse acostumbrado. Sus compañeras de trabajo, que no vivían tan lejos, habían dicho que les parecía “exótico” que Ailén todavía no hubiera pensado en mudarse al lado oeste.

—Exótico —exclamó ella con desgano—, ¡qué palabra tan rara para referirse a una situación como ésta!

Poco días después de la confesión del origen de las mellizas Acevedo, estando en el restaurante, Ailén recibió un llamado de una de ellas para que pasara por la

oficina. La inesperada propuesta que recibió de parte de las hermanas la dejó estupefacta.

Ellas entendían que Ailén llegara tarde, comenzaron diciendo, con el largo y penoso viaje que debía hacer todos los días, trasladándose de una punta de la ciudad a la otra, no había más que ver su cara para darse cuenta de que a raíz de ello no dormía lo suficiente. Una mudanza seguramente le cambiaría la vida. Sin compromiso, continuaban explicando, lo que le ofrecían era una habitación que estaba cruzando el jardín, detrás de la casa, pero que incluía ducha y baño independiente. Ahí había vivido una de las hijas mayores de Amancay cuando era adolescente y andaba con ganas de independizarse. También había vivido un tiempo otro de los hijos varones de Ayelén, que se había ido al exterior años atrás.

Ailén volvió a sentir un vértigo estremecedor, como cada vez que quedaba entreverada en uno de esos contrapuntos. No sabía qué decir, jamás hubiese imaginado que se le abriera esa puerta desconocida y, sin embargo, estaba ahí, con el picaporte al alcance de su mano.

Reflexionó unos instantes, atenazada en sus frágiles certezas por una miríada de preguntas y vacilaciones. Qué sería de ella, Ailén, nacida y criada en el Alto, lejos de un padre ausente y de una madre muerta prematuramente, atraída ahora por la costa tupida del lago, encandilada por la sinuosidad de los senderos y jardines de la Patagonia barroca, a la que siempre ha-

bía criticado. ¿No sería acaso el fantasma de los Ringel que había comenzado a acosarla desde su llegada casual a aquel restaurante propiedad de unas viejas amigas de su padre? Vaya a saber por qué, o más bien resultaba obvio, pero en ese instante tuvo un flash y supo entonces que volvería a cruzarse con Santiago, y no estaba segura de querer que eso sucediera; luego tuvo un segundo flash en el cual se vio conversando amablemente con sus hermanastras, las mellizas Ringel, hablando como si fuese una más de ellas, aunque en realidad nunca había hablado personalmente con ninguna, aun si las había entrevisto una vez desde la vidriera externa de un bar, con ojos de espía y no de hermana, ahí en una de las calles céntricas de la ciudad. Entonces, ¿qué sería de ella entre toda esa gente desconocida? ¿Qué tenía que ver con todos ellos? Con Santiago, con las mellizas, con todas las mellizas juntas, las que conocía y las que todavía no, las que terminaría por conocer, ¿no acabarían siendo todas iguales, como esos chalets suizos seriales de los cuales siempre se había burlado su padre?

Abrió los ojos y respiró hondo, casi sin querer seguir escuchando el revoloteo encantatorio que exhalaban las palabras de las mellizas. De aceptar, en realidad no era ella quien entraría a la casa de las mellizas sino a la inversa. Las hermanas Acevedo le estaban abriendo el corazón con una ganzúa, buscaban pasarse de manera oronda por su intimidad, antes de ingresar de lleno a su casa. Pero, ¿qué estupidez estaba pensando? ¿De qué

ganzúa y de qué oronda intimidad estaba hablando, si para lograr un minuto a solas consigo misma necesitaba tomarse un ómnibus, recorrer kilómetros muros afuera, e instalarse unos días en la cabaña que su padre tenía del lado de la estepa? ¿Por qué no podía aceptar sin más esa oferta desconcertante y a la vez maravillosa que las mellizas le tendían tan generosamente? ¿Qué más podía suceder si acaso ella se perdía en los rápidos de la decisión, sin saber adónde conducía ese torrente? ¿Qué suponía que podía ocurrir si acaso se equivocaba? ¿Volvería al otro lado del muro, a aquel cuarto pequeño que compartía desde toda la vida con sus dos primas, que también trabajaban de empleadas en el lado oeste, y a las cuales sólo veía entre sábanas transpiradas y despertares vertiginosos, al salir o al entrar del baño? ¿Qué haría entonces? ¿Partiría hacia el exilio de la estepa para encerrarse en la cabaña paterna, holgada en recuerdos y horas de melancolía? ¿Buscaría una nueva residencia del lado oeste del muro, arrullada por las voces hechizantes que provenían del lago?

Volvió a poner pie en la realidad cotidiana y una vez más pensó en el largo viaje que tenía que hacer todos los días hasta el muro, enfundada en un chaleco azul brillante, bostezando a ciegas en la madrugada, obligada a exhibir identificaciones y permisos bajo la mirada aburrida de los vigilantes, los pasos largos resonando en las calles no tan vacías pero siempre peligrosas, llevando a cuevas su temor palpitante y su cansancio acumulado.

—¿Y cuánto tendría que pagar? —preguntó Ailén, con la voz apagada, luego de tragar saliva con dificultad, como si con ello buscara ahogar las voces que se le arremolinaban y aumentaban el ritmo de sus palpitations, carcomiéndole el pecho con aquellas disquisiciones incómodas.

Esta vez fueron las mellizas las que parecieron sorprendidas, como si en realidad no hubiesen contemplado o evaluado tal posibilidad.

—Eso lo vemos después, ¿no es cierto, querida? —respondió una de ellas.

—Gratis no voy a ningún lado —soltó ella de manera indubitable, con un tono rudo en la voz—, así que piénsenlo rápido.

¿En cuánto tiempo había sucedido todo aquello? ¿Cuánto tiempo se había instalado entre aquel momento en el que ella comenzó a percibir que el lado este del muro comenzaba a quedar cada vez más lejos y aquel otro día en el que ella decidió hacer lo que todos y cada uno, sus tías, sus primas e incluso su padre le había pedido durante esos años, que se dejara ir, que se dejara llevar por el fluir de la vida misma. ¿Habían pasado dos minutos, dos días, acaso dos semanas?

Desde el primer momento supo que tendría que hablarlo con su tía y sus primas. No se le hacía nada fácil de sólo pensarlo. Durante varias noches estuvo dándole vueltas al asunto, tratando de hallar el mejor modo de expresarlo, de encontrar los argumentos más amables para justificar su mudanza. Sin embargo, cuando se

decidió a comunicarlo, sus tías y sus primas lo aceptaron con una naturalidad tal que la respuesta la dejó sin palabras, sumiéndola en un desconcierto mayor.

—Genial —comenzó diciendo Teresa, una de sus primas.

Tenía que hacerse un lugar allá, del lado oeste del lago, donde la vida se abría en un mar de oportunidades. Ailén seguramente sabría cómo aprovecharlas. Tal vez hasta tendría la posibilidad de tender un puente para alguna de ellas, quién sabe, en el futuro, dijo Olga, la menor de sus primas. Había valido la pena esperar tanto. Ciertamente, pero tampoco querían presionarla. Ailén tenía que hacer su vida. Finalmente, el apellido paterno le había abierto una puerta. Nunca era tarde. Ellas también ya habían tenido ofertas para trabajar a tiempo completo, como domésticas cama adentro, y no habían aceptado.

—La respuesta es muy sencilla —sostuvo Teresa mirándola de soslayo—: no estaban dispuestas a conchabarse y renunciar a tener marido, hijos, una vida propia, una vida para ellas mismas.

Contemplando de a ratos las cumbres filosas del cerro desde los ventanales del restaurante, donde muchos decían que se hallaba una de las paredes de granito más lisas y verticales, un desafío incluso para los alpinistas más experimentados, Ailén pensaba que para sus jóvenes piernas no todo era como volver a andar en bicicleta.



Pese a que la solicitud formal presentada por las mellizas ante una de las oficinas del municipio todavía no había sido aprobada, Ailén no aguantó más la espera, hizo sus valijas y se mudó al lado oeste del muro.

La aprobación llegó tiempo después, pero el trámite terminó por ser largo y engorroso. Ailén debió presentarse en cinco oportunidades en la oficina de la secretaría municipal de trabajo, escoltada por alguna de las dos hermanas, para solicitar la autorización del cambio de domicilio. Los funcionarios municipales habían objetado que las hermanas Acevedo propusieran que Ailén se mudara a una de las dependencias de la casa, cuando en realidad la demandante declaraba trabajar como moza en “Las Cacerías” y no como mucama o cocinera en la residencia familiar. Para no demorar más la habilitación de la mudanza, hartas de tanta rigidez normativa, las mellizas decidieron que lo mejor era cambiar de estrategia y presentar un nuevo formulario en el cual Ailén aparecía conchabada como doméstica a tiempo completo.

—¿No te ofende, no? —preguntó Ayelén, que parecía tener un registro más fino de la sensibilidad del otro y temía una reacción negativa por parte de la joven.

Ella hizo una mueca y cabeceó a disgusto. No era lo acordado, pero la idea de volver a foja cero, luego de haber realizado tamaño esfuerzo, le resultaba insoportable.

—Tranquilízate, es solamente una cuestión de formas, querida.

—No te vamos a hacer nuestra esclava, descuidate.

—Lo que pasa es que en el municipio son previsiblemente kafkianos, no pueden ir en contra de su propia naturaleza.

—Pero están cada vez peores.

—Seguro, en vez de ver lo que pasa con la seguridad privada, de controlar a esos perros horribles que custodian las construcciones que avanzan de modo ilegal sobre el lago, privatizando las costas, lo que hacen es perseguir a la gente que busca vivir y trabajar en paz de este lado del muro.

—El muro les cuadrículó la cabeza, como dice mi padre...

Las dos mujeres se miraron entre ellas y cruzaron una sonrisa ambigua. A esa altura, Ailén no podía desconocer que esas miradas eran el preludio de algún diálogo chisporroteante entre ambas.

Fue Amancay quien comenzó a hablar en esta ocasión.

¿Sabía Ailén acaso que muchos de los reproches que la familia Ringel había hecho a su padre tenían que ver con el muro?

—No tenía idea —respondió ella.

Ayelén le pidió que se sentara un instante, antes de continuar contando que algunos habían acusado a su padre de ser uno de los instigadores de uno de los levantamientos del Alto, el segundo, creía ella. De este lado del muro nunca se lo habían perdonado, total él no perdía nada, era de los que no estaban ni adentro ni afuera, argumentaban.

—Pero no había sido así —sostuvo Amancay—. Él no era para nada el cabecilla, sino uno más.

—Lo que ocurría es que no se les pasaba por la cabeza que los indígenas o los morochos se organizaran por sí solos, ése era el tema.

Las dos hermanas miraron en dirección a Ailén, tratando de escrutar el talante de sus reacciones frente a las últimas palabras, pero vieron que ella había comenzado a llenar el nuevo formulario y parecía ajena al intercambio.

Ante el silencio de Ailén, decidieron continuar dialogando entre ellas.

Ayelén afirmaba que en esa época había surgido una organización política con las siglas PRR.

—¿PRR? ¿Y qué quería decir eso? —preguntó la hermana.

—Patagonia Rebelde Regresa.

—No, querida, no, no, te equivocás —le discutió Ayelén—, eso fue en otro episodio, más reciente, cuando los cartoneros hicieron una pira y quemaron los chalecos rojos en el centro y después declararon una gran huelga por tiempo indeterminado, dejando el Bajo oeste hundido en su propia basura, ¿o no te acordás de que la gente en los kilómetros arrojaba toda la porquería al lago?

—Cómo olvidarlo, si las dos andábamos a los gritos pelados detrás de los vecinos, querida, cero conciencia ciudadana.

—Me acuerdo de eso, hermanita, pero estoy tratando de contarle a Ailén...

—¿Acaso no ves que la chica está ocupada en llenar el formulario, no en escuchar viejas historias de la ciudad?

—Igual, supongo que no vive dentro de un taper, quiero decir: si vive acá, tiene que conocer estas cosas.

—¿Qué cosas? ¿Sobre la huelga de los cartoneros o sobre la última revuelta contra el muro?, porque son dos cosas distintas...

—¿Te interesa todo esto que te estamos contando, Ailén? —preguntó de pronto una de ellas, la cabeza un tanto ladeada, interpeándola abiertamente.

Ella se levantó de hombros.

Mientras las escuchaba dialogar pensaba que, aunque las hermanas tuvieran un corte de pelo diferente —de hecho Ayelén tenía un flequillo que continuamente peinaba con sus manos hacia los costados, cuando éstas no estaban ocupadas en sostener los anteojos para la presbicia—, el hecho de que ambas fueran completamente canosas y tuvieran el cabello corto tendía a hacerlas más indistinguibles.

—¿Y qué quiere decir eso? —volvió a preguntar Amancay, imitando el movimiento de hombros que ella acababa de hacer.

—Sea sobre el muro o sobre los cartoneros y los chalecos rojos, es todo lo mismo... —respondió ella, soltando por fin una leve sonrisa.

—No, no es lo mismo —corrigió Ayelén.

—Bueno, entonces empecemos por lo del muro y las culpas de mi padre —sostuvo Ailén, tratando de

contener el tono por momentos burlón que se le filtraba en la voz.

La mujer esbozó una sonrisa de complicidad.

—Sigo, entonces...

Ailén asintió y, con un gesto de resignación, abandonó la birome sobre el formulario.

—¿Vos te acordás, Ayelén, de que hubo ataques de pánico en las zonas del Bajo oeste y en los primeros kilómetros de la costa del lago?

Ayelén negó ostensiblemente con la cabeza mientras se acomodaba el flequillo, tratando de despejarse la frente.

—Vos no te acordás —sostuvo Amancay, levantando el dedo índice—, pero en ese entonces corría el rumor de que había grupos de saqueadores que se preparaban para invadir el Bajo oeste,;decían que iban a vaciar supermercados, tiendas y chocolaterías y vaya a saber cuántas cosas más, porque la imaginación de esos días era... ¿cómo decirlo? Desbocada...

—¿Desbocada? ¿Te parece? —preguntó Ayelén con una sombra de duda en los ojos.

—Sí, sí, ¿cómo no te acordás? —insistió la otra—, si incluso en el kilómetro cuatro se repartieron volantes con instrucciones bélicas acerca de qué hacer en el caso de que las hordas del Alto invadieran el Bajo y se aventuraran por los kilómetros, adentrándose por predios y residencias.

—¿Pero eran saqueadores o cartoneros?

—Bueno, para ellos era lo mismo. Al final era todo un disparate, lo único que había eran grupos más o menos

organizados que no querían el muro, y otros que además pedían por pan y trabajo, como siempre, pero no daba para pensar que estábamos en vísperas del Gran Malón...

La otra hermana se mantuvo en silencio, con la mirada perdida, como si buscara hacer un esfuerzo suplementario y recordar la situación evocada.

Ailén miró su reloj con preocupación. Comprendió que, si no completaba el formulario y partía en diez minutos hacia el centro, tampoco llegaría a presentar ese día la solicitud de mudanza. Sin embargo, sabía que la charla entre las dos hermanas estaba lejos de haberse agotado.

Entretanto, Ayelén se decidió, volvió a mirar a su hermana y negó dos veces con la cabeza, sosteniendo los anteojos entre las manos.

—No, no me acuerdo —dijo finalmente antes de acotar—: ¿estás segura de que no fue otro de los tantos falsos rumores?

—No, no fueron solamente rumores; en algunos barrios los vecinos habían empezado a pagar por su cuenta a la policía, fantaseaban con una invasión inminente.

—No, no me acuerdo.

—Hacé memoria, Ayelén, no es que siempre estuvieron los policías con sus chalecos anaranjados velando por tu seguridad, custodiando la esquina de tu casa.

—Te juro que no me acuerdo.

—En un campo de golf, por ahí, en el kilómetro diez, hasta se ensayó un cinematográfico plan de evacuación, con helicópteros y rescatistas.

—¿Estás segura? —pregunta Ayelén con el ceño fruncido.

—Salió en la tapa de los diarios.

—¿En serio? No, no me acuerdo nada de eso...

Las mellizas volvieron a fijar la mirada sobre ella. Ailén seguía el intercambio con atención, sin dejar de pensar en todas esas palabras que transitaban y daban forma coloquial al lenguaje de las hermanas, mientras ella continuaba sentada allí, paralizada y con el formulario incompleto entre sus manos.

—Pero fue todo un gran invento, Amancay.

—Si fue así, funcionó de maravillas.

—No quita que todo fuera falso...

Gran Malón, chocolaterías, invasión inminente, ¿en verdad era eso lo que pensaba la gente durante aquellas tardes de domingo, cuando sus primas y ella bajaban a recorrer el centro, caminaban y fumaban por la calle o se sentaban silenciosas en una chocolatería para terminar el paseo junto al lago enorme, arrojando piedras, viendo quién de todas hacía mejor los patitos sobre el agua transparente y prometiéndose que algún día de verano verían el amanecer desde la orilla del lago?

Mientras más escuchaba a las mellizas, que parecían ser una cantera infinita de recuerdos, Ailén sumaba más preguntas y desconciertos.

—¿Por qué el restaurante se llama “Las Cacerías”? —había preguntado tiempo atrás a una de las mozas que trabajaban también en el turno noche.

—Me parece que es el nombre de un poema, pero no me acuerdo de quién —respondió la joven—. Ya vas a ver la biblioteca enorme que tienen las mellizas, son amantes de la poesía...

—Ya lo sé...

—También se las conoce con el nombre de “las amantes del lago público”.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella con genuino interés.

—Forman parte de una asociación de defensa de la costa del lago.

Ailén entrecerró los ojos, hizo memoria y recordó entonces algunas frases sueltas de las mellizas, aquella noche en que le contaron la historia de su familia.

—¿Y de quién hay que defender el lago, si después de todo siempre estuvo del lado oeste? —dijo ella en voz alta, con un tono inquisitivo.

El día en que finalmente se instaló en la casa de las mellizas y cenaron las tres juntas por primera vez en aquel amplio comedor cargado de muebles de roble y de fotos antiguas, aunque matizando el tono, Ailén repitió la misma pregunta.

Hacía un buen rato que habían terminado de cenar, ya habían despejado la mesa y ella se aprestaba a despedirse para pasar su primera noche del lado oeste.

Las mellizas Acevedo le devolvieron una mirada cargada de perplejidad.

—¿De quién hay que defender la costa del lago? —repitió una de ellas.

Antes de que Amancay comenzara a responder, esta vez su hermana se le adelantó. Comenzó contando que era cierto que desde hacía años ambas formaban parte de una asociación de defensa de la costa pública del lago. Había sucedido unos años después de que se levantó el muro. Al principio fueron unas pocas construcciones irregulares, algún que otro muelle privado sobre la costa pública, en un rincón poco accesible, por donde casi no transitaban vecinos y mucho menos turistas. Hubo algo de escándalo, críticas de vecinos inconformes, alguna que otra denuncia aislada ante las autoridades, pero nada había pasado a mayores. Pronto, la gente parecía haberse olvidado. Después de todo, quién se iba a detener en esas minucias, si el lago era ancho y parecía haber espacio para todos... Pero en los últimos años las construcciones irregulares y los cerramientos se habían multiplicado. Ahora había cada vez más muelles privados y rellenos de la línea costera invadiendo la cota máxima, cerrando el paso a la playa e impidiendo la libre circulación por la costa. Todas parecían pequeñas transgresiones, actos minúsculos, casi irrelevantes, pero el conjunto o la suma de todas esas transgresiones realmente asustaban. Había kilómetros y kilómetros de ribera que antes era utilizada con fines recreativos y que ahora se habían convertido en playas privadas.

Amancay se levantó de la silla y fue a buscar la botella de grapa. Con una sonrisa pícaro, agregó:

—Es una grapa muy especial, hecha de pera Williams, un viajante me la trajo ayer de regalo.

Su hermana le devolvió una mirada reprobatoria, pero luego de un instante volvió el rostro hacia Ailén, hizo una mueca de resignación y aflojó el gesto, adoptando un rictus afable.

Mientras Amancay servía la grapa en unas pequeñas copas de cristal, Ayelén retomó la palabra.

La suma de todas esas transgresiones iba mostrando que, en verdad, ese lago que ella creía que estaba allí desde siempre, para ser disfrutado por la gente que habitaba el lado oeste de la ciudad, era ancho y cada vez más ajeno. Luego agregó que ya habían ocurrido varios episodios de violencia con guardias privados en los kilómetros, sobre todo con esas jaurías que custodiaban la entrada o salida de los espacios públicos, ilegalmente ocupados o cerrados. Hacía menos de tres meses había sucedido en Bahía Serena, nada menos que a unos pasos de donde vivían ellas, ahí en el 325 de la calle Vespucio. Parecía una provocación, una burla directa... Un vecino había clausurado una bajada a la playa, erigiendo un paredón con la anuencia explícita del poder municipal... Un mes atrás, antes de que ella se mudara, habían organizado una acción de protesta exigiendo la demolición del paredón, pero todavía no habían logrado una respuesta positiva de las autoridades.

—Por más acciones de defensa de lo público que hagamos, todo parece ser insuficiente —concluyó amargamente Amancay, mientras se levantaba de la silla—. Por cada cerramiento que logramos retrotraer, hay tres paredones más que se levantan...

Luego la mujer dio unos pasos, tomó con decisión la botella de grapa, la tapó y sin decir una sola palabra la devolvió a su lugar de origen, en la parte alta del bargueño del comedor. Acto seguido, saludó con un sonoro “Buenas noches a ambas”, agitando varias veces la mano derecha, mientras Amancay permanecía sentada, muda, con la mirada congelada en el lugar donde instantes antes había estado la botella.

Esa noche Ailén se deslizó entre las sábanas tibias de su nueva cama pensando en cuántos otros muros parecía haber en la ciudad de los cuales ella no estaba enterada.

Al día siguiente, su primer domingo en la casa con las mellizas, se levantó temprano, se dio una ducha con agua bien caliente y luego se dirigió hasta la casa principal, donde encontró a Ayelén preparando el desayuno para las tres.

—¿Cómo está el lago, Ailén? —preguntó la mujer después de saludarla, mientras servía el café y comenzaba a rebanar un budín casero.

Ella la miró sin ocultar su sorpresa.

—No te hagas problemas —explicó, mientras le ofrecía una porción del budín—. Es una pregunta, un ritual

que desde hace muchos años repetimos todas las mañanas con mi hermana...

—Ajá, ¿y qué se supone que diga yo? —respondió ella.

—Nada. Si querés responder, mirá el lago; y si no, no digas nada...

Ailén hizo unos pasos y se paró frente al amplio ventanal. Una lluvia fina caía sobre la superficie brumosa del lago. Hizo un esfuerzo de concentración.

—Llueve y el color es bastante indefinido...

—¿Seguro? Mirá mejor, algún color debe de tener... —desafió la otra.

Ailén frunció los labios, siempre mirando el lago, mientras recordaba que allá en la estepa el mismo lago solía presentar un color más contundente.

—Parece que tiene un color verdoso, tal vez sea por el reflejo de los cerros —arriesgó a decir unos minutos más tarde.

—¿Conque verdoso? Ajá... Decime, ¿te gusta la poesía, Ailén? A tu padre le gustaba, al menos en otra época... —dijo Amancay.

Ailén volteó la cabeza, volvió sobre sus pasos y tomó nuevamente la taza de café que había dejado sobre la mesa.

—¿Y cuál es el poema que inspiró el nombre del restaurante?

—¿“Las Cacerías”? ¡Ah! Es un poema de Amelia Biagioni. Tenés buen gusto, ya te lo busco.

Ayelén se dirigió a la biblioteca y comenzó a buscar en uno de los anaqueles. Al rato regresó con un libro pequeño, de tapas rústicas. Le pidió a Ailén que tomaran juntas el café y que pasaran a los sillones del living. Luego se plantó en medio de la estancia, sobre una alfombra colorida con motivos indígenas.

—Éste es el poema, escuchá...

La voz cristalina y firme de Amancay adoptó entonces una entonación casi musical que Ailén nunca antes le había escuchado. Las pausas eran cortes profundos, que iban imprimiendo al poema un ritmo vertiginoso.

“Jinete / exhalando / caballo urgente / designio / chaqueta de amaranto entrecortado / rojo verde rojo verde / por el bosque de la persecución / jauría que fue lobo que fue piedra / zigzag oval / ojo de amante ojo de tumba / meta demente sabio estampido estampido, / el cazador / señor furtivo dueño ajeno / surge desmemoriado / de una remota danza. /

Mirando bien como lo miro, / este perdido terco bailarín / este cadente este arrojado / este que salta cazador en trance / con su olvidado rojo sol / su interminable verde vértigo / su agudo monosílabo / penetrando en la víctima / apenas es un sueño de la víctima.”

—¿Te gusta? —preguntó entonces Ayelén, deteniéndose un instante, levantando apenas los anteojos.

—Me encanta, está cargado de imágenes y sonidos hechizantes —respondió Ailén, sin dejar de contemplar la caída suave de la lluvia sobre el lago.

Ayelén le devolvió una sonrisa de agradecimiento y continuó leyendo.

“Desde tótems lo miro / durante un trébol / desde pirámides y cúpulas / desde embudos y túneles / desde lunas inversas: / repite su pasaje / mientras el orden / el tramador el providente / dorándolo velándolo / con cielos y trompetas / lo ubica en su tapiz.

”Durante el pensamiento / repite su pasaje / cruzándose consigo / inmutable mutando / por siempre en mora en hora en anticipo.

”Durante la pasión / repite su pasaje / múltiple doble solo / por hélices centro rayos.

”Durante agónicos / repite su pasaje / desde lo cruento / retornando / detonación persecución designio.”

Desde el amplio ventanal del chalet donde las mellizas Acevedo viven desde hace varias décadas, rodeado de araucarias y cohiues, cuya sombra y protección perenne podía experimentarse de modo diferente según el nivel de la casa en el cual se hallara, Ailén escuchaba cómo Ayelén interpretaba el poema, mientras afuera la lluvia iba sumergiéndose tenuemente dentro de las aguas penumbrosas del lago y un delicado arco iris asomaba fugazmente en el horizonte.

”Durante un alma o álamo / repite su pasaje / en ascenso en descenso / detrás y delante del Todo.

”Desde mi límite lo miro / con su mira en mi párpado / y advierto / lumbre niebla lumbre / mi presa huyendo fiel por ondas, / y soy y voy / jinete /

exhalando / cabellera de hoguera / caballo en apogeo / remolino / fatalidad / opción / zigzag / jauría / chaqueta de amaranto entrecortado / rojo azul rojo azul / por los árboles índigos / yo porfiante / con ojo / metal / estampido estampido / persiguiendo / por/danza / bosque / sueño / cielo.”

Escuchó el final subyugada, feliz, satisfecha. Por momentos sonreía y volvía a mirar sumisamente la superficie cada vez más vaporosa del lago a causa de la lluvia, y pensaba que nunca como en esa mañana, tan perfecta, tan redonda, tan colmada de sensibilidad y de belleza, había sentido que el lado este quedara tan lejos.

Intramuros



–Un tornado –le dice a su marido desde el celular, replicando el mismo tono de incredulidad que utilizó momentos atrás cuando hablaba con su padre, aun si, a medida que discurren sus palabras, va virando de la incredulidad a una sensación que mezcla fastidio y desasosiego–. Eso cree, que fue un tornado el que saltó el muro, entró violentamente a su casa, se le coló entre las habitaciones, le robó el poco dinero que guardaba escondido en unos frascos viejos, las alianzas de casamiento y le disparó un tiro que, por suerte, fue a pegar al cielorraso.

–No te equivoques, pegó contra el piso de cerámica –corrige el marido del otro lado y agrega–: ¿O acaso no te das cuenta de que tu padre lo repite todo el tiempo?

Ella asiente del otro lado del teléfono. Su marido agrega enfáticamente que, además de un par de perros guardianes, como ella insiste tanto, habría que conseguirle apoyo terapéutico, ya que esas situaciones pueden dejar marcas, huellas traumáticas, aunque su padre sea bastante opaco y no exteriorice nada.

Sandra vuelve a asentir y aprovecha para preguntarle qué está haciendo. Él responde que, como todos los jueves, ya está por arrancar con el partido de tenis.

Luego de despedirse, Sandra parpadea un instante, deja su celular a un costado y pulsa la llave de arranque de su camioneta cuatro por cuatro. Tiene que recorrer varios kilómetros, buscar a su hija que está en la escuela de danza clásica y, después de eso, pasar por el restaurante que alquiló para festejar el cumpleaños número cincuenta del marido.

Al salir de la comisaría le echa una ojeada al muro, casi sin verlo, como si lo llevara incrustado en su retina y formara parte del fondo mismo de sus ojos. Vuelve a pensar en su padre, mientras sus labios adoptan un rictus de preocupación.

Está segura de que, además de no querer ningún perro guardián, de la raza que fuera, su padre tampoco aceptará la ayuda de un psicólogo. Siempre fue refractario a esas cuestiones. Se muerde los labios un instante y vuelve a resoplar ruidosamente contra el vidrio, mientras toma por la avenida de la costanera y comienza a bordear el lago. La molestan esos sentimientos, esa inseguridad en sí misma en todo lo que involucra al padre, esa falta de certeza que la acosa cada vez que piensa cuáles serían los mejores modos de hacerse cargo y protegerlo, reverbera, cuando está llegando al kilómetro siete, cerca de Playa Antigua. Casi no hay tránsito a esa hora de la tarde, así que, sin salir a la banquina, aminora la velocidad y dobla por

un camino asfaltado que se abre por la derecha. Doscientos metros más adelante, en medio del follaje rojo carmesí que irrumpe desde los notros y los árboles de lenga, ve aparecer la fachada de la escuela de baile.

Se recuesta sobre el asiento para descansar cuando ve la figura de su hija que se asoma en la puerta de la escuela. Irina saluda a las amigas y viene corriendo hacia la camioneta. En cuanto se acomoda en el asiento del acompañante, antes de que ella vuelva a poner el vehículo en marcha, la oye resoplar ruidosamente y fijar la vista sobre el parabrisas, como si buscara talar el vidrio y fundirse en el paisaje rojizo del otoño, replicando sin darse cuenta el mismo gesto que ella hizo sólo unos minutos atrás.

Media hora después, mientras su hija explora los rincones ocultos del restaurante “Las Cacerías”, ella supervisa el servicio de catering con Amancay, una de las dueñas, el cual incluye una tabla de fiambres, varios tipos de bruschettas y patés, y dos perniles de ternera, flambeados, con todos los condimentos, asados a la llama de leña. La mujer la tranquiliza asegurándole que todo está en orden, que no tendría que haberse molestado en venir personalmente, todo podría haberse resuelto por teléfono.

Luego de despedirse sube a la camioneta, vuelve a tomar por la avenida de la costanera, sobre el lago, y ahora dobla a la izquierda en el kilómetro 4-200. A poco de avanzar, emergen dos globos blancos entre los coihues, similares a dos iglúes, donde están las can-

chas de tenis a las que suele ir su marido. Ella también acostumbraba ir. Hace un esfuerzo, ya ni se acuerda de cuándo fue la última vez que jugaron juntos; debería retomarlo, hacer un poco más de deporte, se dice a sí misma sin mucha convicción. Es cierto que cada tanto juega tenis en dobles, pero se aburre, el juego es lento, sus amigas tienen miedo de lesionarse o han engordado demasiado. En cuanto a su marido, hace rato que él va a jugar por su cuenta. Dos veces por semana, hacia el mediodía, se palmea la panza incipiente, carga el bolso con las raquetas, las pelotitas y las zapatillas, todo un mundo hecho de sonoras marcas deportivas, levanta el pulgar, acompaña con una mueca o una sonrisa, según las circunstancias, y dice mi amor, me voy para mantenerme en forma.

Está llegando a la vinoteca mientras piensa que, si logra liquidar el asunto en unos quince minutos, tal vez tenga tiempo de retirar la ropa de baile de Irina y, de paso, podrá hacer un salto hasta la veterinaria y comprar el alimento dietético para el gato, algo que su padre le viene reclamando desde hace varios días.

En la vinería le toca elegir entre un vino de la zona de El Chañar, que le han recomendado, o bien un vino del Valle de Uco. En voz alta, casi sin darse cuenta, Sandra comienza a decir que en las últimas vacaciones ella y sus hijos viajaron a Mendoza y recorrieron la Ruta del Vino, un verdadero paraíso de refinamiento y buen gusto. La empleada, una mujer

bajita y más bien menuda que oculta una remera escotada debajo del chaleco azul fosforescente, asiente, y agrega que en Mendoza se producen excelentes vinos y que hay unas bodegas fabulosas, incluso mejores que las del valle de California.

La evocación de aquellas vacaciones que pasó junto con sus dos hijos la impulsa a elegir el vino y el champagne de esa región. Paga con la tarjeta de crédito y se despide de la muchacha, luego de que le confirman que ellos se encargarán de llevar las cajas al restaurante, sin cargo alguno.

Ya no le queda casi nada pendiente, puede respirar tranquila, se dice, cuando está por pulsar la alarma y abrir la puerta delantera de la camioneta. Sin embargo, antes de subir al vehículo no puede evitar volver a mirar hacia el costado, ahí justo donde emergen los dos grandes globos blancos. Siempre consideró que esa estructura tan llamativa –dos iglúes en medio de los coihues eternamente verdes– era muy extemporánea para el lugar, aun en pleno invierno y en medio de la nieve. Ahora que abandona la vinoteca y vuelve a fijar la vista sobre ellos, piensa que se parecen a dos pechos gigantes, inflados de siliconas.

Resuelve regresar al terreno del pensamiento práctico y recorre con la mirada la playa de estacionamiento, pero no ve el auto de su marido, un Volkswagen Bora, color metalizado, con chapa terminada en 234. Qué extraño, piensa, debe de haber estacionado en otro lugar, mientras abre la puerta del vehículo donde

su hija duerme la siesta, abrazada a su mochila rosada como si fuera el último oso de peluche sobre la tierra.

Observa a unos vigilantes con la pechera amarilla fosforescente que caminan por el lugar y a quienes saluda moviendo apenas la cabeza. Está por subir a la camioneta cuando decide que no puede resignarse tan fácilmente, aunque esté con poco tiempo y todavía tenga que volver al centro. Tiene muy en claro que no hay otra playa de estacionamiento en el lugar y por eso vuelve sobre sus pasos y entra directamente al club.

Tardan en atenderla y ya comienza a impacientarse. Finalmente, ve llegar un hombre que viste la pechera azul y avanza a paso demorado. El hombre se pasa la lengua entre los dientes mientras mueve ostensiblemente la boca hacia los costados, confirmando con ello que acaba de ser interrumpido en la hora del almuerzo. Masculla un saludo, casi sin mirarla, se sienta y abre con desgano el registro que contiene la programación hora por hora de las canchas de tenis. Conoce al señor Melucci, estuvo hace tres días, pero hoy, lo que es hoy, le contesta, ahora sí de modo enfático, y en ese preciso horario, no está jugando en Los Globos.

Sandra lo mira con desconfianza y le pregunta si está seguro.

—Segurísimo —asiente el otro—. Si quiere, puede pasar a las canchas y comprobarlo usted misma —agrega sin pestañear.

Ella ensaya una sonrisa de compromiso y le dice que a lo mejor se equivoca y su marido fue a jugar a otro lugar.

—Puede ser —le contesta el otro mientras cierra el cuaderno—, pero acá sigue viniendo todos los lunes, y nada más que los lunes —acota antes de que ella haya transpuesto el umbral de la puerta.

Su hija se despierta cuando ella arranca la camioneta y le cuenta que tuvo un sueño con el abuelo. Escucha lo que tiene para contarle Irina: en el sueño el abuelo es un mago y hay unos globos blancos gigantes que recorren la superficie del lago y finalmente se toman toda el agua, hasta vaciarlo.

Cuando escucha la mención de los globos, Sandra esboza una sonrisa amarga.

Parece que esos globos le están enviando un mensaje, se dice, mientras recorre velozmente los kilómetros rumbo al casco urbano y le promete a su hija que ambas irán a visitar al abuelo antes de que caiga la noche y le pedirán que haga unos trucos de magia para poder contrarrestar la acción vaciadora de los globos sobre el lago.

Acaba de recibir una llamada telefónica de su padre que le confirma que ha regresado a su casa sin problemas.

—¿Y entonces? ¿Pudiste reconocer al asaltante? —suelta ella con un tono ambiguo; consciente de que no es el

mejor modo de volver sobre el tema. No se olvida de que el joven al que tenía que reconocer su padre yacía en una morgue judicial.

—Imposible, después de que te fuiste, no volvieron a atenderme —responde él con tono monocorde, pero enseguida agrega, cambiando el registro de voz a otro más agudo—: ¿Compraste el alimento para el gato?

Ella se sonríe y le dice que no se olvidó, que está en eso, que ahora anda por el centro de la ciudad haciendo las últimas compras.

Luego de finalizar la llamada, vuelve a mirar hacia el lago cuyas aguas tranquilas ofrecen un color celeste más claro que de costumbre. Es un día soleado de otoño y la sombra de los cerros se refleja de manera perfecta sobre la superficie de las aguas.

Sandra vuelve a reflexionar sobre su padre. No sabe si podrá volver a visitarlo ese mismo día, quizá le pida a Santiago que vaya a hacerle compañía, aunque más no sea por una sola noche, piensa, ya que lo mejor es no dejarlo solo consigo mismo, lo mejor es impedir que en esas extrañas volteretas que da su cabeza termine atrapado por los fantasmas y las voces de otras épocas. La última conversación que mantuvieron en la comisaría le trajo la confirmación de una doble sospecha, no sólo acerca de la ola de robos que en los últimos meses afecta el oeste amurallado de la ciudad —algo que más o menos ya sospechaba todo el mundo—, sino sobre los delirios paternos que ahora hablan de un supuesto tornado que la familia

habría soportado en la estepa, allá lejos, por la noche de los tiempos. Mientras vuelve a ponerse los anteojos de sol, pues la luminosidad de esa hora otoñal todavía la encandila, se dice que todo eso no augura nada bueno. Verá cómo se las arregla para convencer a su hijo.

La vida de Orestes Maggioranza no ha sido fácil desde que perdió el empleo en el banco, durante la segunda gran crisis, luego de treinta años de trabajo. Había logrado sobrellevar con éxito la primera gran crisis financiera, la cual produjo la quiebra de numerosos bancos. Paradójicamente, la primera gran crisis lo había preservado e incluso beneficiado pues, vaya a saber cómo o por qué artilugios desconocidos, su padre logró evitar un nuevo traslado, algo que ella nunca dejaría de agradecer lo suficiente. Para ese entonces, hacía más de tres años que vivían en el Bajo Quimey y ella, que ya era toda una adolescente, se había hecho de grandes afectos. Nunca le había gustado andar mutando de amigos, escuela y paisaje cada tres o cuatro años siguiendo la estela de un nuevo banco, aun si el horizonte previsible de las mudanzas pudieran ser las diferentes localidades de la Patagonia. Cada ciudad, cada geografía, era un mundo en sí mismo, desconectado de los otros, y Sandra había aprendido que las amigas y los potenciales amores que abandonaba en una localidad, aunque ésta estuviera distante treinta o cincuenta kilómetros, se perdían para siempre. En aquel tiempo en el cual creía haber encontrado su

lugar en el mundo, estaba decidida a defender Villa Quimey con uñas y dientes.

Años después, llegó la segunda gran crisis. Aun peor que la primera, la crisis engrosó de manera vertiginosa el ejército de pobres y desempleados que acechaban las tumultuosas calles de la ciudad. Por un tiempo, no hubo temporadas altas ni buses cargados de turistas. Incluso el pomposo centro internacional de esquí se mantuvo llamativamente silencioso y hubo quienes propusieron cerrarlo como medida preventiva, ya que eran numerosos los sin techo que solían buscar refugio en los teleféricos vacíos. Para colmo, ese mismo año las cenizas del volcán terminaron con los animales de la meseta, y muchas familias comenzaron a llegar a la localidad, huyendo de la hambruna inevitable. Un temor espeso se había instalado en las cercanías del lago, donde el número de delitos violentos había escalado tanto como los dispositivos de seguridad que circundaban las zonas ricas. En una de las nuevas volteretas del mercado, un veloz proceso de fusión entre diferentes instituciones bancarias hizo que su padre quedara afuera, antes de lo previsto por cualquier jubilación honrosa. El banco para el cual había trabajado de modo abnegado por más de treinta años, aceptando sin chistar todo tipo de mutación y destino, lo dejaba ahora en la calle mediante un telegrama en el que lacónicamente se le comunicaba que la institución había decidido “extinguir” la relación laboral.

Su padre todavía estaba buscando el mejor modo de asimilar las diferentes conjugaciones del verbo “extinguir” cuando dos meses después su esposa murió de modo sorpresivo de un aneurisma cerebral. La deformación en una zona de debilidad en una arteria cerebral, con forma de globo, le produjo una ruptura fatal cuando apenas había cumplido los cincuenta años. No había habido síntoma alguno, más allá de la súbita cefalea que la había aquejado horas antes de caer en un estado de somnolencia, para luego pasar sin solución de continuidad al coma profundo.

Sandra se recuerda en estado de shock, con la mirada vidriosa y la boca seca y semiabierta, de cara a la ventana del tercer piso del hospital zonal, aguardando en una sala de espera el diagnóstico del equipo médico, del cual formaba parte también su marido. Desde esa misma ventana, todavía perpleja y con el temblor recorriéndole el cuerpo, vio asomar el gran paredón, alto y desafiante. Devastado por la noche en vela, sin poder salir de su asombro, su padre se había retirado a descansar unas horas, y aún no había regresado.

En el preciso instante en el cual uno de los médicos le notificaba que su madre había fallecido, varios obreros enfundados en un chaleco azul brillantado alzaban los brazos mientras iban disponiendo cuidadosamente el alambrado perimetral sobre la pared del muro, ya casi terminado. Era un 15 de abril, jamás podría olvidarlo, y detrás de los obreros, hacia el fondo, en medio de la fría siesta patagónica y tras los prime-

ros manchones de nieve, se entreveía todavía el follaje rojo carmesí del otoño.

Recibe una llamada que le genera un ligero disgusto. Una voz aniñada y nerviosa acaba de decirle que dejó olvidada su agenda en “Las Cacerías”. Ella suelta un lamento y de inmediato añade que no sabe si podrá ir a retirarla esa misma tarde. Vaya a saber dónde tiene la cabeza esos días, piensa antes de cortar la comunicación, con todos los preparativos para la fiesta de su marido.

Luego se aferra al volante del vehículo y vuelve a exhalar un ruidoso suspiro. Siente que esa llamada volvió a colocarla en su centro, ayudándola a reencontrarse con el motivo original de sus preocupaciones, pese a que todavía son numerosas las preguntas que siguen bailoteando en su cabeza. Algunas vienen de lejos, otras no tanto. ¿Tendrá sentido esa enorme y costosa fiesta sorpresa que tan cuidadosamente ha venido preparando para homenajear a su marido? Son cincuenta años, cinco décadas completas, un contundente bloque de medio siglo que pende como una pesada línea de fondo, como expresó con calculada crueldad días atrás su hijo Santiago.

Hacía poco tiempo una de las hermanas Acevedo, Amancay, le había dicho que no se hace fácil cumplir cincuenta años, ya que a esa edad sabemos con certeza lo que somos y lo que seguramente seguiremos siendo, hasta el final de nuestros días.

Ella trató de mostrar una sonrisa amable. Estaban en uno de los tantos eventos musicales organizados por la escuela de danza de Irina.

—¿Es ésa una forma de decir que somos más pasado que futuro? —preguntó entonces.

—Querida, es una forma de decir que al llegar a los cincuenta años ya no podemos hablar de potencialidad, somos lo que hemos hecho de nosotros, mal o bien, no hay más lugar para las promesas.

—¿Eso quiere decir que, en tu opinión, a los cincuenta años no puede haber cambios importantes, golpes de timón en nuestras vidas? —volvió a insistir ella.

La mujer buscó completar su razonamiento.

—No digo que no se pueda cambiar; en todo caso, como afirma el dicho, se puede empeorar, ¿no? Pero no me parece que haya posibilidad de grandes cambios en términos de proyecto de vida.

Ella parpadeó un instante; no estaba de acuerdo del todo, pero prefirió cambiar de tema de conversación.

Conocía a las mellizas Acevedo desde hacía muchos años. En realidad, resultaba difícil que alguien no supiera de ellas, pues mellizas había pocas en la ciudad, y mucho menos de esa edad. Como ellas mismas solían bromear, eran antediluvianas, un objeto de curiosidad prehistórico, anteriores a la era de la inseminación artificial, la cual había marcado una inflexión en la tasa local de natalidad, además de la multiplicación serial de trillizos, cuatrillizos y quintillizos incluidos,

que fueron a engrosar los hogares y las escuelas de la costa oeste.

Pero, contrariamente a lo que había pensado, las hermanas Acevedo no eran tan añosas. Cuando Sandra mantuvo esa conversación, poco menos de dos meses atrás, acababa de enterarse de que habían cumplido cincuenta y cinco años. Claro que, vaya a saber si, por descuido o indiferencia, ellas aparentaban más. Aun así, resultaba difícil pensar que esas dos mujeres, que alguna vez habían sido rubias y llenas de sol, y que ahora mostraban el cabello corto y enteramente canoso, los ojos celestes y algo acuosos de fondo, detrás de gruesos anteojos de marco negro, tuvieran sólo cinco años más que su marido.

Sandra estaciona el vehículo frente a su casa, en el kilómetro tres, apaga la marcha del motor y se dispone a despertar a Irina, que duerme desde hace un largo rato. Antes de que se despierte de un sobresalto, como suele suceder cada vez que es ella quien se ocupa de sacarla del automóvil, escucha que alguien abre la puerta del lado del acompañante. Es Lina, una de las dos empleadas domésticas que trabajan en la casa. La mujer es de mediana edad, baja y de contextura robusta. Mientras la saluda con una voz, casi inaudible, y sin que ella sepa cuál es el secreto de su suavidad, abre los brazos y alza a Irina para llevarla todavía dormida hasta el interior de la casa.

Minutos después, Sandra ya está en la cocina. Abre la heladera, sondea con interés su contenido, hace una

mueca, vacila un instante y al fin elige una bebida saborizada que se sirve en un vaso alto. Detrás de ella escucha que Lina le dice que preparó canelones de verdura, que todavía están calientes. Sandra hace un gesto de agradecimiento y dice que no va a comer pastas, quiere evitar los carbohidratos, tal vez coma alguna fruta o un yogurt, no sabe muy bien, porque a decir verdad está inapetente y necesita descansar un rato.

¿Por qué diablos se le había dado por festejar el cumpleaños número cincuenta de su marido con una fiesta sorpresa? Sigue indagando en su cabeza, pero no logra acordarse del todo, como si en vez de encontrar la ancha arteria de la memoria estuviera detenida frente a un fino vaso capilar que exhibe una pequeña deformación, un globo cargado de olvido y a punto de romperse.

Era casi seguro que se le había ocurrido a lo largo de esa rara conversación que mantuvo con una de las mellizas Acevedo. Menos de un año atrás, ambas hermanas habían inaugurado un restaurante, al pie del cerro Azul, en el centro de esquí. Pasado el momento de incomodidad, luego del extraño intercambio sobre la promesa y la imposibilidad de cambiar el presente o el futuro a los cincuenta años, le siguió el instante de la alegría, cuando Amancay arrancó hablando de que ambas mellizas habían festejado su último cumpleaños en el recién inaugurado restaurante. Fue por esa razón que todo desembocó con



naturalidad en la idea de hacer la fiesta para Andrés en “Las Cacerías”. A ella le encantó la propuesta y cuánto más lo pensaba más genial le parecía, pues las mellizas Acevedo tenían fama de ser excelentes organizadoras, pese a lo bizarras que podían mostrarse en otros planos. Por ejemplo, sabía que en los últimos años habían iniciado una cruzada en defensa de las costas públicas del lago, y no faltaba quien las llamara irónicamente “las guardianas del lago público”. Más de una vez la habían invitado a participar de aquellas actividades y ella había asentido a medias. Algún día se haría un tiempo e iría, aunque fuera un rato, con tal de complacerlas.

—Tengo que hablar con usted —le dice Lina, su empleada, con un tono de voz bajo y melodioso.

No sabe cuánto tiempo hace que la mujer aguarda parada en un rincón de la cocina, ya que ella anduvo perdida en sus divagaciones. Asiente de modo mecánico mientras termina de vaciar el vaso de bebida saborizada, pero antes de que la mujer suelte una palabra más escucha sonar su teléfono celular.

—Un momentito, Lina, ya estoy con vos —dice entonces, más despabilada, deteniéndola con el brazo, mientras se dispone a responder el llamado.

No sabe por qué, pero de inmediato piensa que es su padre, siente temor, cree que algo más puede haberle ocurrido.

La mujer desaparece silenciosamente de su horizonte visual, justo cuando ella gira la cabeza y con-

templa el jardín desde la ventana de la cocina. Es el momento de esplendor del otoño patagónico, cuando las hojas se van acumulando una tras otra sobre la tierra húmeda, tiñendo de tonos rojos, amarillos y ocres el paisaje.

Sin embargo, se equivoca: esta vez no es su padre, sino su marido.

¿Cuándo y por qué diablos, volvía a preguntarse, se le había ocurrido hacer esa maldita fiesta sorpresa en honor a su marido? Antes de que pueda volver en sí, luego de la conversación que mantuvo con Andrés, recuerda que días después de hablar con Amancay había subido a su automóvil para recorrer los kilómetros hasta llegar al restaurante de las dos hermanas. Tal como había imaginado, el restaurante estaba puesto con muy buen gusto, aun si lo encontraba un tanto minimalista. Se los dijo sin ambages.

—Querida, quisimos hacer algo distinto —había aclarado entonces Ayelén.

—No queríamos una decoración barroca, como se estila en estos lugares —había explicado Amancay, mostrándose más condescendiente, sin dejar de morder la patilla de sus anteojos—. Restaurantes cabeza de ciervo les llamo yo, ja ja —agregó luego con un gesto de complicidad dirigido a su hermana.

—Buscábamos la pureza de los colores primarios, la armonía de las líneas rectas, como esas sillas de diseño

rojas que ves allá, que van alternadas con las otras negras –agregó la otra sin dejar de mirar a Sandra.

Sandra gira la cabeza, buscando abarcar con la mirada la parte principal del restaurante. Le gustaba lo que estaba, incluso cuando habría preferido algo menos austero, con un toque de calidez otoñal.

–Fijate el detalle de las lámparas –siguió indicando la mujer.

–Las lámparas tienen un diseño precioso –respondió ella.

–Cierto, el diseño está inspirado en las fases de la luna y en los contrastes entre la luz y las sombras; son de un diseñador muy famoso, pero pudimos conseguirlas a muy buen precio, ¿cierto, Amancay?

–Y en los colores que nosotras queríamos, que no era fácil.

–¿Qué colores buscaban? –preguntó ella por curiosidad.

–Rojo, verde, rojo, por el bosque de la persecución –recitó rápidamente Ayelén.

Sandra miró a la mujer con perplejidad.

–Es el verso de un poema, querida, no le hagas caso –explicó Amancay con una sonrisa tenue y un gesto breve.

Ella asintió una vez más y de pronto, casi sin proponérselo, comenzó a repetir frente a las dos hermanas:

–Rojo, verde, rojo, por el bosque de la persecución...

Las mellizas le devolvieron una sonrisa de genuina simpatía, las pupilas súbitamente encendidas.

–Parece un poema inspirado en el otoño patagónico, ¿no es cierto? –dijo entonces, estirando la comisura de los labios, mientras buscaba otra vez el asentimiento de las hermanas.

Había acordado con las mellizas el menú y el servicio, aun si ella debía encargarse de proveer la bebida. Decidió dejar una seña, pese a que las hermanas le habían dicho que no era necesario. Recién volvió a poner nuevamente los pies en “Las Cacerías” esa tarde de otoño, dos días antes de la gran fiesta, para confirmar que todo estuviera en orden.

Sandra esboza una sonrisa amarga. ¿Por qué diablos se había metido de cabeza con tantos compromisos, si además de la fiesta hubo que garantizar el efecto sorpresa, después de armar y enviar las invitaciones a los innumerables amigos de su marido, que parecían multiplicarse como los panes de Cristo, sin olvidar además que ella tuvo que encargar un video de treinta minutos que resumía la vida de Andrés a través de diferentes fotos y de los testimonios de sus seres queridos? Nada original, era consciente, pero de todas formas había exigido algo de pasión conyugal y sobre todo mucho tiempo y esfuerzo. Incluso le había pedido a Santiago que se ocupara él de hacer el video, sin éxito alguno.

–Sos vos la fisioterapeuta, mamá, no yo –había dicho Santiago con un sesgo indudable de ironía.

—¿Y qué tiene que ver eso? Hace muchos años que no ejerzo... —replicó ella, levantando los hombros.

—Igual, seguís siendo la especialista en rehabilitaciones...

Hubo un momento en el que ella realmente dudó si la idea de hacer una fiesta sorpresa era lo más adecuado y pensó en blanquearlo con su marido, pero la madre y una de las hermanas de Andrés la habían alentado a seguir por esa vía, e incluso se habían comprometido a ayudarla, aunque después se habían esfumado como nómades en el desierto y sólo cada tanto asomaran para preguntar cómo iban los detalles en la organización del “evento”, tal como lo habían denominado en la familia desde el principio.

Luego de confirmar su decisión, le hizo jurar a Santiago que no cometería ninguna infidencia y que mantendría el secreto bajo siete llaves.

—Decidí lo que quieras, yo no voy a interferir —había dicho su hijo, sobreactuando la indiferencia, sin mover el cuello, siempre de espaldas, con el rostro sumergido en la pantalla de la computadora.

—Gracias por la colaboración —había replicado ella, echando chispas por los ojos, mientras deliberadamente pisaba el botón de la zapatilla donde estaban todos los cables y enchufes de la computadora, desconectando la electricidad de la habitación.

De todos modos, sabía que el mayor peligro era Irina, aunque su hija había jurado más de una vez que no se le escaparía ni una sola palabra.

¿Cuándo diablos se le había ocurrido que lo mejor era hacer una fiesta sorpresa para celebrar los cincuenta años de su marido? Recuerda que días atrás le comentó a Andrés que se había encontrado con las mellizas Acevedo en el nuevo restaurante que ambas tenían, allá al pie del cerro, frente a los teleféricos. Quería sondearlo, tratar de desentrañar si sospechaba algo o si acaso Irina había soltado la lengua. O quizá había sido sólo un pretexto —poco eficaz— que traslucía la idea peregrina de decirle todo de una vez y acabar con ese estúpido secreto. El caso es que sólo había logrado sonsacarle a Andrés un par de comentarios irónicos sobre la acción de las mellizas que habían terminado casi en una suerte de discusión entre él y Santiago.

Sandra comenzó diciendo, como al pasar, que ambas mujeres llevaban a cabo acciones importantes en defensa de las costas públicas del lago.

—¿Te referís a las vestales del lago público? —preguntó Andrés, mientras largaba una interjección a modo de ironía.

Luego se había despachado con un largo discurso. En un punto, la indignación de las mellizas, sus idas y venidas por los juzgados, los amparos y denuncias contra los propietarios que construían muelles ilegales o

impedían el acceso libre a la ribera del lago, tenía algo de gesta admirable. Pero tampoco había que hacerse el estúpido o el ingenuo: nadie ignoraba que las costas del lago tenían dueño, y poca gente se escandalizaba por eso. ¿O en qué país se creían que vivían esas mujeres? ¿Quiénes creían ellas que eran los dueños de los lagos y de la cordillera? Había que ser realista, así eran las cosas allí y también en otras localidades de la cordillera.

Ella comenzó a morderse los labios, lamentándose de haber introducido el tema.

De igual modo, lo que hacían las mellizas estaba muy bien, había continuado Andrés como si no estuviera del todo de acuerdo consigo mismo y buscara relativizar sus propias conclusiones. Esas mujeres siempre lo habían enternecido, desde jóvenes habían estado llenas de buenas intenciones, le hacían muy bien a la sociedad, más aún, si no existiera gente así, como las mellizas, habría que inventarlas... Pero, a decir verdad, eso de andar con amparos o denuncias era como querer curar con Merthiolate y curitas a un herido de guerra que estaba desangrándose, agujereado por las balas.

—¿Y qué harías vos? —había intervenido Santiago entonces, que desde hacía unos instantes parecía seguir el monólogo de su padre desde un rincón del living.

Su padre abrió los brazos en forma de cruz.

—¿Qué podría hacer yo? No está dicho que sea yo quien dicte la ley o ejecute acciones de justicia poé-

tica en nuestra querida ciudad. Lo mío es de otro orden, soy médico...

—¿Entonces se trata solamente de encontrar la dosis exacta de anestesia para poder mantener dormido al paciente? —interrumpió Santiago, con un tono entre pícaro y burlón.

Sandra recuerda que un destello de rabia cruzó los ojos claros de Andrés antes de responder a su hijo con una suerte de sonrisa triunfal.

—Sugestivo, Santiago, sugestivo, aunque cargado de obviedad... Pero te equivocás, un anestesista sabe que lo esencial es asegurar un buen despertar en los pacientes. Ésa es la clave —soltó agitando el dedo índice.

—¿Y cómo sería el buen despertar acá, en Villa Qui-mey, según vos?

—Si querés saber, preciso el razonamiento.

Santiago se mantuvo imperturbable, mientras Sandra respiraba hondo y comenzaba a preocuparse por las derivas inesperadas que había tomado la discusión. Sabía que cada vez que Andrés se entusiasmaba solía ir demasiado lejos en sus razonamientos, buscando redoblar la apuesta para mostrar la fuerza de sus convicciones.

—¿Querés o no querés oír? —insistió Andrés, clavando la mirada sobre su hijo.

—Soy todo oídos...

—Perfecto —respondió él y echó una mirada a su alrededor—. Miren, yo creo que lo único que puede hacerse con esos hijos de puta para que entiendan

de una buena vez que no pueden apropiarse de un bien público, algo que por principio pertenece a todos, es armar un grupo comando y dinamitarlos los muelles, destrozarnos los alambrados, volárselos en mil pedazos, coronar –sostuvo con los brazos en alto– de nuevas estrellas el cielo patagónico. Y para complementar la acción, hay que asesinar de tres tiros en la cabeza a esos perros rottweiler, esas jaurías asesinas que pululan por estos lados y con los que uno puede toparse de modo desprevenido en una playa privatizada.

–No exageres, Andrés. Primero decís que las mellizas Acevedo son unas ingenuas y acto seguido te despachás con una propuesta apocalíptica –había tratado de matizar ella, anticipándose a lo que podía decir Santiago, rogando que no hiciera ninguna intervención desafortunada.

–Al contrario, te equivocás, no soy ningún exagerado. Y lo mismo ocurre con el muro. Yo nunca entendí cómo del otro lado la gente es tan boba o tan pasiva que pudo resignarse a que le partieran la ciudad de ese modo. Si yo hubiese estado del otro lado, no andaría tan quietito viendo cómo los otros, del lado protegido, gozan de todos los privilegios y disfrutan de la buena vida. Por más muro, por más perros y vigilancia que haya, jamás toleraría eso.

Santiago le devolvió una sonrisa ambigua y, para alivio de Sandra, sólo retrocedió unos pasos, y sin

agregar palabra dio media vuelta, para dirigirse hacia otro sector de la casa.

Su marido le cuenta que sufrió un percance con el automóvil y que tuvo que llevarlo al taller, donde lo retendrán durante el día.

Continúa diciendo que está preocupado, no por lo del auto, es lo de menos. Ahora está en un taxi, camino al hospital regional donde al parecer deberá intervenir en varias cirugías. No hubo tiempo de pasar por la casa para cambiarse y, eventualmente, tomar su automóvil o el de Santiago. Todo fue muy vertiginoso. Se trata de una urgencia, una situación excepcional. Necesitaban refuerzo médico, estaban desbordados.

–¿Y se puede saber por qué está desbordado el hospital? –pregunta ella, como al pasar, mientras vuelve a abrir la heladera. Finalmente sentía apetito, tal vez comería algunas verduras hervidas.

–¿Acaso no viste la televisión?

–Acabo de llegar de hacer mil trámites, sabés que los jueves tengo un día complicado y encima tengo lo de mi padre –acierta a responder ella, a la defensiva, mientras constata que se acabaron las verduras hervidas y tendrá que conformarse con unos tomates y un poco de rúcula.

–Mujer, prendé la tele y mirá lo que está pasando en Villa Quimey.

—¿Y qué está pasando? —dice ella esta vez, sobreactuando el tono inquisitivo, de espaldas a la heladera y todavía con las bandejas de tomates y rúcula en la mano.

—Haceme el favor, prendé la tele y te vas a dar cuenta —insiste su marido.

—Bueno, está bien, si seguís tan misterioso...

Mientras empuja la puerta de la heladera con la misma mano con la cual sostiene las dos bandejas de telgopor, una encima de la otra, le pregunta si entonces es por lo que le pasó con el auto que no fue a jugar al tenis a Los Globos.

Del otro lado se hace un corto silencio.

—Mujer, ¿quién dijo que no fui a jugar al tenis? Hace dos años que no juego más en Los Globos los días jueves.

Ella contesta rápido, no puede evitar que se le escape el reproche.

—Nunca me dijiste eso...

Su marido insiste en que no es la primera vez que se lo dice, y acto seguido agrega que ya tiene que cortar. El taxi está entrando al hospital. Ella sólo alcanza a escuchar el pip que anuncia el final de la comunicación.

Deja el celular sobre la mesa y se detiene a contemplar el espectáculo intenso que el otoño ofrece delante de sus ojos. Respira más aliviada, el alma comienza a volverle al cuerpo, aunque todavía siente que no puede despegar del todo la sombra de preocu-

pación que hace tiempo le pesa en los gestos y la mirada. Observa la luz dorada y oblicua que se filtra por entre las hojas amarillentas y las hace resplandecer. Puede ver el rojo violento y fulminante, típico de la lengua y el ñire. Rojo carmesí, rojo de la persecución, se dice a sí misma, evocando de modo incompleto el verso pronunciado por una de las hermanas Acevedo, el día aquel en que ella había visitado por primera vez el restaurante y decidido alquilar los servicios de “Las Cacerías”. ¿Cuál era el verso completo? Si hace el esfuerzo, logrará recordarlo, siempre se ha jactado de tener muy buena memoria.

—Señora...

—Rojo, verde de la persecución —repite finalmente, como para sí misma, mientras esboza una sonrisa triste.

En un momento se da cuenta de lo ridículo de la situación y atina a lanzar una breve interjección.

—Señora...

Mueve la cabeza y de reojo ve asomar la figura silenciosa de Lina. Alcanza a limpiarse rápidamente la lágrima que comienza a orillarle el rostro, mientras siente el sabor salado entre sus labios. ¿Cuánto tiempo hace que la mujer está allí?

—¿Puedo hablar con usted?

—Sí, claro, decime nomás, antes de que llegue mi marido.

Sin embargo, antes de que la mujer comience a hablar, Sandra se coloca en posición de alerta, se per-

fila, aguza el oído y hace un gesto levantando la mano derecha, como para detenerla un instante.

—¿No es él quien viene ahí? —y agrega—: No, claro, qué tonta que soy, si acaba de decirme que iba camino al hospital.

—¿Puedo hablarle, entonces?

Ella vuelve a mirar a Lina, le busca los ojos, trata de llegar hasta el fondo, y comprende que, aunque los ojos de Lina raramente transmiten de modo transparente sus emociones, esta vez hay un destello de urgencia que delata la gravedad de la situación.

—¿Qué te pasa, Lina? ¿No estás bien? ¿Quieres que nos sentemos?

El rojo carmesí es también el color del fruto de la rosa mosqueta, del cual proviene el té que más le gustaba a su madre. ¿Cuál era la frase que solía pronunciar su madre en esas ocasiones?

Mientras trata de dejar de lado aquellas imágenes y busca hacer un esfuerzo para concentrarse de una vez por todas en la conversación con Lina, Sandra se acomoda en una silla de las que rodean la mesa del comedor e invita a la mujer a hacer lo mismo. Sobre la mesa están todavía las dos bandejas que debían ser parte de su almuerzo. Posa la mirada sobre los tomates y la rúcula y no puede evitar repetir una vez más, pero esta vez en voz baja, sólo para ella misma, rojo, verde, rojo, así era...

—Mi familia tiene problemas allá en la meseta y me mandaron llamar de urgencia.

Sandra pega un sobresalto que la hace volver a la realidad.

—¿Cómo que te mandaron llamar?

—Mi mamá se enfermó, está mal, voy a cuidarla, al menos por un tiempo.

—Pero, ¿ahora te vas a ir?

—Discúlpeme, señora, pero no puedo hacer otra cosa, está enferma y mi hermano la dejó sola, me acaban de avisar ahora.

—No entiendo, ¿cuándo pensás volver?

—No sé, señora, cuánto tiempo voy a irme, no sé si usted querrá esperarme. —¿Cómo que no sabés si voy a querer esperarte? ¿Entonces te estás yendo definitivamente? ¿Eso me estás queriendo decir?

—No, no digo eso.

—¿Y entonces?

Sandra mira hacia la ventana y no puede evitar la sensación de desasosiego. El alivio que experimentó luego de la conversación con su marido se desvanece por completo, apenas la sombra de un falso arco iris en el medio de la tormenta.

—No puedo hacer otra cosa, señora, mi mamá está sola...

No es la primera vez que pasa por una situación como ésta, piensa Sandra, pero esta vez no se lo esperaba, la tomó por sorpresa. Lina es magnífica, la única capaz de contener los recurrentes desmanes de Irina, de ordenar con paciencia toda la casa, de cocinar lo que ellos piden. Desde su llegada, hacía dos años de

eso, la cotidianidad de la familia Melucci operó un giro de ciento ochenta grados; todo se había tornado más amable, más fluido y relajado. Lina no debía ignorarlo.

—¿Ni siquiera unos días más podés quedarte hasta que yo me organice?

La mujer se muerde los labios y niega con la cabeza.

Sandra vuelve a indagar el fondo de esos ojos oscuros. Aunque la mirada de Lina implora perdón, su voz no retrocede. Siente que la furia comienza a enturbiarle las emociones y no puede contenerse.

—Son todas iguales, siempre se van de golpe, vaya a saber qué urgencia les arrebató la decisión que buscan salir disparando, como si una no las tratara bien —suelta mientras se levanta para ir al baño, sin poder evitar el tono sobrecargado de resentimiento.

—Disculpe, señora, no era mi intención, pero le juro que mi mamá está enferma y me necesita, no tiene a nadie más desde que mi hermano se fue...

Sandra se encierra en el baño unos instantes, se sienta sobre el inodoro sin levantar la tapa y se toma de la cabeza. Necesita pensar, estar a solas un momento, recordar cuál es la frase aquella que su madre decía en esos días de otoño, en esos días apacibles cuando le pedía que colocara el mantel de bordes dorados en la mesita del patio, cuando decía que buscara en el bargueño las finas tazas de porcelana en las cuales ella serviría el té de rosa mosqueta, ese té que ambas

degustarían mientras contemplaban el otoño, el momento del fulgor violento, del rojo carmesí.

Luego de unos quince minutos resuelve que lo mejor es salir del baño y afrontar la situación, aun si Lina a esa altura ya se hubiera esfumado rumbo a la meseta. Para su sorpresa, la mujer todavía aguardaba sentada a la mesa del comedor.

—Discúlpeme, señora, no era mi intención... —repite una vez más, la voz cada vez más finita y llorosa.

Ella hace dos pasos hasta llegar a la mesa. Sin decir una palabra, toma las bandejas de tomate y rúcula y con un movimiento rápido las coloca nuevamente dentro de la heladera. Luego, vuelve a sentarse en la silla y mira otra vez el fondo ahora acuoso de los ojos oscuros de Lina. Había estado llorando. ¿Sería cierto lo de su madre enferma? ¿Acaso cambiaba algo que fuera verdad o no, que ella estuviera al tanto o no de ello? En momentos como éstos le daban ganas de volver a fumar, pero fumar de modo compulsivo, un cigarrillo detrás de otro, atiborrarse de humo y nicotina. Mientras tanto, Lina retuerce sus manos sobre un pañuelo de papel y trata de contener las lágrimas que se deslizan por sus mejillas.

—¿Así que tu mamá está enferma? ¿Es una mujer mayor? —pregunta con una voz atravesada por el cansancio.

—Tiene sesenta años, los cumplió hace un mes...

—Qué suerte tenés, Lina, aprovechala... —dice entonces, antes de volver a levantarse y dar por termina-



do el diálogo, justo cuando escucha que se abre una puerta y siente los pasos de Santiago, que atraviesa a toda velocidad el comedor.

“No hay una gota de viento, hija”, eso decía su madre. Cómo le gustaba esa frase que ella repetía mientras ambas tomaban el té en el jardín y ella repartía una de esas enormes sonrisas que llegaban para coronar de dicha y bienestar el increíble otoño rojo carmesí.

¿Qué es una falla para ellos? ¿Acaso habría una sola falla o éstas habrían multiplicado sus fisuras a lo largo del muro? Y si fuera así, ¿la policía estaría dispuesta a establecer una tipología de la falla para explicar si se trataba de un accidente o más bien había que empezar todo desde el principio y explicar lo ocurrido en términos de falla estructural?

Es la voz de Santiago que va desgranando esa sucesión insensata de preguntas.

Un rato antes, ella le había contado a su hijo que el robo sufrido por su abuelo Orestes no era el primero, sino más bien uno más dentro de una desconocida y vaya a saber cuán larga saga de asaltos-tornado. Luego de reproducir algunos tramos de la conversación que su padre y ella habían mantenido en la seccional policial esa misma mañana, a último momento se le ocurrió agregar como dato pintoresco que el policía había enfatizado la palabra “falla” para hablar de esos hechos.

—¿Qué es lo que abre, en términos de otras posibilidades, la existencia, el reconocimiento de una falla? —escucha que sigue preguntando su hijo.

Sandra lo mira con los ojos casi desorbitados. Sospecha que cometió un error táctico al comentarle lo sucedido a su hijo, no es el momento de soportar ese desvarío de preguntas.

—¿Te estás haciendo el vivo conmigo o simplemente te estás volviendo loquito? —suelta entonces mientras voltea la espalda y comienza a caminar rumbo a su cuarto.

—Para nada, pero quiero saber cuál es la otra palabra que utilizó el chaleco anaranjado —le dice Santiago, que la persigue por la escalera, empecinado en revolotear alrededor de su figura fugitiva.

—¿Qué otra palabra? —responde ella sin interrumpir el paso y sin comprender del todo, pensando que su único deseo en ese momento es encerrarse unos minutos a solas en la habitación, enfrascada como está en otras preocupaciones, y no tener que seguir soportando las preguntas descabelladas de su hijo.

—¿No dijiste que utilizaron la palabra “asechanza”?

Ella se detiene al borde de la escalera, se da vuelta y clava sus ojos celestes agrisados sobre la figura de Santiago. Su hijo se detiene a unos centímetros de ella, expectante. Sandra siente que tiene ganas de fulminarlo, apartarlo de un manotazo seco, como si fuera un perro cargoso al pie de la cama, pero sus ojos terminan por traspasar la figura de

Santiago como si en realidad buscaran otra cosa, más allá de él.

—Sí, ésa fue la palabra —asiente, mientras reflexiona si eso realmente había ocurrido ese mismo día. Tiene la impresión de que habían sucedido muchas cosas desde que llevó a su padre a la comisaría, esa misma mañana. De inmediato se da media vuelta, sin deseos de acotar nada más, dispuesta a continuar la retirada.

—¿Con ese o con ce? —siente que repreguntan detrás de ella, antes de que pueda llegar al dormitorio salvador.

La voz le llega ralentizada, pero a esa altura no puede evitar el estallido. Voltea la figura con brusquedad, mira a su hijo de frente y lo traspasa de lleno con una voz aguda.

—¿Vos también me tomás por pelotuda?!

Su hijo queda paralizado a dos pasos de ella, sin comprender del todo, mientras Sandra siente que las lágrimas se le escapan, corren por sus mejillas, aunque logra o cree que logra ocultarlas justo a tiempo, con un gesto disimulado. Trata de salir del paso, finge estar presa de una furia que siente, sabe, es consciente, poco tiene que ver con los desquicios de ese hijo por momentos tan imaginativo y elocuente que le tocó en suerte en la vida.

Para calmar su pretendida furia, Santiago no tiene más remedio que olvidarse de la “falla” y las “asechanzas”, acercarse sumiso hasta ella, hacerle algunos mohínes, multiplicar sus gestos cariñosos, a los

cuales ella responde con un movimiento rotundo de rechazo, apartándolo firmemente con el brazo derecho. Santiago insiste una y otra vez, pero ella endurece aun más su posición. La situación de *impasse* dura unos segundos más. Finalmente, ella decide mostrarse más transigente pero a cambio de su perdón le pide a Santiago que debe comprometerse a visitar al abuelo Orestes, hacerle compañía esa misma noche, ya que sigue muy preocupada por su estado.

Santiago protesta, retrocede por la escalera, no tiene nada que conversar con el abuelo, lo aburren él y sus manías, lo único que le importa es el gato gordo y caprichoso al cual tienen que comprarle comida dietética todo el tiempo. Ella le dice que no sea cruel, que el abuelo está cada vez más solo, que el gato es su única compañía, varios de sus amigos murieron el último año, sin contar que en esos días se cumplía un nuevo aniversario de la muerte de su madre, la abuela que él no había podido conocer ni disfrutar como cualquier hijo de vecino. Todo eso, sumado al robo, había terminado por volver a desacomodarlo, como en otros tiempos.

Él murmura por lo bajo, hace muecas que traslucen su desacuerdo y su desgano, hasta que finalmente se resigna, se compromete haciendo un mohín con la cabeza mientras sigue retrocediendo, aunque no confirma del todo si hará la visita ese mismo día.

Sandra sonrío desde lo alto de la escalera, contemplativa y triunfal, antes de encerrarse en su cuarto.

Una hora después vuelve a aparecer por la escalera de madera, atraviesa el living donde se cruza con Maribel, la otra empleada que, a diferencia de Lina, siempre lleva puesto un uniforme color violeta. Sandra le devuelve media sonrisa y se dirige directo a la habitación de su hijo, la cual se encuentra bastante apartada en relación con los otros cuartos de la casa.

Apenas ingresa, Santiago le cuenta que mientras ella hacía su siesta él había consultado por Internet sobre los diferentes sentidos de la palabra asechanza con “c” y con “s”. Continúa diciendo que encontró en un blog y luego en el diccionario de la Real Academia de México que estas dos palabras sólo podían ser homónimas en América, pero no en España, donde sólo son parónimas, semejantes en su forma, sin llegar a ser idénticas, ya que allá el fonema interdental, escrito z o s, se pronuncia como z.

Santiago respira y mira a su madre un instante antes de continuar leyendo: “La palabra acechanza, a su vez, aparecía definida en el diccionario como engaño o artificio para hacer daño a alguien. En el español actual, acechar significa ‘observar, aguardar cautelosamente con algún propósito’. Por ejemplo, el cazador acecha a su víctima. Por su parte, asechar es definido con las siguientes palabras: poner o armar asechanzas’. Asechanza entonces debe entenderse como ‘engaño o artificio para hacer daño a otro’. Así, es difícil que un cazador aseche a su víctima (aunque puede hacerlo). Es por lo contrario muy común oír que el

diablo asecha a los hombres. Un asaltante acecha, un timador asecha”.

Al concluir con la lectura, Santiago se queda reflexionando unos instantes, visiblemente satisfecho por su hallazgo.

—Los chalecos naranjas nos están engañando —agrega con voz grave, como si estuviera dando un discurso ante la multitud—. En cualquier caso, el significado es engaño o artificio para hacer daño a otro.

Sandra sigue de espaldas, mira desde la ventana el pedacito de lago que le ha tocado a su hijo, pensando que desde el cuarto matrimonial la vista es incomparablemente más bella, lo mejor de la casa. De pronto se voltea, lo mira de frente, da unos pasos hacia adelante.

—Santiago, estuve mirando la tele y confirmaron lo que escuchamos esta mañana con tu abuelo en la comisaría.

—¿Mataron a uno de los pibes chorros que atacaron al abuelo?

—No lo sé, pero del otro lado del muro parece que hubo un estallido... Tu padre fue llamado de urgencia al hospital zonal... Hay muertos... No sé, todo es una gran pesadilla...

Él sigue en silencio, absorto en su propia perplejidad.

—Haceme el favor, tomá tu auto y andate, andate ya mismo con el abuelo, no quiero que esté solo con esto...

Santiago parpadea un instante, se muerde los labios y asiente.

—¡Ah! Tampoco te olvides de llevarle al abuelo el alimento para el gato... —alcanza a decir ella, con tono lánguido, asomando medio cuerpo por la puerta del dormitorio.

Luego Sandra desaparece, sin esperar respuesta, dejando la puerta entreabierta.

Hace rato que cayó la noche y sigue sin poder comunicarse con su marido. Mientras continúa viendo las imágenes del estallido que muestra un canal local, todavía recostada en la cama, cada tanto Sandra vuelve a apretar el botón, repitiendo de modo vano y compulsivo el número del celular.

“Hace menos de veinticuatro horas —escucha decir a una periodista—, Diego Barrientos, de quince años, murió en un confuso episodio, luego de recibir un disparo de parte de un efectivo policial. De acuerdo con lo informado, el joven menor de edad ingresó al hospital local a las cinco de la mañana con un disparo en la espalda. Según el titular de la Regional de la Nueva Policía Cordillerana, el oficial Arnaldo Ferreyra, el disparo que dio muerte al menor no fue intencional. El autor del disparo es un efectivo que se desempeña en la Comisaría 28, en el barrio El Progreso, uno de los barrios más populares del lado este de Villa Quimey. Cuando los vecinos del barrio tuvieron conocimiento de la muerte del joven, se dirigieron a dicha comisaría armados con palos y con piedras. Tal

como muestran estas imágenes captadas en exclusiva por nuestro canal, un rato después de comenzar el asedio a la comisaría, jóvenes encapuchados comenzaron a arrojar piedras, profiriendo todo tipo de insultos contra los uniformados.

”Pasado el mediodía —continúa la periodista— y con la comisaría todavía sitiada, los incidentes se agravaron, por lo cual la policía comenzó a responder a los manifestantes con balas de goma y gases lacrimógenos. El hecho enardeció aun más los ánimos de los manifestantes y se generó un tumulto mayor cuando más vecinos acudieron en apoyo de Alfredo Barrientos, el padre del joven asesinado. En el medio de violentos enfrentamientos, varios automóviles resultaron incendiados y fue saqueado un supermercado del lugar. Una versión no confirmada sostiene que incluso el intendente, Mario Reuter, se dirigió al lugar, pero ante la dura interpelación pública debió retirarse rápidamente.

”Esta tarde el jefe de la Regional de la NPC, comisario Ferreyra, dio una conferencia de prensa en la cual justificó el accionar policial y llamó a la calma a los vecinos.

”—Los efectivos policiales no hicieron más que resistir el ataque que está viviendo la Comisaría 28, un ataque realizado por jóvenes encapuchados, que ocasionó destrozos en vidrios, techo y mampostería. La policía salió a reprimir, pero utilizando armas no letales, como balas de goma, gases lacrimógenos y bombas

de humo –decía la voz grave del comisario Ferreyra, jefe del operativo, desde la pantalla del televisor.

”–¿Y qué van a hacer para contener el desborde social? –pregunta uno de los periodistas presentes en la conferencia de prensa.

”–Sabemos que la gente está confundida y enojada. Por eso llamamos a deponer esta actitud, llamamos a nuestros vecinos a la calma. No dejen que estos acontecimientos sean aprovechados por un grupito de vándalos y de violentos.

”–¿Es cierto que hay más muertos? ¿Cuántos son? ¿Ya se sabe? Se habla de saqueos a supermercados. ¿Puede confirmarnos esta versión?

”–No nos consta lo de los saqueos... –responde el comisario–. En este momento está llegando Gendarmería Nacional, para hacerse cargo de la situación, la cual se ha desbordado y pone en riesgo la paz social.”

La imagen vuelve a enfocar el rostro de la reportera, quien retoma la palabra.

–Señora...

Sandra escucha una voz grave que la está llamando. Le cuesta sustraerse al magnetismo de las imágenes que muestran el estallido del Alto. Levanta la cabeza y ve que es Maribel quien asoma tímidamente por la puerta. Desciende apenas el volumen del televisor y esboza un gesto de interrogación con la cabeza, sin hablar.

–Le trajeron su agenda...

–¡Ah! –asiente ella–. Entrá, por favor, dejala sobre la mesa de luz.

Se había olvidado por completo del tema. Las hermanas Acevedo habrían andado cerca de su casa y habían tenido la amabilidad de dejársela, deduce, mientras piensa que ya hallará el modo de retribuir el gesto.

Sólo como al pasar pregunta quién vino a dejarla, sin soltar el control remoto del televisor.

–Una chica que trabaja en el restaurante de las señoras Acevedo... –responde la mucama.

–¿Una chica?

“Los desmanes comenzaron cerca de la Escuela 125. Se suspendieron las clases en varios establecimientos escolares de la zona, ante temores de nuevos disturbios.”

–Preguntó por Santiago también... Yo le dije que él no estaba, que había salido.

–¿Por Santiago? ¿Una chica del restaurante? ¿No te habrás equivocado? –sigue diciendo distraídamente.

–Dijo que lo conocía, pero que no se ven desde hace mucho tiempo...

Sandra vuelve a subir el volumen.

“A las diecinueve horas la prensa confirmaba la muerte de una segunda persona de veintinueve años de apellido Calducci, fallecida, y un tercero de dieciocho años, en estado grave. La guardia del Hospital Zonal señala que en las primeras horas de la tarde atendieron a doce personas, todas ellas con heridas provocadas por perdigones, y a un policía con un corte superficial, mientras que una ambulancia fue detenida y destruida

en medio de la batahola generada entre los efectivos policiales y los habitantes del barrio El Progreso.”

Vuelve la mirada hacia donde está la mujer, quien todavía permanece en el umbral anochecido de la puerta.

“Sin embargo, la policía negó que la segunda persona fallecida tuviera vinculación con los incidentes, y atribuyó su muerte a un posible ajuste de cuentas.”

—¿Algo más, Maribel? —pregunta, sin poder evitar un ligero tono de cansancio.

—Disculpe, señora, tengo un mensaje...

Por tercera vez en el día, Sandra siente que no puede contener el enojo y percibe, sin control alguno, que su voz comienza a escalar un tono por encima del volumen de la televisión.

—Escuchame, querida, si vos también vas a querer irte, te ruego que al menos esperes hasta pasado mañana para decírmelo.

—No, señora —sonríe con ironía la mujer—. ¿Quería saber a quién le dejó el papelito este, con el mensaje que me pasó la chica?

—¿Qué mensaje? No sé de qué chica me hablás —corta abruptamente Sandra, sin retroceder en un ápice el tono de disgusto.

—La que conoce a Santiago...

—No sé, dáselo directamente a él mañana cuando vuelva de la casa del abuelo... Y haceme un favor —agrega de modo rápido—, ocupate de Irina, que yo no voy a bajar, no me siento bien, voy a quedarme a descansar.

—Bueno, señora.

Luego de que la mucama se retira, Sandra busca el pastillero y extrae un comprimido redondo y pequeño.

“El oficial de policía Ferreyra insistió en que la muerte de Barrientos se produjo durante una pelea entre el efectivo, ahora detenido, y el joven, luego de que dos de los jóvenes interceptados por la policía se dieran a la fuga. Incluso señaló que el joven fallecido portaba un arma de fuego calibre 22, algo que no mencionó durante la conferencia de prensa realizada en horas de la tarde.

”Consultadas por nuestra agencia, fuentes del gobierno provincial confirmaron finalmente la intervención de la Gendarmería Nacional para incorporar más efectivos a las tareas de prevención y represión en la zona involucrada.”

Sandra opta por cambiar de canal. Es entonces el turno de un periodista de un medio nacional que acaba de desembarcar en la localidad cordillerana.

“Acabamos de llegar a una de las más hermosas localidades turísticas de nuestra cordillera, la cual se vio sacudida por violentos disturbios que hasta ahora dejaron como saldo tres muertos y una veintena de heridos. Todo comenzó alrededor de las once de la mañana del día de hoy, cuando un grupo de unas ciento cincuenta personas, la mayoría adolescentes, se dirigieron a la comisaría de la zona y empezaron a reclamar justicia por la muerte de un joven de

quince años, Diego Barrientos, quien falleció tras recibir un balazo al ser perseguido por la policía. Las circunstancias de su muerte son por el momento confusas, aunque la familia de la víctima denuncia que se trataría de un caso de gatillo fácil. Sin embargo, las cosas empeoraron por la tarde, cuando la gente se enteró de que en los sótanos de la misma comisaría había otros dos jóvenes detenidos supuestamente por robo y atentado a la propiedad. Uno de ellos habría sido torturado. Pasadas las tres de la tarde estallaron violentos disturbios. La Nueva Policía Cordillerana disparó gases lacrimógenos y balas de plomo contra la muchedumbre, mientras que un grupo de manifestantes prendió fuego un vehículo que estaba estacionado frente a un supermercado. En la refriega resultó herido un hombre de veintinueve años, de apellido Calducci, quien murió pasadas las dieciocho en el hospital local, y otro joven, de identidad todavía desconocida. Además, ocho policías resultaron heridos, entre ellos el titular de la Comisaría 28.

”Algunas de las consignas de los manifestantes son Basta de gatillo fácil y Basta de represión. También en las cercanías a la comisaría se encontraron panfletos de un misterioso grupo que firmaría con las siglas PRR, que dice así...”

Sandra vuelve sobre sí misma. Al día siguiente se cumplirá un nuevo aniversario de la muerte de su madre, y es consciente de que sólo su padre y ella sos-

tienen aquel recuerdo cada vez más lejano. Aunque, a decir verdad, hay que ver qué piensa o recuerda su padre, tan trastocado como está por los últimos acontecimientos, ya que, a diferencia de otros años, no ha hecho ninguna mención frente a la proximidad del aniversario.

Regresa a la pantalla del televisor y observa entonces cómo el periodista muestra un volante y acto seguido comienza a leer: “No es la primera vez que la denominada Nueva Policía Cordillerana actúa así en las barriadas populares. Son cientos las denuncias que testifican que los abusos policiales y el gatillo fácil son moneda corriente en esos barrios. El Alto es territorio indígena y ahí viven sus descendientes, junto a tomas de tierras y viviendas sociales. Sus habitantes, en su mayoría jóvenes, no son de transitar el centro de la ciudad turística ya que frecuentemente son detenidos al pie del muro o en las puertas de acceso, y demorados en la cárcel por averiguación de antecedentes”.

–Territorio indígena... –repite ella por lo bajo mientras frunce el entrecejo.

El panfleto que incita a la rebelión, sigue contando el periodista agitando el papel que tiene en la mano, termina diciendo: “Viva la rebelión de la juventud del lado este. Fuera la policía asesina de las barriadas del Alto. Fuera la gendarmería. Basta de gatillo fácil. Juicio y castigo a todos los culpables. Abajo los muros de la vergüenza. Por una ciudad libre de muros”.

Sandra siente que el día ha sido demasiado largo e intenso, como ese otoño ineludible que le baña los ojos. Antes de comprobar que la pastilla comienza a deslizarla por el resbaloso túnel del sueño, con las imágenes televisivas de la revuelta todavía cargadas en sus pupilas, alcanza a pensar vaya a saber cómo estarán las cosas el día sábado, para la celebración de los cincuenta años de Andrés.

Mueve la cabeza una, dos veces. Ya debe de estar soñando, piensa, pues le parece que está mezclando los recuerdos, las imágenes y las palabras. Tal vez debería bajar el volumen de la televisión, pero siente que yace lejos, sin fuerzas, y no sabe dónde está el control remoto.

Con los ojos cerrados, evoca una vez más la imagen de su madre, la ve sirviendo el té de rosa mosqueta, elogiando los colores furiosos y violentos del otoño cordillerano. La imagen cambia y se vuelve pregunta. Ve nuevamente Los Globos, que se mezclan con imágenes del estallido. ¿Podría suceder acaso que los días del muro estuvieran contados? No sabe si lo piensa como pregunta o si se trata sólo de un presentimiento pasajero, sostenido por un último acto de conciencia, frágil y precario, ya que a la mañana siguiente probablemente no se acordará de nada de lo que está pensando ahora.

—Rojo, verde, rojo por el bosque de la persecución —alcanza a repetir en voz baja antes de cerrar los ojos y dormirse profundamente.



Orestes Maggioranza se despierta cerca de las siete de la mañana, sin recordar exactamente lo que soñó, aunque sospecha que algo tiene que ver con el difuso rostro del chico asesinado, al que cree, está seguro, difícilmente podrá reconocer algún día.

Apenas enciende la radio, escucha que del lado oeste la ciudad amaneció pintada con consignas desafiantes. Lo mismo parece haber sucedido a lo largo de la costanera del lago en cuanto pared o superficie libre hubiera, lo cual incluye paradores y refugios que de manera casi caprichosa se despliegan a lo largo de los kilómetros. Sólo se ha preservado el propio muro que divide la ciudad, que yace silencioso e íntegro, bajo la vigilancia estrecha de las tropas de la gendarmería.

Antes de desayunar, corre la cortina y abre los postigos de la ventana, para ver cómo está el día. Comprueba que apenas comenzó a clarear. Todavía indecisos, los rayos del sol parecen demorarse bajo un manto de nubes oscuras.

Al salir del baño, se encuentra con la figura semidesnuda de Santiago, diciéndole que no se vaya a molestar, pero debe irse, arregló un encuentro por la mañana temprano con unos compañeros de la academia de artes. Están con la idea de organizarse para hacer un registro fotográfico de la marcha. Él asiente con un gesto que revela más resignación que enojo, y prefiere no deslizar ningún comentario.

Al promediar la mañana, recibe una llamada de su hija, preguntando cómo se siente y si todo está en orden. Él responde que está bien y que Santiago abandonó su casa después del desayuno, para reunirse con unos amigos. Aunque lo comentan brevemente entre ellos, ambos saben que ése no es un día más. Se cumple un aniversario más de la muerte de su esposa y, como han hecho desde siempre, cada uno irá por su lado al cementerio, aunque ambos terminarán por encontrarse a las tres de la tarde en punto frente a la tumba.

Apenas corta la comunicación, evoca la imagen de su nieto y decide ir a explorar una vez más el garaje, ya que el día anterior Santiago tuvo la suerte de encontrar un par de pantuflas que su esposa le había regalado casi treinta años atrás. No llega a entender cómo pudo escapársele tamaño tesoro durante las requisiciones anteriores. Pero, luego de andar revisando por rincones y baúles un buen rato, no encuentra nada que valga la pena, sólo unas revistas deportivas que milagrosamente se habían salvado de la última

requisita, cuando terminó arrojando objetos en desuso, frascos de vidrio y papeles viejos en el basural, del otro lado del muro.

Hacia el mediodía, ya en la cocina, se dispone a encender la radio con la idea de escuchar las noticias. Tiberio, el gato, todavía no regresó del paseo matinal por el bosque, y empieza a preocuparse. Sin embargo, está lejos de sentirse aburrido. Lo que ocurre en el Alto lo mantiene en estado de alerta, expectante, aun si piensa que lo mejor hubiera sido compartirlo con algún amigo, ahora que su nieto se marchó. Pero el caso es que dos de sus mejores amigos fallecieron durante el último año y su soledad se fue acrecentando, tornándose cada vez más espesa, como las noches con la cercanía del solsticio invernal.

Por fin, desde la ventana ve asomar al gato que regresa de su demorado paseo por el bosque. Da unos pasos y abre la puerta con sigilo, como si temiera que un nuevo tornado apareciera de entre los árboles y lo embistiera de frente, golpeándolo como una pelota desbocada contra las paredes de la casa.

El animal se introduce velozmente y se dirige sin vacilaciones hacia la cocina. Él cierra la puerta con llave y camina unos pasos detrás del gato. Desliza un poco de alimento en el comedero y, mientras acaricia despaciosamente el lomo del animal, murmura:

—Vaya a saber por dónde anduviste, gato vagabundo.

Luego bosteza un par de veces, vuelve a su puesto de cabecera, cerca de la radio, donde confirman que la

marcha de repudio por el asesinato de Diego Barrientos comenzará a las dos de la tarde.

¿Habría sido él uno de los dos chicos que entraron como un tornado a su casa, diez días atrás, robándole los pocos recuerdos que le quedaban de su pasado matrimonial, entre ellos, las sortijas de oro? No puede evitar preguntárselo una vez más, aunque suene monótono y obsesivo. Y si la víctima no era el pibe chorro –pues ya no había modo de saberlo–, ¿cuál era la diferencia? Cualquiera fuera la víctima, ¿acaso podría haber imaginado que en menos de una semana terminaría enterrado a tres metros bajo tierra, con sus escasos quince años, asesinado por una bala policial poco casual? ¿Podía haber sospechado que su cuerpo sería velado en un duelo público sin precedentes, que amenazaba con conmovir los resistentes muros de la ciudad?

No había modo de responder a tales interrogantes.

Entretanto, habían anunciado en la radio un reportaje a un funcionario de gobierno. Cuando se dispone a escuchar, suena el teléfono fijo. Del otro lado de la línea, siente una voz nerviosa y desconocida que balbucea su nombre.

–¿Orestes Maglioranza?

–Maggioranza –corrige él, sin poder evitarlo.

–No nos conocemos, pero tenemos algo en común. Mi nombre es Orestes Loncopan –suelta del otro lado una voz aguda, con un inocultable acento chileno.

Hay un instante de silencio en el cual Orestes Maggioranza sólo piensa en la coincidencia del nombre. En todos los años que lleva en esa ciudad, nunca conoció a nadie que llevara su mismo nombre.

–Tengo algo que es suyo, la alianza matrimonial que le robaron –continúa diciendo la voz desconocida, ya con un tono de voz más pausado.

Orestes Maggioranza casi no tiene tiempo de reaccionar. Del otro lado del teléfono, la voz aflautada comienza a desgranar su historia.

Orestes Loncopan cuenta que pasó casi un día encarcelado, junto con dos pibes chorros. No vaya a malinterpretarlo, él es un hombre de trabajo, agrega, pero se había encontrado apoyando una ocupación de tierras para ayudar a su hija y a su yerno. Usted sabe cómo es el tema, acá hay tierra para todos, menos para la gente humilde, continúa diciendo. Pero no les había ido nada bien. La policía había caído hacia la madrugada, con un gran operativo, pertrechada con palos, gases lacrimógenos, con sus uniformes robocop relucientes como coche cero kilómetro y unos perros cuyos dientes filosos no le hacían gracia a nadie.

Del otro lado del teléfono, la voz cobra más cuerpo a medida que va avanzando en el relato. Orestes Maggioranza escucha con atención.

Los golpearon de modo brutal, y en el medio de la refriega él tuvo la mala suerte de perder su documento de identidad. Lo llevaron preso por extranje-

ro e indocumentado, a pesar de que él hacía como veinte años ya que se había nacionalizado argentino. Su mujer es argentina y sus hijos y nietos, ni que hablar... Pero él, a sus setenta años, fue vapuleado como cualquier ilegal y detenido por indocumentado. Llegar a esa edad y tener uno que pasar por una situación de éstas no se lo desea a nadie, ni a los peores enemigos, se lamenta. Y todo por querer ayudar a su hija y a su yerno, concluye con un tono de voz cada vez más amargo.

Lo llevaron detenido hasta la seccional 28, donde lo arrojaron a un calabozo de castigo, un pozo frío e inmundo, en el cual también había dos pibes chorros, que trabajaban para la policía. A uno de ellos lo habían torturado, tenía el labio hinchado y la cara casi deformada por los golpes. Hablaron largamente durante esas horas de cautiverio.

—¿Y cómo sabe que trabajan para la policía?

—Ellos mismos me lo contaron con lujo de detalles.

—¿Y por qué me cuenta a mí todo esto? —interrumpe por segunda vez Orestes Maggioranza, con una voz visiblemente molesta.

—Tenga paciencia, quiero que entienda la situación —insiste Orestes Loncopan, volviendo a afinar la voz—. No me gusta contar las cosas a medias. Pero si está apurado o no le interesa, corto y hablamos otro día.

—No, continúe, a esta altura nada puede sorprenderme...

—A mí tampoco...

Un silencio glacial se instala entre ambos hombres. Luego de unos segundos de indecisión, el otro decide retomar el relato.

Mientras escucha hablar a aquel hombre que dice llamarse Orestes, Orestes Maggioranza siente que vuelve a experimentar demasiadas emociones juntas, sin poder separarlas del todo. Cada tanto se le cruzan relámpagos de sospecha, piensa que todo puede ser una trampa y que quizá quieran atraerlo para robarle de nuevo o tal vez extorsionarlo, obtener alguna recompensa antes de entregarle los anillos robados.

—No piense en nada raro, solamente quiero devolverle el anillo que es suyo. Yo no tengo nada que ver con el robo, soy un hombre de trabajo —escucha que dicen del otro lado, como si le hubieran leído el pensamiento.

En el día de ayer, pese a que estaban encerrados en ese pozo infecto, él y los dos pibes chorros escucharon los reclamos de la multitud por el asesinato del chico Barrientos frente a la seccional donde se encontraban detenidos, continúa diciendo Orestes Loncopan. Por la tarde, poco antes de que comenzaran los enfrentamientos entre la gente del barrio y la policía, bajaron a liberarlo, luego de que su nieto encontrara por fin el documento perdido. Cuando estaba por retirarse, uno de los pibes chorros, el más lastimado, sin que la policía se diera cuenta le entregó una bolsita de nylon donde había una alianza

matrimonial. Esa alianza llevaba su nombre, Orestes, y una fecha borroneada, dieciocho de febrero de mil novecientos y algo.

—¿Y cómo supo que era yo el dueño de la alianza? —pregunta Orestes Maggioranza.

—Imagínese que no hay muchos Orestes acá, además de quien le habla.

—¿Pero cómo supo que era yo?, ¿cómo encontró mi teléfono? —vuelve a apurar él.

—Bueno, no hice más que atar cabos. Mucho no costaba, ¿no? Mi esposa recordaba que un tal Orestes Miglioranza había salido en los medios denunciando el robo, y como su teléfono figura en la guía...

—Maggioranza —vuelve a corregir él, mientras piensa que es la segunda vez que el otro Orestes pronuncia mal su apellido.

—Disculpe —murmuró el otro, con un tono afligido.

—Pero solamente hablé una vez con una radio; el resto es casi todo inventado... Lo de la historia del tornado y todo lo demás —sale al cruce él, como si necesitara hacer la aclaración.

Del otro lado, Orestes Loncopan parece haberse tomado un descanso.

—¿Y el otro anillo? —pregunta él entonces.

—¿Cuál otro?

—El que tiene el nombre de mi esposa, Celeste era su nombre —continúa diciendo.

—No sé nada, a mí me dieron un solo anillo, como ya le dije...

Orestes Maggioranza siente un dolor profundo que le abre el pecho, pero trata de no dejarse vencer. Presiente que nunca recuperará el anillo que lleva el nombre de su esposa y que él lució durante tantos años de matrimonio.

—Me interesaría tener el anillo esta misma tarde —suelta entonces con un tono de voz decididamente imperativo.

—¿Hoy mismo? ¿Tan urgente? —pregunta el otro, sin poder ocultar la sorpresa.

—Sí, hoy mismo —confirma él sin trazas de duda.

Se instala un nuevo silencio, que ninguno de los dos se atreve a interrumpir. Orestes se distrae un instante, mientras siente que Tiberio comienza a restregarse entre sus piernas.

—No sé, déjeme pensarlo... En unos minutos lo llamo —escucha que dicen del otro lado.

Él quiere decir algo pero, antes de esperar cualquier respuesta o asentimiento de su parte, el otro Orestes corta la comunicación.

Se queda tieso, con el tubo en la mano, no esperaba tal reacción, pero ahora siente que es demasiado tarde. Tal vez tendría que haber dado alguna explicación, justificando su premura, y no haber dejado que el hombre se perdiera en la incertidumbre y optara por una salida intempestiva. Vaya a saber si volvería a llamar, se dice, apretando los labios.

Sin embargo, cinco minutos después vuelve a sonar el teléfono.

—Bueno, está bien. No estaba en mis planes, pero si quiere podemos vernos como a las cinco —propone el otro hombre, todavía con la duda incrustada en la voz.

—A las cinco no puedo, pero podría estar antes, a eso de las dos, más tarde tengo otro compromiso... —y, para que no quede ninguna duda, añade—: se lo pido como un favor, le aseguro que no es un capricho...

Siente que Orestes Loncopan sostiene la respiración unos segundos. Puede palpar la desconfianza creciente del otro lado del teléfono.

—No se preocupe, no pienso ir con el cuento a la policía —insiste ahora Orestes Maggioranza, con un tono más relajado—. Además, como usted sabe, están ocupados en otras cosas.

Del otro lado del teléfono, Orestes Loncopan asiente, según cree él, un poco más aliviado. Estará esperándolo en la salida de la terminal de ómnibus, cerca del club de pescadores, así no tiene necesidad de atravesar el muro, que es siempre una complicación. Llevará una bufanda de color rojo y una boina negra. No le costará reconocerlo; por lo que puede inferir, ambos debían de tener más o menos la misma edad.

Orestes Maggioranza cuelga el teléfono y reflexiona un instante, con la vista clavada en el espejo del comedor. Tiberio continúa maullando, pero él no está de humor para atenderlo; su atención está concentrada en asimilar la noticia, en elaborar su sorpresa, más aún, en balancear su incalculada osadía frente a esa situación inesperada.

Da unos pasos y vuelve a encender la radio. Luego se sienta en la poltrona y abre los brazos para recibir de lleno al gato, que velozmente se apea sobre su regazo. No escucha lo que dice la radio, está ocupado en pensar y evocar lo sucedido en esos días. Mientras acaricia la cabeza ronroneante del gato y le recorre el lomo con la mano derecha, se pregunta entonces si en realidad el asalto sufrido no habrá sido una señal, un presagio, un mensaje cargado de sentidos que ni él ni nadie habían sabido leer a tiempo.

Un rato más tarde, se calza una campera y el gorro de piel, cierra las dos cerraduras de la puerta de su casa, pone en funcionamiento la alarma y sube a la camioneta para partir rumbo al centro de la ciudad.

Tal vez no haya sido una buena idea anticipar el encuentro, medita, pero bien sabe que es el único modo de sentirse mejor consigo mismo. Aunque no se trata solamente de recuperar algo de paz interior. Luego de tantas idas y vueltas, tantos tornados y declaraciones, quiere ir al cementerio, llegar al encuentro anual con la memoria de su esposa llevando con él aquel anillo de casamiento que durante tantos años ella lució en el dedo anular de su mano izquierda.

¿Se trata de una falla o sólo de un paréntesis?, se pregunta Santiago. ¿Y qué significa en ese caso un paréntesis? ¿Sólo una detención, una interrupción, una parada en medio de una acción o de un proceso en

curso? ¿O bien una acción incidental que nada tiene que ver con los hechos que hasta ese momento se vienen desarrollando? ¿Sólo una corta frase aclaratoria intercalada en un discurso mayor?

Por más que intente darle vueltas al asunto, Santiago siente que no tiene una respuesta clara y contundente que pueda explicar la urgencia que le envalentona cada vez más los gestos y de modo casi indeliberado le acelera la palabra.

Ya dijo quién es. Las dos mujeres lo observan con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Se miran entre ellas y comentan que el día anterior su madre estuvo en ese mismo lugar arreglando los últimos detalles de la fiesta de cumpleaños del padre. Sonriente, Amancay se vuelve hacia él y pregunta si acaso quedó alguna cuestión pendiente que se les haya escapado y que debiera ser resuelta de modo urgente y personal.

Santiago está de pie en medio de la sala, sin decidir si debe sentarse o no en la silla que acaban de acercarle. No es él quien se ocupa del evento, acierta a responder, al tiempo que rechaza con un gesto suave el café que una de las hermanas le ofrece.

Ayelén busca sondearlo con la mirada, mientras la otra hermana pregunta entonces si su presencia tiene que ver con la agenda que Ailén tuvo la gentileza de devolver personalmente la noche anterior.

Él hace un gesto de resuelta negación con la cabeza, pero luego se retracta, algo que ver tiene, contesta de modo dubitativo, consciente de que está al borde

del ridículo, parado ante esas dos mujeres que lo esculcan de modo implacable detrás de los anteojos de carey mientras él se ocupa en dar respuestas enigmáticas.

Entonces entiende que la única manera de salir del enredo y obtener información clave es ser sincero con esas dos mujeres e ir al grano.

Está ahí porque quiere ver a Ailén, aclara con una media voz, luego de un leve carraspeo. Son amigos, hace tiempo que no se ven y es sólo gracias a esa agenda olvidada que él acaba de enterarse de que Ailén trabaja ahora de este lado del muro.

—¿Amigos? —pregunta una de ellas.

—Amigos —dice él, sin aportar más detalles.

El silencio es ostensiblemente incómodo. Las mujeres aguardan alguna explicación adicional que él se demora en aportar. Una expectativa vaga va enrareciendo la atmósfera tibia de la sala.

—Ailén no está acá ahora; ayer estuvo al mediodía, de manera excepcional, ya que ella trabaja en el turno de la noche —responde por fin Amancay para salir de ese silencio incómodo.

—¿Y sobre qué tema es? —pregunta la otra.

—Vamos, Ayelén, no seas indiscreta, no es asunto nuestro, digámosle dónde está y listo —interrumpe Amancay con un gesto de forzada indignación.

—Vive con nosotras desde hace dos meses, ¿lo sabías? —agrega Ayelén tuteándolo, sin tomar en consideración el comentario de su hermana.

—¡Pero querida! Si acaba de decirnos que no sabe nada, que no tiene noticias de Ailén desde hace tiempo.

—Bueno, bueno, él puede contestar solo, no necesita ayuda.

—Vamos, ¿no ves que está apurado, impaciente? Si ni siquiera quiere sentarse —agrega Amancay.

—Ya veo, ya veo —se resigna finalmente Ayelén, cabeceando en dirección a su hermana.

Entretanto es Amancay la que ahora se vuelve hacia él y le clava una mirada filosa, para decirle en un tono condescendiente:

—Vivimos en el barrio de Bahía Serena, querido, en el kilómetro cinco, calle Américo Vespucio, número cinco dos tres, de seguro conocés.

—A lo mejor, si vas a pasar, conviene que antes llames por teléfono, ¿no te parece? —interrumpe otra vez Ayelén, con la voz atravesada por la desconfianza.

Él asiente y anota la dirección y el número de celular. Comienza a retroceder mientras agradece varias veces a las dos mujeres que continúan escrutándolo con la mirada, aunque sigue sin explicar el porqué de su premura. Antes de transponer el umbral y despedirse, lo asalta la duda y entonces vuelve sobre sus pasos un instante para hacer una última pregunta, que dirige sólo a una de ellas, a Amancay, que es quien se ha mostrado más colaborativa.

La pregunta produce un unísono desconcierto en las mellizas.

No, no creen que Ailén haya pensado en ir a la marcha por los sucesos del Alto, responden las dos.

—Pasa largas horas en la casa, leyendo o haciendo algo con la computadora —agrega Amancay.

—En todo caso, aunque se la veía muy preocupada desde anoche, no nos comentó nada, así que, con más razón, lo mejor sigue siendo que antes de apersonarte en el lugar trates de comunicarte con ella por teléfono —cierra Ayelén con voz grave.

Él asiente una vez más, sin poder evitar un pliegue de ironía en la sonrisa.

Camina hasta el automóvil que dejó en la playa de estacionamiento del restaurante “Las Cacerías”. Antes de subir al vehículo, se detiene y marca el número telefónico que acaban de pasarle las mellizas. Aguarda unos instantes, no desea otra cosa en el mundo que sea Ailén quien responda ese teléfono, pero del otro lado sólo escucha el sonido del contestador.

Ya a bordo del auto, decide que, antes de ir a la marcha y encontrarse con sus amigos para hacer el registro fotográfico, necesita imperiosamente sacarse la duda.

¿Falla o paréntesis?, continúa entonces él, volviendo al punto en el cual había interrumpido su monólogo, cuando descendió del vehículo para dirigirse al restaurante y, en vez de encontrarse a Ailén, se tropezó con las mellizas Acevedo, parapetadas en su desconfianza.

Santiago se inclina más bien por el paréntesis porque ya, sea que contenga información adicional o no,



el paréntesis siempre exige una apertura y un cierre. Y él siente que Ailén no fue una falla tectónica, una grieta en el muro de su ciudad apenas fortificada; fue más bien algo así como una frase vertiginosa en el medio de un discurso lúbrico o lúdico, según los casos, que terminó por quedar trunco, abruptamente interrumpido.

A decir verdad, ni él mismo se entiende. Aunque presiente que lo mejor es tratar de indagar dentro de sí, aportar un poco de claridad, no cree que lo ayude demasiado esa disquisición sobre la falla o el paréntesis. Será una bonita figura literaria pero es demasiado rebuscada y está lejos de poder contener ese alboroto de emociones que le inunda el pecho.

Pero si de algo es consciente Santiago, en medio de la ansiedad y la zozobra, es de que se la ha desatado la lengua del recuerdo. En todos esos meses casi no había pensado en Ailén, apenas si recordaba haber tenido algunos fogonazos que le evocaron su cuerpo dócil y ligero. Pero bastaba haberse enterado de que ella había decidido cruzar el muro, atreviéndose a tocar incluso la puerta de su casa, para que todo girara de modo revulsivo y él volviera a encontrarse con aquellos recuerdos, emociones y dudas que creía resueltas definitivamente u olvidadas. Un solo mensaje de Ailén y ahí estaba él, una vez más, urgido, movilizado, impelido a actuar, mientras recorre los escasos kilómetros que lo separan de Bahía Serena, preso por completo de la nostalgia de su andar felino, de sus senos pequeños, de

su figura desnuda danzando de modo sensual en medio de las voces de sus cantantes favoritas.

Con Ailén todo había sido abrupto y vertiginoso desde el principio. Recuerda que fue el Loco Ringel, su profesor de literatura, quien lo llevó hasta ella y lo dejó atrapado en esa cabaña perdida en el tiempo. Era como si Ailén hubiese aparecido de golpe, ofreciéndose ante él, envuelta en una alfombra rústica que el propio Ringel había traído, rodando desde la meseta.

Santiago frena el vehículo, pese a que en su fuero íntimo algo le dice que todo lo que está haciendo es insensato, que debería continuar conduciendo por los kilómetros sin detenerse hasta llegar al centro, para encontrarse con sus amigos, tal como han convenido por la mañana. Contempla la casa y pronuncia mentalmente la dirección, Vespucio tres dos cinco. Lo que tiene frente a él es una verdadera residencia fortificada, rodeada de muros. Pulsa el portero eléctrico varias veces, pero nadie responde.

Busca en el bolsillo del pantalón el papel donde anotó la dirección y el teléfono, pero no lo encuentra. Se le ha debido caer en algún momento, vaya a saber si no quedó en el interior del automóvil, se dice. Por suerte, el número de Ailén ya quedó grabado en su celular. Camina hasta el automóvil, mira sobre la rejilla de ventilación, sobre la alfombra, dentro del hueco que rodea la palanca de cambios, donde siempre deja las monedas, revuelve la guantera; por último, ya sin

esperanza, desliza la mirada hacia el tablero de control y los dos asientos de adelante, pero no encuentra lo que busca. Antes de decidir qué hacer, vuelve a marcar el número telefónico que le pasaron las mellizas. Está a punto de dejar un mensaje, pero se da cuenta de que no tiene decidido qué decir, así que finalmente corta la comunicación.

Mientras siente el viento frío sobre sus mejillas, observa el paredón. Mira la hora, son apenas las dos de la tarde; ya debe de estar por comenzar la marcha, piensa. Frunce los labios, escruta con detenimiento los pinos que emergen detrás de los muros y deduce que en realidad lo que tiene frente a él debe de ser la parte trasera de la casa. Quizás haciendo un rodeo, razona, pueda llegar hasta el frente, y verificar si realmente Ailén está ahí, tal como le dijeron las mellizas. Vuelve la mirada hacia donde está el automóvil, duda un instante, no sabe muy bien qué hacer, pero al final decide seguir adelante.

Está tratando de acceder a la casa desde la costa, pero encuentra que ahí también continúa la construcción, cortando de cuajo el acceso al lago. El paredón no es muy alto, son apenas dos metros, lo suficiente como para erigirse en obstáculo, disuadiendo el paso de los curiosos que buscan acceder a la costa del lago. ¿Tendrá que saltar ese muro o deberá retroceder y dejar para un mejor momento esa búsqueda insensata? ¿Falla o paréntesis?, vuelve a pensar una vez más. ¿Tendrá que entender su relación con Ailén como una

discontinuidad? ¿Y de qué especie de discontinuidad se trata entonces?

Santiago respira hondo, mientras piensa en un segundo plano que todavía no puede desentrañar el porqué de la urgencia que lo recorre y se le infiltra en cada gesto, en cada palabra, pero siente que no puede dejar de preguntarse ni avanzar hacia su encuentro, ahora que se ha enterado de que Ailén vive tan cerca, respirando el mismo aire que él, sintiendo el mismo viento helado, de ese lado del muro.

Vespucio tres dos cinco cree recordar que le dijeron las mellizas, aunque por el momento ello sea inverificable. ¿No será acaso que él se equivocó tontamente de dirección? ¿Puede haber cometido un error tan grosero? Lo piensa dos veces y sin embargo, antes de retroceder y volver al auto, enderezando su marcha, un nuevo impulso lo lleva a avanzar sobre el muro.

Comienza a trepar el paredón, lo escala con cierta dificultad, diciéndose que en realidad es más alto de lo que suponía. Alcanza a atravesar una pierna por encima del muro y todavía arrastra la otra pierna por la parte exterior, queda un instante detenido, como si estuviera montado sobre él, mientras se lamenta la raspadura que acaba de hacerse en un brazo. Piensa, ahora sí con claridad, que lo mejor es dejar el salto, tanto como las preguntas acerca de la falla o el paréntesis, para otro momento. En eso está cuando escucha unos gruñidos inconfundibles, entorna la vista hacia el lado interno y entonces ve, a unos pocos metros de

distancia, dos enormes perros negros. Los identifica de inmediato, son rottweilers. Todavía montado sobre el paredón, contrae la pierna expuesta del lado interno, apoya sus manos sobre el borde para volver a saltar del lado externo y quedar a salvo, cuando siente que uno de los perros pasa del gruñido amenazador al ataque y alcanza a clavarle los colmillos en la pantorrilla de la pierna izquierda.

Su sorpresa es tan descomunal que antes de que se dé cuenta de lo que está por suceder, antes de pensar que puede ser algo serio y terrible, tal vez algo tan definitivo como una falla y no un mero juego de paréntesis que se abren y se cierran, Santiago siente que el perro sacude sus mandíbulas de un lado a otro, mientras él pierde el equilibrio, agita los brazos un instante y los estira, a modo de ofrenda, como si buscara colgarse o abrazarse a las estrellas. Comienza a caer del lado interior del muro mientras lanza un grito interminable. En un acto reflejo, ya del otro lado del paredón, atina a cubrirse el rostro con las manos, cuando percibe aterrado que el segundo perro se abalanza y comienza a penetrar los colmillos en su pierna derecha, mientras sacude la cabeza, una y otra vez. Santiago continúa gritando al tiempo que lanza manotazos ciegos y trata de desembarazarse de los perros, pero cada uno de ellos aparece aferrado a una pierna, disputándose los mordiscones en sentido opuesto, como si buscaran desgarrarlo o partir su cuerpo en dos. Escucha sus propios gritos, mientras

siente que comienza a ingresar en una zona incierta, brumosa, donde la única conciencia clara es el dolor flagrante que se mezcla con su sangre y los pataleos estériles. Luego escucha una voz que retumba a lo lejos, alguien da una orden de alto, quizás está chistando, aunque él crea y sienta que transcurre demasiado tiempo sin que nadie acuda en su auxilio. Al escuchar el llamado, los perros se detienen de golpe, levantan las orejas, se alejan unos pasos, y ese alguien, un rostro desconocido, grande, casi deforme, se inclina y lo sacude un instante mientras vocifera palabras incomprendibles sobre su rostro lívido.

Frente a él, sólo ve un túnel largo y profundo que lo aspira; la voz del desconocido, un eco cada vez más lejano.

—No es Ailén —alcanza a pensar en un destello, antes de perder el conocimiento.

Por suerte no tuvo que atravesar el muro, piensa mientras constata que nunca vio la ciudad tan militarizada como en esa tarde ventosa, en la cual el otoño parece estrenar sus colores más intensos. El amarillo, el ocre y los rojizos de los diferentes árboles compiten en belleza y esplendor, aun si un viento helado que se filtra por los requiebres de la cordillera afila el aire y amenaza con enfriar cada vez más la tarde. Sin embargo, a pesar de los movimientos cada vez más laberínticos del viento, allí, en el muelle, cerca de la terminal de

ómnibus, todo parece tranquilo o, más bien, falsamente tranquilo, pues él no ignora que de ambos lados del muro el día está plagado de voces y movimientos extraños.

Orestes Loncopan se arrebujaba en su polar, eleva el cierre hasta el cuello y trata de controlar con la vista los movimientos de la escasa gente que camina del lado de la vereda de la costanera, cerca del club de pescadores. Mira de reojo la hora sin descuidar un segundo lo que sucede a su alrededor, y comprueba que son casi las dos de la tarde. Entonces, recién en ese momento decide calzarse la gorra y el echarpe rojo de lana, que poco más de un año atrás le tejió su hija, y se dispone a caminar en dirección a la terminal de ómnibus, alejándose del muelle, hacia el punto de encuentro con el otro Orestes.

Trata de sonreír y despreocuparse, aunque no puede evitar que las preguntas maliciosas revoloteen por su cabeza, como moscas insaciables. ¿Por qué el Orestes que reside del otro lado del muro sentía tanto apuro por recuperar su anillo? Es raro, se dice, pero si el otro Orestes hubiese querido dar aviso a la policía, habría necesitado ganar tiempo y no acortarlo, como finalmente propuso hacer, razona él, tratando de disipar con sesuda lógica los temores que lo asaltan. Además, con la ciudad militarizada a causa de la marcha, y grupos de policías apostados en las esquinas estratégicas del lado oeste, custodiando los locales comerciales, sin contar que era la propia gendarmería quien mantenía

vallada la seccional cuestionada, difícilmente su caso resultara de interés.

En un momento le parece escuchar el sonido lejano de unos bombos. Después de todo, piensa, la marcha ya debía de estar comenzando. Unos segundos más tarde, los sonidos vuelven a perderse y él se pregunta si en realidad habrá escuchado algo o si eran tan sólo las voces de su imaginación, mezcladas con los remolinos incesantes del viento.

Luego se dice que él debería estar allá, en la manifestación de repudio, mucho más luego del calvario que debió soportar estoicamente el día anterior. Vuelve a evocar lo sucedido. Es consciente de que no podría soportar recalar nuevamente en la comisaría; más aún, desconoce de lo que sería capaz de hacer con tal de no volver a pisar nunca más uno de esos pozos infectos, y es esa sensación, la de no saber exactamente qué podía esperar de sí mismo, confrontado a una nueva detención, lo que enciende la luz roja de alerta y recubre de temores y sospechas esa doble decisión, tanto la de haber aceptado la anticipación de ese encuentro, ahí en la terminal, como aquella otra decisión que lo impele con una fuerza irresistible a asistir a la marcha.

En ese reverbero incesante de voces se encuentra, sin terminar del todo de cerrar sus razonamientos, cuando advierte que un hombre alto y elegante, de facciones algo huesudas, que lleva una campera azul y un gorro de piel negra, lo mira insistentemente desde el otro

lado de la avenida de la costanera, justo frente a la salida de la estación. Por suerte, está solo, suspira aliviado. Desde la avenida, el hombre hace una seña que él contesta sacándose la gorra y agitándola en su dirección.

—¿Orestes Loncopan? —siente que le dice una voz grave, sin extenderle la mano.

—El mismo —responde él, saludando apenas con la cabeza, con las manos hundidas en los bolsillos, sin atreverse a sacar su brazo derecho.

Lo último que podía pasarle, piensa en una décima de segundo, es que el otro Orestes lo deje con la mano suspendida en el vacío. Sabe que después de todo lo que ha pasado no puede permitir una sola humillación más.

—¿Quiere que vayamos a tomar un café al bar de la terminal o prefiere ir a hablar a la orilla del lago? —pregunta el otro con visible nerviosismo, también con las manos en los bolsillos.

Él duda un instante, no había sopesado ninguna alternativa.

—Le dije que vine solo... No avisé a la policía —se siente obligado a decir el hombre al advertir una oleada de pánico en su mirada.

Orestes Loncopan trata de relajar los músculos de su cara y esboza una sonrisa incompleta.

—Mejor vamos al café, ¿no le parece? —señala el otro extendiéndole una sonrisa afable, tratando de controlar el rictus nervioso de sus labios, mientras comienza a caminar hacia la dirección indicada.

Cuando llegan al café, ambos permanecen callados unos minutos, estudiándose mutuamente. Así que éste es el Orestes que vive del otro lado del muro, piensa él, allá por el kilómetro dos y medio, en unos de esos chalecitos de ensueño que en otros tiempos él ayudó a construir; el otro Orestes, el que no paraba de hablar mientras lo asaltaban. No puede evitar esbozar una segunda sonrisa, esta vez más completa. El otro pregunta por qué sonríe y él cuenta entonces que, cuando estaba detenido, los pibes chorros se habían referido a ambos como dos viejitos locos que no paraban de hablar. Al principio no había entendido a qué se referían, pero después, cuando tuvo el anillo entre sus manos, comprendió todo.

—Supongo que nadie puede prever cómo va a reaccionar ante situaciones límite. ¿Lo asaltaron alguna vez?

—No, pero sé lo que se siente ser detenido por la policía y arrojado a un calabozo. Dos veces me pasó en la vida, y no quiero por nada en el mundo que me pase una tercera vez.

—¿Dos veces?

—Sí, y antes de que me pase una tercera vez, le aseguro que me subo a una topadora y destruyo todo...

—Hombre, no exagere...

El mozo se acerca con los dos pocillos de café y los instala ruidosamente en el centro de la mesa.

Antes de que Orestes Maggioranza comience a revolver la taza con la cucharita de metal, él hunde la mano en el bolsillo y desliza sobre la mesa la bolsita

de nylon con la sortija. Lo hace con suavidad, como si buscara no tocar la sortija, como si quisiera comunicarle a su interlocutor que había sido preservada, pese a tanto manoseo indiscriminado. El otro Orestes le agradece con una sonrisa de reconocimiento, aunque deja la bolsita de nylon sobre la mesa, sin tocarla.

Orestes Loncopan repite más o menos lo que ya le dijo por teléfono, sin privarlo de detalles ni adjetivaciones. Cómo era que había conocido a los asaltantes en aquel desdichado día, en qué estado lamentable se encontraban los dos pibes chorros en aquel pozo infecto, todo lo que tuvo que rogar para que les dieran un mísero vaso de agua o lo dejaran ir al baño, cómo es que al fin de cuentas la policía era la responsable de esa ola de asaltos del lado oeste del muro, utilizando a los pibes chorros que vivían del lado este. Cada tanto, clava la mirada sobre los ojos grises de ese hombre que aparece prolijamente vestido con un suéter de color beige debajo de la campera azul oscuro. Al mismo tiempo, Orestes multiplica sus gestos con las manos, busca mejorar el relato y no incurrir en detalles escabrosos, aunque al final no puede contenerse y vuelve a describir el rostro amoratado de uno de los asaltantes, el más golpeado de ellos, de quien dice que fue hospitalizado gracias a los reclamos de los manifestantes que se habían reunido frente a la comisaría pidiendo por el chico asesinado.

Como ya había sucedido unas horas antes, el otro Orestes sigue atentamente su relato, pero esta vez deja

que él deshilvane por segunda vez la historia y sus pormenores hasta el final, sin interrumpirlo.

—Todavía no me dijo por qué me devuelve el anillo —dice por fin el hombre, una vez que él termina de contar la historia, clavándole de lleno sus ojos grises.

Orestes Loncopan sujeta fuertemente la gorra entre sus manos y lo mira también directo a los ojos.

Al principio pensó en quedárselo, le confiesa con una sonrisa pícara, y hasta le sentaba bien al dedo, no vaya a creer, pero no le parecía justo y a su mujer tampoco. Ellos eran gente decente, no andaban robando a nadie, por más que tuvieran que andar lidiando con la pobreza o que él tuviera una hija casada con un vago y atorrante que nunca le daría una casa a sus nietos.

—¿Lo visitó al chico ese, al que está hospitalizado?

Él asiente con la cabeza. Fue a visitarlo por la mañana, pero el hospital estaba desbordado a causa de la represión y, a menos que uno fuera familiar, el acceso no estaba permitido. Tratará de ir nuevamente en los días que vienen, cuando todo esté más tranquilo, concluye con algo de amargura.

Luego de esas palabras, Orestes Loncopan se queda en silencio una vez más. Ambos vuelven a mirarse a los ojos de modo insistente.

—A lo mejor usted puede denunciarlos... —dice entonces él con una sonrisa sugestiva, sin apartar la vista.

—¿Denunciarlos? ¿A quiénes? ¿A la policía, dice usted?

—Sí.

—¿Y por qué yo? —pregunta el otro con sorpresa.

—Porque usted es una víctima —responde él, sus ojos marrones oscuros casi horadando los ojos agrisados del otro Orestes.

—¿Y usted no lo es?

—Sí, lo soy, pero no es lo mismo, no es lo mismo —cabecea él dos veces.

Luego carraspea un instante, antes de continuar.

Nunca le sacó el cuerpo a la pelea, le dice. Incluso fue delegado gremial en la época en que trabajó en la construcción. Y éstos también eran tiempos difíciles. Tampoco es que ahora estuviera dispuesto a sacarle el cuerpo al testimonio, pero en su modesta opinión, remarca con ostensible énfasis, no es él quien debe hacer la denuncia, no es muy difícil entenderlo. Si acaso se le ocurriera presentar una denuncia, a él, solito, Orestes Loncopan, lo más probable es que terminara una vez más en el calabozo de castigo o amaneciera estampado contra el muro, enchalecado de azul, con la cara cuarteada por los culatazos y los puntapiés policiales.

El otro Orestes suelta una interjección y ahora es su turno cabecear un par de veces, sin atreverse a decir lo que piensa. Todavía sin dar una respuesta, mira la hora y le dice que debe irse, lo aguardan en otro lado. Antes de llamar al mozo y pagar los dos cafés, se vuelve sobre él y le pide un número de teléfono en el cual pueda ubicarlo, pues quiere recompensarlo de alguna manera. Orestes Loncopan le dice que no es necesario, que no es eso lo que busca, mientras clava

la mirada en la libreta pequeña donde el otro anota su teléfono.

Luego observa cómo el otro toma la bolsita donde está el anillo y la guarda en el mismo bolsillo donde colocó la libreta segundos antes, sin siquiera mirar su contenido.

—¿No va a mirar el anillo?

—No lo necesito. Con los datos que me dio, es suficiente. Además —agrega mirando hacia la ventana, como si evitara sus ojos— no me pertenece a mí, sino a mi esposa.

Orestes mueve la barbilla y asiente, pero no pregunta nada más. Siente que tiene otro tema pendiente antes de que el otro hombre se marche.

—¿Entonces? —insiste él, cuando ve que el otro ya se está despidiendo.

—Lo voy a pensar, yo tampoco quiero problemas —responde el otro, con el ceño fruncido.

Luego le dirige una sonrisa algo triste que Orestes no sabe cómo interpretar y le extiende la mano derecha.

—Orestes —dice entonces.

—Sí, Orestes, como usted —responde él, mientras siente el fuerte apretón en su mano derecha.

—Qué extraña es la vida, ¿no? Cuántas casualidades deben darse para que las únicas dos personas en toda la ciudad que llevan el nombre de Orestes terminen por cruzarse, ¿no cree usted?

—Es verdad... —asiente él con una sonrisa distendida.

Después de la partida del otro Orestes, él permanece sentado unos minutos más, con la mirada perdida en los enormes ómnibus de dos pisos que entran y salen de la terminal. Luego se levanta despaciosamente de la silla, con el cuerpo todavía adolorido por los golpes del día anterior, y comienza a caminar en dirección al muelle. Unos instantes después, decide que ya es hora de alcanzar la manifestación. Hace rato que debe de haber comenzado.

Aun si a lo largo de ese año Ailén fue descubriendo y acumulando emociones nuevas, optando por colocar en un segundo plano muchas de las vivencias del pasado, tiene muy en claro que lo sucedido en esos últimos días en el Alto amenaza con volver a desatar los nudos de su memoria.

Hace tiempo que no escucha a sus cantantes favoritas. Ahora lee una novela rusa que una de las mellizas le regaló tiempo atrás, pero no puede concentrarse en la lectura. Las letras se le escurren por entre las líneas de la página y se desbarrancan por los márgenes, perdiendo todo sentido e ilación, mientras la música y las voces femeninas vuelven a reverberar en el recuerdo y la impulsan a levantarse del sillón donde se acomodó un rato antes, frente al ventanal que da al lago, para ir cada tanto hasta el equipo y sintonizar una radio FM. Trata de hacer un esfuerzo y busca una vez más en su memoria; no, no conoce a nadie que se llame Diego

Barrientos, aunque Barrientos los hay de a montones por el Alto.

Piensa que del otro lado del muro siguen estando sus primas y su tía, con quienes habla por teléfono una vez por semana. Cada tanto se dice a sí misma que irá a visitarlas. Es cuestión de desandar los kilómetros, tomar un ómnibus y bordear la costa del lago hasta llegar al centro cívico. Luego, hay que caminar hasta la valla principal del muro, atravesar el control, y volver a caminar diez o quince minutos o, en caso contrario, esperar y tomar un segundo ómnibus para bajar en la esquina de la casa. Pero nada de eso termina por concretarse. Siempre surge un contratiempo o un nuevo compromiso que la retiene cerca de las mellizas Acevedo, sea en “Las Cacerías” o en la casa al borde del lago.

En las conversaciones con Teresa, la mayor de sus primas, nunca hay promesas de visita ni pedidos ni intercambio de favores, como en otros tiempos. Tampoco hay reproches; es como si ellas entendieran que su lugar siempre había estado en otra parte. El intercambio telefónico tiende a ser monótono y el relato, afectivamente desapegado. Cree que Teresa comparte la misma sensación de extrañeza y distanciamiento que ella y, sin embargo, como si se tratara de un juego o competencia no declarada, pareciera que ninguna de las dos quiere ser la primera en abandonar la partida. Alguna vez, de modo casual o por accidente, el hilo que todavía las une terminará por cortarse y ambas no



se harán más preguntas, siguiendo con naturalidad el fluir de la vida.

Las voces continúan reverberando y afloran cada vez más nítidas, parecen avanzar hacia ella al compás sostenido de las olas, desde la superficie recelosa del lago. No está del todo segura si fue una buena decisión ir hasta la casa de Santiago con el pretexto de dejar aquella agenda, pero no pudo negarse ante el pedido de Ayelén. Por lo demás, las cartas ya están echadas. Tiene en claro que lo máximo a lo cual puede aspirar es a demorar el encuentro con Santiago.

Al comienzo, se había rebelado contra la idea de volver a cruzarse con él. Incluso había hablado con las mellizas para no tener que trabajar de moza aquel sábado de fiesta cuya inminencia en el calendario le causaba tanta zozobra, pero ellas se manifestaron tan sorprendidas que Ailén terminó por hundirse en tal marasmo incomprensible de explicaciones, sin revelarles la verdad, que al final accedió a trabajar, incluso cuando estipuló un par de condiciones que miradas retrospectivamente sonaban un poco disparatadas, por no decir decididamente inútiles. ¿A qué le temía tanto? ¿Qué malos pensamientos la recorrían cada vez que imaginaba la escena de reencuentro? ¿Sorpresa, incomodidad, desagrado, rechazo o sencillamente una insoportable indiferencia?

Pero, como si le tocara borrar con el codo lo que tanto le había costado escribir con la mano, al final la situación se hizo más complicada. Había sido una

de esas casualidades desafortunadas, ya que a ella le tocaba trabajar en el turno de la tarde-noche, pero ese día, a solicitud de una de sus compañeras, había aceptado trabajar en el horario del mediodía-tarde y así había asistido de manera involuntaria, o más bien entre bambalinas, a la última visita de Sandra, la madre de Santiago.

Ese mismo día, a eso de las tres y media de la tarde, cuando terminó su turno laboral, Ayelén se acercó hasta ella y le pidió si podía llevar la agenda olvidada en el restaurante hasta la casa de la familia Melucci. La explicación fue breve, tanto como su sorpresa. La casa en cuestión quedaba de paso, por lo cual no le estaban pidiendo nada extraordinario, le dijo Ayelén con su infalible sentido común. Podía haber puesto alguna excusa, ensayar otros caminos, fingir demencia a último momento, pero nada de eso ocurrió. Muy por el contrario, de manera sumisa tomó la agenda, sin ignorar que por ese solo gesto comenzaba a danzar una vez más como una odalisca suicida al borde de arenas movedizas, y se dirigió hasta la casa de Santiago. ¿Por qué diablos lo había hecho? ¿Cuántas contradicciones más debía reprocharse?

Ailén frunce los labios y piensa que debe detener la máquina de autoflagelación que tanto daño le ha hecho en otros tiempos. Piensa que lo mejor es hablarle a Teresa, y así lo hace. Su voz plana y desinteresada emergerá desde el otro lado del muro para disolver de una vez por todas sus dudas, volviendo a colocar las

cosas en su lugar, de donde nunca deberían haberse movido. O tal vez le dirá, sin más, no vengas, Ailén, no vale la pena. Marca el número del celular, lo escucha sonar varias veces, pero del otro lado atiende el contestador. Decide no dejar ningún mensaje, mientras piensa en llamar a Darío, el militante con quien recorrió el barrio años atrás, pero la voz impersonal de una operadora automática le dice que ese número telefónico está inhabilitado. Luego se da cuenta de lo ridículo de su gesto. ¿Qué le habría dicho de haberlo encontrado si hace más de dos años que no tiene noticias suyas?

Respira profundo y, al mirar nuevamente el aparato, comprueba que el visor del celular le muestra una llamada perdida. Supone que debe de haber entrado cuando ella estaba tratando de comunicarse con sus primas. Se trata de un número desconocido. La asalta la tentación de devolver la llamada, está a punto de apretar la tecla, pero al final se contiene.

Luego reflexiona un instante y se dice que lo mejor es cortar de plano con esas elucubraciones, disipar los peores pensamientos, desclavar la mirada de la superficie brumosa del lago, abandonar de una vez por todas lo que está haciendo y correr a tomar un ómnibus hasta el centro cívico y acompañar la marcha. ¿Acaso no es eso lo que ella habría hecho menos de un año atrás?

¿Todo eso lo está imaginando mientras continúa sentada en el living con el libro en su regazo? ¿No es

ella quien acaba de arrojar el libro, quien toma el morral, cierra apresuradamente la puerta de la casa y se lanza a correr con el brazo en alto hacia la ruta? Pare por favor, siente que grita a voz en cuello detrás del ómnibus que ya está arrancando; pare, por favor, grita por segunda vez, con una voz desgarrada y profunda que ella misma se desconoce, cuando ve que, milagrosamente, el ómnibus se detiene en la banquina para esperarla.

Tensa y a la vez emocionada, ya está llegando al centro cívico, en medio de los retenes de gendarmería que se despliegan custodiando el lado oeste del muro. Redobla el paso, dirigiéndose al punto de la convocatoria, hasta llegar a uno de los controles del muro y lo atraviesa, sin presentar credenciales ni chaleco alguno. Comienza a mezclarse con la multitud silenciosa que proviene del lado este. Mira a su alrededor, observa su reloj y constata que son casi las dos de la tarde cuando la manifestación se pone en marcha y de a cantidades comienzan a cruzar el muro, frente a la fuerte custodia policial. Camina mezclada entre la muchedumbre que desfila todavía silenciosa y avanza hacia el centro cívico. Finalmente se detienen frente a un monolito, de espaldas al lago, donde se ha erigido un palco sobre el cual comienzan a desfilar distintos oradores. Ailén continúa mirando a su alrededor para ver si reconoce a alguien, mientras levanta el cierre de la campera para esquivar el viento que juguetea por su cuello y le enreda el cabello. Escucha al primero

de los oradores, que habla en representación de una organización de derechos humanos. El discurso queda crepitando en sus oídos: “El gatillo fácil y la brutalidad policial son parte de la vida cotidiana en las barriadas desde la época en que se levantó el muro. Los barrios populares fueron convertidos por el Estado en verdaderos guetos. La policía monta operativos cerrojo en los accesos al muro, cerrando el paso a la juventud, para la cual el ingreso sólo está permitido para ser conchabada en los centros comerciales y turísticos y en la construcción. Aquel que tiene la piel oscura y rasgos indígenas, si no lleva puesto el chaleco que lo autoriza a entrar, sea del color que fuera, no puede acceder al Bajo. No podemos seguir permitiendo que se instalen en nuestra comunidad tales mecanismos de segregación”.

Un segundo orador afirma que “la nuestra es una ciudad devastada por la desocupación, con sus trabajadores hacinados bajo la nieve en casas de cartón y chapa, donde el salario promedio apenas cubre un tercio de la canasta familiar. Las políticas segregacionistas pretenden perpetuar estas condiciones de miseria y explotación que someten a la clase trabajadora”.

De pronto, al final del discurso, se siente observada. Vuelve a mirar a su alrededor. ¿No son sus primas quienes están ahí y la reconocen, vienen hacia ella, la abrazan, retroceden un paso, la esculcan con la mirada, se vuelven a acercar, la palpan de brazos y cintura mientras le dicen en medio de una alegría mutua que

está más flaca y más linda que nunca? Ailén siente que no puede contener su júbilo. Responde calurosamente al abrazo de una y otra, y siente la mano de Teresa que aferra la suya. Hablan entre ellas con entusiasmo y con sed de novedades, sin reparar en el silencio ceremonioso de la muchedumbre, hasta que alguien, al lado, con un gesto sencillo, el dedo en cruz entre los labios, les desliza una advertencia. Entre sonrisas y miradas chisporroteantes, las tres asienten y adoptan de inmediato una actitud discreta.

Entretanto, es el turno del padre de Diego Barrientos, quien, con la voz quebrantada por el dolor y las lágrimas apenas contenidas, desgrana un discurso que exige justicia, mientras la multitud corea una y varias veces la palabra.

Luego comienzan a abandonar el centro cívico, caminando cuesta arriba por la avenida principal, rumbo a la comisaría. Todavía presas de la alegría del reencuentro, las primas hablan ruidosamente entre ellas, y se comprometen a caminar juntas por la calle céntrica apenas termine la marcha, como en los viejos tiempos, más allá de que las chocolaterías permanezcan cerradas o en las esquinas asomen los escudos vigilantes. En el trayecto, sus primas le preguntan si trajo consigo su chaleco, pero ella responde negativamente. Alguien toma el megáfono para advertir que, si la policía permanece en el barrio El Progreso, los enfrentamientos continuarán. Olga, la menor de sus primas, se ha desprendido de ellas y queda rezagada en una esqui-

na, conversando con unos amigos. Ambas continúan caminando en medio de la muchedumbre. Pero no pueden avanzar mucho más, ya que a unos cincuenta metros de la seccional el acceso a la calle está cortado por la presencia de varios cordones de gendarmes, con sus perros, sus escudos y sus bastones.

¿Está delirando o le parece ver a Santiago con una cámara fotográfica, en medio de la multitud? No, ahora que voltea el rostro hacia ella, Ailén se da cuenta de que se trata de un hombre rubio, parecido a Santiago, pero mucho mayor que él. Por su apariencia, piensa ella, probablemente se trate de un periodista, un enviado especial de algún medio nacional. Entretanto, sin soltarla del brazo, Teresa balbucea el nombre de su hermana, y sus ojos inquietos la buscan. La encuentran detenida unos metros atrás, apostada en una esquina. Están de nuevo las tres primas juntas. Ailén busca desprenderse y, sin embargo, Teresa insiste, tomándola nuevamente del brazo. Ella vuelve a desprenderse y mira hacia las vallas fortificadas. Recién entonces parece tomar conciencia de la situación y consiente la retirada. Se oyen ruidos metálicos, en medio de las voces airadas de la gente. Ailén mira hacia adelante y alcanza a ver cómo una fila de jóvenes semiencauchados comienza a sacudir frenéticamente las vallas, una, dos, tres veces, y están a punto de enfrentarse cuerpo a cuerpo con los gendarmes. Pareciera que uno de los jóvenes logra derribar una parte del vallado y entonces todos

asisten a unos segundos de forcejeos, breves, secos. Luego, se oye el primer disparo. De inmediato se produce la estampida y la muchedumbre comienza a huir aceleradamente, buscando abandonar la calle principal. Ailén y sus primas corren entre la multitud perseguidas por una lluvia de gases lacrimógenos.

Sin pensarlo dos veces, Ailén intenta correr en dirección al muro, como si quisiera regresar hacia donde nunca debía haber salido, pero sus primas se lo impiden, la toman del antebrazo, forzándola a cruzar la Avenida Perito Moreno para internarse en una calle más estrecha. En la esquina, un grupo de jóvenes arroja una llanta y unos cuantos chalecos color azul y verde, y enciende una hoguera en medio de la calle, mientras otros comienzan a lanzar piedras y todo tipo de objetos contundentes para frenar el avance veloz de la policía. Los gases y las balas de goma empiezan a hacer efecto, y son varios los que tosen y se retuercen en medio del humo de los piquetes.

La policía parece haber concentrado la acción a lo largo de la Avenida Perito Moreno, sin aventurarse todavía por las calles laterales, allende el muro, pero Ailén y sus primas no están seguras de ello. Ella sigue detenida en medio de la calle, sólo siente que el cuerpo se le dobla en arcadas violentas. Mientras tanto, Teresa le alcanza un pañuelo mojado y le recomienda que respire lentamente por la boca. Ailén asiente con los ojos llorosos, cuando ve que dos mujeres mayores alzan los brazos, arrojan chalecos de color violeta

al fuego e insultan a la policía. ¿Le parece a ella o el grupo de jóvenes comienza a ser más numeroso y los piquetes, las piedras y las molotov se van multiplicando a lo largo de la avenida?

Al cabo de un rato, sus primas y ella vuelven a avanzar unos pasos, luego unos metros más, como si hubieran vencido el miedo de los primeros minutos, mientras la gendarmería parece haber retrocedido en su posición, aunque continúe lanzando gases lacrimógenos. Ella continúa tosiendo, busca apoyarse sobre el hombro de su prima. Es Teresa entonces quien, observando su estado, sugiere que quizá lo mejor sea regresar a la casa, aunque para ello haya que hacer un rodeo por la seccional, con el riesgo de encontrarse de nuevo cara a cara con los gendarmes.

En medio de los piquetes, en donde son cada vez más los chalecos de colores que alimentan el humo espeso, Ailén hace señas, trata de decirle a su prima que no es nada, que ella quiere quedarse, pero cuando está por hacerlo percibe que su prima extiende el brazo y señala un punto no muy lejano, hacia la parte más empinada de la calle. Ailén gira la cabeza en esa dirección y clava la mirada, mientras advierte que, como ella, la multitud que arrojaba ladrillos, chalecos, piedras y botellas de molotov parece haberse detenido por un instante. Las tres primas voltean la cabeza para mirarse entre ellas, todavía inseguras, perplejas.

—¿Qué es eso? —pregunta una parpadeante Ailén.

Una profusa marea roja parece avanzar desde lo alto de la avenida, y se mueve en dirección a ellos a un ritmo sostenido, incandescente. Detrás de la masa, se entrevé algo más; Ailén no alcanza a desentrañar de qué se trata, aunque aguace la mirada. Incluso la gendarmería parece hacer un alto en su arremetida contra la multitud; permanece absorta, fascinada y perpleja, con la vista congelada sobre esa masa compacta y cada vez más rojiza que —ahora sí alcanza a ver Ailén— avanza a paso regular hacia ellos. Son muchos, piensa, aunque es imposible calcular cuántos. Cuando se halla sólo a una cuadra de distancia, la marea roja dobla ordenadamente por la izquierda para tomar un atajo hacia la calle que desemboca en la parte principal del muro, sobre la Avenida Roca.

Dócilmente, Ailén deja que Teresa aferre su mano una vez más. Respira hondo y luego comienza a correr junto a sus primas tras la marea de chalecos rojos, en dirección al muro.

Lina todavía no se había ido. Ella no pregunta el motivo, aunque supone que esa demora nada tiene que ver con sus pedidos. No se equivoca. Hacia el mediodía, la mujer se acerca para despedirse de ella y de Irina, aunque anticipándose a ello, y en medio de una crisis de furia y de llanto, su hija haya preferido escabullirse por algún rellano secreto de la casa, como los gatos en época de mudanzas.

Lina le devuelve una mirada atravesada de tristeza, con cara de no haber pegado un ojo en toda la noche. Cuando la ve llegar, cargada con dos bolsos grandes que arrastra con dificultad pese a ser una mujer de hombros anchos, acostumbrada al esfuerzo, no puede evitar un pensamiento venenoso. No tiene nada que ver con la pobreza, se dice, pero no entiende cómo diablos esa gente hace como si nunca se hubieran inventado las valijas grandes, cómodas, más aún, baratas y con rueditas. Mientras tanto, escucha que Lina le está diciendo que el micro que la llevará a la zona de la meseta parte recién a las tres de la tarde.

También había pasado por la casa Santiago, para salir disparado como un tornado arrasador rumbo a otros destinos, luego de que la otra mucama le entregara un mensaje. Ahora que hace memoria, en medio de su cefalea y su persistente mal humor, le parece recordar que la noche anterior la empleada algo había comentado sobre cierto mensaje de una chica que trabajaba en el restaurante de las mellizas y que decía conocer a Santiago.

Sandra siente que no es el momento oportuno, ya carga con demasiados problemas domésticos y responsabilidades familiares, aunque su olfato materno la hace presentir complicaciones de último momento. Recuerda que el año pasado, hurgando en el teléfono celular de Santiago, había encontrado unas fotos de él con una chica de notorios rasgos indígenas. La joven

miraba con ternura hacia la cámara, mientras que su hijo mostraba una sonrisa de indecible felicidad. Así, tal como estaban, levemente tomados de la mano, le parecía que hacían una extraña pareja.

Lo comentó con su marido, pero no obtuvo una respuesta muy reconfortante.

—Mujer, no seas tan vigilante. Déjalo que disfrute de su japonesita, si no se le va a ir la vida en eso...

De modo indirecto, para no herir susceptibilidades, ella intentó sacar el tema con Santiago, pero sólo obtuvo una respuesta vaga y evasiva de su parte. Aunque no se dio por vencida y mantuvo la alarma en estado latente, prefirió seguir el asunto con discreción. El tiempo le había dado la razón a su marido, ya que luego de unos meses de visible desorden, en los que ella incluso llegó a temer que su hijo pudiera perder la regularidad en el colegio, la vida de Santiago había vuelto a rodar por carriles normales.

Vuelve a pensar en Lina, que sigue esperando que ella haga un gesto de amistad y se digne avanzar unos pasos para despedirse. Aunque cada vez que piensa en el abandono no puede evitar que se le acumulen los peores sentimientos, sabe, es consciente de que debe recuperar el control de la situación. Tal vez la mejor solución sea salir a tomar aire, contemplar el lago azul, si acaso no alcanza con evocar las tardes de té de rosa mosqueta con su madre. Además, tiene otras cuestiones en las que ocuparse ese día. Como todos los años, ese 15 de abril, hacia las tres de la tarde, debe encon-

trarse con su padre en el cementerio. No sabe por qué ni quién de los dos instituyó ese ritual de duelo desde el primer aniversario de la muerte de su madre, pero el caso es que desde entonces ambos lo cumplen rigurosamente.

Lina sigue firme en el umbral de la puerta de la cocina, tiesa y apesadumbrada, con mirada de cordero patagónico. Casi como al pasar, mientras busca una pastilla para la migraña y la acompaña con un vaso de agua, le dice que ella tiene que ir hasta el centro luego del almuerzo y puede acercarla con el auto hasta la terminal.

Luego de escuchar el ofrecimiento, Lina suelta de golpe los dos bolsos y corre hasta ella para abrazarla entre hipos y llantos ahogados, mientras le pide perdón, mil veces perdón por dejarla así, de golpe, sin previo aviso, a ella, Sandra, que siempre fue tan buena, que la trató tan bien, y sobre todo a Irina, su chiquita, a quien quiere tanto, que ninguna de las dos vaya a pensar que ella, Lina, es una desagradecida, todo lo contrario.

Sorprendida ante la inesperada embestida, apoyada sobre la mesada de mármol, todavía con los brazos abiertos, sin poder corresponder del todo al abrazo que le impone Lina, Sandra permanece en silencio. De pronto, sin dejar de escuchar las disculpas que Lina profiere de modo entrecortado y compulsivo, percibe que el vaso de vidrio se le escurre de entre las manos y va a dar al piso, rompiéndose en mil pedazos sobre

la baldosa de cerámica. Uno de los vidrios rebota sobre el piso y le roza la rodilla, produciéndole un corte aparentemente ligero que atraviesa la media de nylon, justo por debajo de la rodilla, pero por encima de las botas negras de caña baja.

La situación se torna aun más incómoda. Lina, que continúa pidiendo disculpas, se separa de ella de golpe, retrocede unos pasos hacia el umbral de la cocina, observa horrorizada su pierna lastimada, sobre la cual brota un hilillo de sangre, se cubre los labios conteniendo la interjección, con los ojos abiertos de modo exagerado, como si su gesto de afección hubiera desencadenado vaya a saber qué cataclismo irreparable. Antes de que ella reaccione o diga algo conveniente que pueda servir para minimizar el incidente y calmar la alarma que vuelve a encender la mirada asustadiza de la mujer, Lina se da vuelta y sale disparada de la cocina, para regresar de inmediato con un paquete de algodón y un frasco de alcohol. Luego, procede a arrodillarse ante ella y comienza a limpiar su herida por sobre la desgarrada media de nylon, mientras sigue disculpándose.

Sandra trata de apartarla con suavidad, diciéndole que no es necesario, que ya lo hará ella por su cuenta, pero apenas coloca los brazos sobre los hombros de Lina, la mujer apoya la bolsa de algodón y la botella de alcohol sobre el piso y, todavía arrodillada, toma impulso y se aferra a sus botas, abrazándola con una ferocidad inexplicable, mientras descarga su angustia,

esta vez sí, sin reparo alguno, y se deshace en un llanto desconsolado.

—Perdóneme, señora, perdóneme por haberle fallado... —exclama con desesperación.

Nuevamente descolocada por la reacción desmesurada de Lina, Sandra atina a acariciarle la cabeza, murmura unas palabras que quieren ser tranquilizadoras, aunque a ella le suenen torpes o poco agradecidas, pues no puede evitar entrecerrar los ojos, mientras la embarga un sentimiento de incomodidad ante la escena. La mujer continúa llorando. De a poco, con un gesto de delicada firmeza, logra apartar a la mujer, desenredarla de entre sus botas, diciendo que no es nada, apenas una lastimadura, no tiene por qué preocuparse, ella misma irá a limpiarse la herida, y luego buscará a Irina, la sacará de su escondite y hará que se despida de ella como corresponde. Sólo unos segundos después, todavía siente el peso abrasador de las manos de Lina aferrándose a sus piernas, observa que la mujer ya tiene una escobilla y una pequeña pala de plástico entre las manos y comienza a recoger con cuidado los pedazos de vidrio que han quedado diseminados por el piso. Sandra le desliza una mirada cargada de perplejidad. La mujer ha dejado de llorar y vuelve a ser, por un instante, quizás el último, la empleada de expresión inocente e increíblemente diligente que tanto la deslumbrara a ella como a su marido.

Dos horas más tarde, ya sobre la camioneta, ambas recorren en silencio los veinte kilómetros que sepa-

ran la casa de Sandra de la vieja terminal de ómnibus. Ella hace comentarios acerca de los retenes policiales y de la presencia de gendarmería en varios puntos del camino, añade algún lamento sobre los sucesos del día anterior, aunque sin adentrarse demasiado en juicios de valor. También desliza un comentario sobre la marcha de repudio que se está llevando a cabo en ese momento. Pero por más que busque introducir temas de conversación, con el objeto de sustraerlas de ese ostensible e insoportable silencio, todo es inútil. Lina responde con monosílabos, la cabeza volcada sobre el vidrio de la otra ventanilla, la mirada inescrutably perdida entre los tonos ocres, amarillos y rojizos de los bosques.

Por fin, Sandra se da por vencida y ella también permanece en silencio el resto del viaje, sin intentar forzar más la conversación, mientras busca el modo de evitar el centro de la ciudad, yendo por la costanera, para encaminarse hacia la terminal.

No es mucho lo que puede avanzar. La salida que conduce a la terminal está bloqueada por una patrulla de gendarmería. Ante la señal de alto de un gendarme, Sandra estaciona en la banquina. La ciudad se ha vuelto peligrosa, hay grupos de encapuchados atacando nuevamente la comisaría, piquetes por todas partes, le dicen, y una manifestación de cartoneros acaba de ingresar al lado oeste de la ciudad.

—No puede ser, no vamos a llegar nunca —cabecea dos veces ella.



El gendarme asiente y luego le sugiere que estacione y espere allí, pues la orden ha sido cerrar la ciudad a cualquier tránsito vehicular hasta que todo se tranquilice.

Ella mira hacia donde está Lina, y le dirige una mueca que mezcla incredulidad e impotencia.

En voz baja, casi inaudible, Lina le dice que no se preocupe, que ella se irá caminando, después de todo la estación no queda tan lejos y todavía falta media hora para que salga el ómnibus.

Con las manos en el volante, sin descender de la camioneta, Sandra se despide de Lina con un beso leve en la mejilla, incomparablemente lejos de los abrazos efusivos y llorosos que la mujer le prodigara hace sólo un par de horas.

Cuando Lina está por abandonar el vehículo, a punto de cerrar la puerta trasera luego de cargar los dos bolsos grandes y pesados, Sandra advierte una vez más un brillo lastimero en su mirada, pero antes de que la mujer diga algo más o vuelva a quebrarse es ella quien extiende el brazo derecho, sonríe forzosamente y agita la mano, despidiéndose, con la figura encorvada. Como si hubiera visto un relámpago de pánico reflejado en sus ojos, Lina parece cambiar de actitud, esboza una sonrisa ambigua mientras deposita por un momento los bolsos sobre el piso, y cierra con suavidad la puerta trasera del auto. Mira a su alrededor, parece estar buscando un punto fijo desde el cual recuperar la entereza perdida a lo largo de esas horas de

despedida. Luego de unos instantes, vuelve la espalda y comienza a caminar con paso rápido.

Sandra exhala un suspiro de alivio y de inmediato dirige una mirada de ostensible fastidio hacia los gendarmes. Toma el celular y marca el número de Santiago, pero nadie responde del otro lado del teléfono. Lo mismo sucede con su padre. Hace un gesto de impotencia mientras se pregunta cómo diablos hará para llegar hasta el cementerio en horario y reunirse con él.

Momentos después, deja el celular, levanta la cabeza y vuelve a clavar la mirada sobre la espalda ancha de Lina, que se aleja velozmente, rumbo a la terminal, balanceando su figura de un lado hacia otro, con un bolso en cada mano.

F I N

## Agradecimientos

Son varias las personas amigas que leyeron el manuscrito de esta novela y fueron alentando con diferentes comentarios y sugerencias su escritura final. Quisiera agradecer a mis amigas cordobesas, Mirta Antonelli y Marisa Velasco, a las que debo una lectura sagaz y a la vez generosa, que se remonta también a mis novelas anteriores.

A Carlos Janin, por las innumerables y cuidadosas lecturas, pero también por la crítica implacable.

Esteban Buch aportó una mirada cercanamente patagónica, pese a habitar desde hace años otras geografías.

Agradezco también los comentarios de Susana Savoia, Diana y Achille Mauri, Gabriela Massuh y Fernanda Salgado.

Por último, quisiera agradecer especialmente a Fernando Fagnani, mi editor, cuyas sabias recomendaciones han servido sin duda para mejorar mis textos literarios.

## Índice

El lado oeste .....	11
Más allá del muro.....	55
El lado este .....	99
Un muro demasiado lejos.....	143
Intramuros .....	191
Las voces del muro.....	239
Agradecimientos.....	291

ESTA EDICIÓN DE 2.000 EJEMPLARES  
DE *EL MURO*, DE MARISTELLA SVAMPA, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN ARCÁNGEL MAGGIO-DIVISIÓN LIBROS,  
LAFAYETTE 1695, CABA, EL 31 DE JULIO DE 2013.



